



Putto

HAPPY END

Roger A. Ochoa

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, julio 2020

© 2020 Roser A. Ochoa
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
Nota del Editor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Agradecimientos

A mi marido, por ser el hombre que me enseñó que sí existen los finales felices: nosotros tenemos uno, se llama Gael.

Gracias a vosotros dos conozco el verdadero significado de Happy End.

Capítulo 1

Sus besos sabían a chocolate negro, igual de amargo que todas las despedidas, con cierto regusto a salado por las lágrimas que no dejaban de brotar de sus ojos.

No pudo evitar pensar en cuando lo conoció, de eso hacía ya algunos años. Siempre había adorado el vigor de sus ojos, la vitalidad que irradiaba todo su ser, su sonrisa siempre tan sincera... Esa manera en la que sus manos acariciaban cada rincón de su cuerpo al hacer el amor, cómo la miraba con ternura mientras la penetraba con rudeza, entregándose ambos en cuerpo y alma a esa danza ancestral que los llevaba directos al paraíso, en el momento justo en el que él se derramaba en su interior.

Cómo desobedecieron al Rey, su padre, convirtiéndose así en proscritos luchando por su amor.

Con esos pensamientos y aún con la sensación del calor de sus manos recorriéndole la piel e invadiendo sus entrañas, la princesa acarició la mejilla de su príncipe musitando un adiós, antes de que su cuerpo terminara de hundirse en el fango.

—Te amaré el resto de mi vida —susurró, viéndolo desaparecer.

Fin

Rebeca paseaba de un lado a otro de la habitación aguardando a que Paola, su mejor amiga, que además era muy crítica, terminara de leer el manuscrito de su nueva novela. Estaba impaciente, así lo denotaban su errático caminar y los resoplidos que soltaba cada poco rato. Desde que tenía uso de razón, Rebeca soñaba con ser escritora. Con doce años ya había leído todos los libros que su madre tenía en la biblioteca, y pronto empezó a devorar todo lo que caía en sus manos, fuera del género que fuese, pero siempre sintió especial predilección por las novelas románticas, puede que el motivo principal fuera porque la hacían reír mucho.

Un movimiento en la cama captó su atención, Rebeca paró en seco clavando la mirada en Paola y la apremió a que hablara, necesitaba conocer esa primera impresión de la que era no solo su mejor amiga, sino también la mejor lectora que conocía. Paola, al igual que ella, había leído cientos de libros desde que era pequeña, de hecho, así era cómo se habían conocido, en una biblioteca peleando por llevarse ambas la última novedad. Rebeca no pudo evitar sonreír ante ese bonito recuerdo que le vino a la mente.

—¿Y bien? —apremió sin poder contener más sus ansias.

—Me gusta —respondió Paola, alzando la mirada hacia su amiga.

—¿Sí? —inquirió emocionada.

—Ajá... —empezó a añadir Paola.

—Pero... Siempre hay un «pero», venga, ¡desembucha! —la animó.

—¿Por qué no terminan juntos? —cuestionó, dejando los papeles a un lado de la cama y

clavando la mirada en Rebeca.

«¡Lo sabía!», pensó Rebeca; el final, sabía que ese final iba a levantar ampollas. Sin embargo, así eran sus finales, inesperados, y eso le gustaba, era algo así como su sello de identidad. Sus lectores sabían que conforme se acercaba el desenlace de la historia, cualquier cosa podía pasar. No le gustaban los finales lineales que no albergaban sorpresa alguna; se había convertido casi en una necesidad imperiosa el ir siempre un paso más allá y terminar sorprendiendo en las últimas páginas. En este caso, se había esmerado con la repentina muerte de uno de los protagonistas, cerrando también, en ese momento, la puerta a cualquier posible segunda parte.

—No lo sé... —contestó ella, alzando los hombros—. Supongo que porque nadie se lo espera...

—Todos los finales de tus historias siempre son...

—¿Reales? —tanteó Rebeca.

—Tristes —aclaró Paola.

—El amor duele —soltó seca Rebeca, sentándose en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

—Becca... —Paola se levantó de la cama y se sentó frente a su amiga cogiéndola de las manos—, cuando las lectoras cogemos un libro, lo que queremos es evadirnos de la realidad, sonreír, emocionarnos, queremos...

—Que os mientan —resumió Rebecca pragmática.

—¡No! —exclamó Paola indignada.

—¡Sí! —insistió Rebecca—. En serio, ¿piensas que los tíos de las novelas son reales? ¡No me hagas reír!

—¡Joder, Becca! ¡Eres escritora de novela romántica! —le recordó.

—Sentimental, gracias —corrigió sarcástica ella—. Aunque casi que podríamos decir que es ciencia ficción, en realidad, los hombres tan perfectos no existen y los finales felices apestan un montón —sentenció.

—A veces, es necesario un final feliz... —insistió Paola, tratando de hacer que su amiga razonase.

—Ppffff —bufó Rebeca—. No sé, no me los creo, y yo necesito creerme los finales.

—Eres la escritora más rara del mundo —se quejó su amiga, levantándose para irse—. Prueba a escribir un thriller —se burló Paola al tiempo que se ponía la chaqueta—. Allí todos mueren, estarías en tu salsa.

—¡Vete al cuerno! —gruñó molesta—. ¿Te lo llevas y vuelves a releerlo? —preguntó Rebeca señalando el manuscrito.

Sabía que lo haría, Paola se había convertido en eso que en el mundillo llamaban «lectora cero» y era una máquina, no solo por la velocidad a la que leía, sino porque era única para ver todos esos pequeños gazapos que, a ella, como autora, a pesar de haber releído la novela cientos de veces, se le escapaban. Se moriría de vergüenza mandando la novela a su agente literaria Carmen sin que esta estuviera lo más perfecta posible, a veces, Carmen bromeaba con el hecho de que no le hacía falta ni corrector.

—Claro, tengo algunas anotaciones para hacerte, como que cambies el final. Pero me gusta, ¿eh? —se apresuró a añadir—. Aunque sea un desenlace triste yo te quiero igual, y la novela va a

ser un éxito, aún habiendo matado al príncipe...

—Lo merecía por idiota —justificó Rebeca—. ¡Anda, lárgate! Nos vemos mañana.

—Claro, recuerda que hemos quedado con las chicas a las seis, ¿llegarás?

—Correré.

—Te esperamos, no te preocupes.

Ambas amigas se despidieron en la puerta de ese pequeño apartamento que habían compartido durante un tiempo, de hecho, desde que habían empezado la universidad y hasta que Paola se había mudado con su pareja hacía tan solo unos meses. Vivir juntas siempre había sido su sueño desde el colegio; eran amigas del alma, casi como si fueran hermanas, incluso algunos hablaron de ellas como si, en realidad, fuesen pareja. Todo lo hacían juntas, donde iba una hacía también la otra. Y esos años compartiendo el minúsculo apartamento habían sido, al menos para Rebeca, los más felices. Jamás reconocería en voz alta lo sola que se sentía ahora, a pesar de estar tan feliz por Paola y Fran. Sentimientos agrídulces, como los finales de sus novelas, porque en la vida real no todo era blanco o negro.

Rebeca, que sin duda aún no se había acostumbrado a vivir sola, se quedó pensativa unos instantes. Se levantó para servirse una taza de té y siguió con la mirada fija en ninguna parte durante un buen rato más. Estaba convencida de que era una buena historia, y el final... Bueno, el príncipe se lo había buscado, no todas las princesas necesitaban ser rescatadas. Eso le pasó no por caballeroso, sino por desconfiado, por menospreciar el poder y fuerza de ella para conseguir solucionarlo todo. No todas las mujeres necesitaban un hombre a su lado, estaba segura de que la princesa podría arreglárselas sin él a partir de ese momento.

—Merecía morir —sentenció al fin en voz alta para reafirmarse en su decisión.

Decidió que vería un poco la televisión, dispuesta a evadirse un rato de todo su mundo interior. Con suerte podría ver alguna película de muertos vivientes, terror o cualquier cosa que no tuviera nada que ver con la romántica.

Había publicado su primera novela a la edad de diecisiete años, para ello había necesitado el consentimiento paterno. Después de esa historia, que obtuvo muy buenas críticas, vinieron seis más, aproximadamente, una al año. Adoraba escribir y, a pesar de dedicarle muchas horas al día, era incapaz de publicar al mismo ritmo que otras compañeras de profesión, ella necesitaba su tiempo. Conocer bien a los personajes, vivir con ellos, pensar en ellos, soñarlos, interiorizarlos, hacerlos suyos, dejar que, finalmente, fuesen ellos los que hablasen. Todo ese proceso requería muchos meses, sin embargo, lo que más desgaste le ocasionaba era desprenderse de esos seres que ella ya sentía como reales. A veces, le resultaba hasta doloroso. Por más tiempo que pasaba no lograba no empatizar con esas vidas que creaba, esos mundos que, para ella, durante meses, eran tan reales como su propia vida, puede que incluso más reales que ese empleo en una tienda de ropa que le pagaba las facturas, pero que, en realidad, no le aportaba nada. Sus historias y fantasías eran lo que la mantenía cuerda en ese mundo que poco a poco se hacía más insostenible. Y sí, escribía erótica porque adoraba el sexo. Escribirlo y, sobre todo, practicarlo.

No obstante, de un tiempo a esta parte parecía que ya nada valía, el amor convencional había caído en el olvido y ahora tocaba siempre superar lo insuperable. El sexo «vainilla» había muerto. Cuerpos perfectos, posturas imposibles, sesiones de sexo maratónicas... Tenían su punto, había que admitirlo, como bien decía Paola, la gente leía para abstraerse de su realidad y hombres feos que follaban con los calcetines puestos los había a patadas. Sin embargo, a ella le gustaban

esas historias sencillas aunque con sus matices, personajes imperfectos y finales creíbles, reales y grises. El blanco y el negro eran dos colores preciosos, pero el gris, y todas sus tonalidades, era lo que a ella realmente la fascinaba. Ni los buenos eran tan buenos, ni los malos simplemente malos.

Puede que no fuese una autora al uso, sin embargo, adoraba lo que hacía, le gustaba releer una y otra vez sus novelas, verse reflejada en ellas y sentirse orgullosa de su trabajo. Ahora, como cada vez que terminaba una historia, necesitaba descansar una temporada. Tomó una reconfortante ducha y se entretuvo en darle muchos mimos a su cabello, sus rizos necesitaban un plus de cuidados si no quería terminar pareciendo una loca en medio de un huracán. Cuando terminó con el difusor, ya era la hora de cenar. Odiaba los domingos por la noche, no tenía nada en contra de ese día, solo que eran la antesala de su detestado lunes y su aún más odiado martes. Odiaba todos los días de la semana sin excepción, todos aquellos en los que tenía que arrastrarse hasta su lugar de trabajo, ponerles buena cara a las clientas, aunque estas se comportaran como auténticas groseras, y asentir con simpatía al dueño del negocio. Ese sí era un buen espécimen. Puede que Paola tuviera razón, le apetecía escribir un thriller con él siendo la víctima de algún personaje al más puro estilo de Jack el Destripador.

A lo mejor su amiga estaba en lo cierto y debería adentrarse en el apasionante mundo de la novela negra. Podía ser de lo más interesante, siempre había tenido una mente muy retorcida para ciertas cosas. Rebeca sonrió ante esa idea, según terminaba de ponerse el pijama para meterse en la cama. Cuando cerró los ojos, hizo todo lo posible por no dormirse al instante, le gustaba dedicar un rato antes de caer rendida a evocar nuevas historias y nuevos personajes, pero, como siempre, los de la última novela seguían aferrados a su subconsciente. Puede que hubiese sido cruel con el príncipe, al fin y al cabo, solo había hecho lo que hacían todos los tíos: querer controlarlo todo.

Y con ese pensamiento se durmió.

Capítulo 2

Odiaba vender ropa, que le preguntaran qué color combinaba mejor con tal otro, sobre tallas, modelos, modas... ¿A quién le importaban las modas? Rebeca resopló y se obligó a sonreír a la clienta mientras terminaba de meter la prenda bien doblada dentro de la bolsa de papel reciclado. Miró el reloj, ese que se empeñaba en no avanzar cada vez que entraba en la tienda, era como si el tiempo quisiera jugarle una mala pasada, ralentizando el paso, y cada segundo se convertía en minutos.

—Becca —llamó la atención la encargada, una mujer de mediana edad que vivía por y para la tienda, como si más allá de esas cuatro paredes el mundo se hubiera evaporado—. ¿Podrías quedarte una hora más hoy? Necesito ayuda para marcar las prendas que han llegado nuevas.

—No —respondió simplemente Rebeca, terminando de doblar una camiseta—. Lo siento —añadió, consciente de que su respuesta inicial, a pesar de ser la que debía ser, había quedado un tanto cortante.

—¿Y eso? —se extrañó la mujer.

Rebeca no pudo evitar mirarla con cara de pena, ¿de verdad alguien necesitaba una justificación para no querer quedarse una hora de más en el trabajo?

—Lo siento, Pilar, he quedado con unas amigas para tomar algo.

La mujer la miró con el ceño fruncido y los labios apretados, sin embargo, no añadió nada más y la dejó terminando de hacer el trabajo que le quedaba, antes de echar el cierre para poder escapar con rapidez de esa cárcel de cristal, luces blanquecinas y horrible música a todo volumen. Respiró aliviada cuando salió y recuperó la sonrisa, esa que era sincera y no la forzada que empleaba durante seis horas al día.

—¡Beccaaaaa! —gritó Ana de lejos, moviendo los brazos para hacerse ver—. ¡Jolines, eres cara de ver!

—Lo siento —dijo con sinceridad—, estaba muy liada con el manuscrito, ahora soy ¡libre!

—Y lo vamos a celebrar por todo lo alto —comentó Paola abrazándola con una gran sonrisa.

—Vamos a quemar la noche —exclamó Lucía, añadiéndose a ese abrazo—. Nos la vas a dejar leer, ¿no?

—¡Pero si no os gusta leer!

—Eh, eh... que yo he leído todos tus libros... —se defendió Ana.

—Y yo casi todos —respondió con una mueca Lucía—. ¿Esta vez terminan juntos?

—Sí —mintió Rebeca, guiñándole un ojo a Paola—. ¿Por dónde empezamos? Aviso que estoy muerta de hambre.

—Tú siempre lo estás.

—Pues también es verdad —replicó Rebeca riéndose—. ¿Pizza?

—¿En serio? —se lamentó Ana—. Joder, quedan cuatro meses para el verano.

—¿Otra vez a dieta? —preguntó Paola.

—Como tú eres un putito spaghetti...

—Bueno, vale —intervino Lucía—, vamos a El menú y así todos contentos, Ana con su ensalada y el resto tenemos dónde elegir.

Quería a sus amigas más que a nada en el mundo, eran unas locas peligrosas a las que adoraba desde niña. Cada una era especial en su estilo. Ana siempre obsesionada con cualquier cosa; si leía que usar champú era malo, ahí estaba ella dejando de lavarse el pelo e instándolas a seguirla en su cruzada antipelo limpio. Era divertida y apasionada con todo lo que emprendía, aunque a ojos del resto de la humanidad fuese una absoluta tontería. Después estaba Lucía, la pacificadora. De esas personas con el corazón tan sumamente grande que era imposible que cupiera en su pecho. La amiga con la que siempre, fuese cual fuese la situación, podías contar. Estaba ahí en los momentos buenos, pero, sobre todo, en los malos. Y Paola, simplemente, era su alma gemela. La amiga con la que podía compartirlo absolutamente todo.

Rebeca reía con una de las últimas ocurrencias de Ana mientras daba pequeños sorbos a su copa. Hacía un rato que el chico del final de la barra no les quitaba el ojo de encima, así que mientras escuchaba las tonterías que Ana detallaba con tanta efusividad, no podía evitar observarlo de reojo.

—¿Atacarás o dejarás que te entre? —preguntó Lucía, mirando en dirección al chico.

—Dejaré que me entre, siempre es interesante y me aporta datos nuevos —se rio Rebeca.

—Se trata de pasarlo bien, no de hacer un análisis psicológico de cada tío con el que te cruzas —la reprendió Paola.

—Pero ¿de dónde crees que saca la inspiración para los libros? —se burló Ana.

—Claro, son autobiográficos, sobre todo, los eróticos —gruñó Rebeca—. Como me hincho a follar...

—Pues no será porque no quieres —le soltó Ana con cierto deje de envidia en la voz—. Eres una hija de puta con suerte, los vuelves a todos locos.

—No hay tíos que merezcan la pena —se lamentó Rebeca—. Y para un orgasmo de vez en cuando tengo a mi inseparable vibrador.

—Oye, ¿has pensado en la posibilidad de que eres lesbiana? —inquirió Lucía.

—Cada vez que te veo, ¡pibonazo! —exclamó Rebeca, pellizcando la nalga de su amiga.

—¡Quita, idiota! —soltó Lucía dándole un manotazo.

—¡Dejadlo ya! —las reprendió Ana.

—Va, tonta, no te enfades, sabes que de hacerme bollera tú serías mi primera opción —le dijo Rebeca, guiñándole un ojo a Lucía.

—Más te vale. Llevo años soportando tus borderías esperando a ver si te das cuenta de que, en realidad, te gustan las chicas —soltó la aludida.

Todas rieron con ganas. A Rebeca le encantaban esas noches de chicas, aunque por desgracia cada vez empezaban a espaciarse más en el tiempo. El chico al fondo de la barra, finalmente, decidió acercarse a ellas, Rebeca lo miró de reojo mientras este se presentaba primero a sus amigas. «Estrategia recién sacada del manual del perfecto gilipollas», pensó Rebeca. No era feo, a decir verdad, era del montón: alto, moreno, ojos oscuros, rasgos marcados, bien afeitado y perfectamente vestido. Parecía que dedicaba parte de su jornada diaria a practicar algún deporte, pues bajo la ropa se adivinaba un buen cuerpo. Ana soltó una carcajada con algo que el susodicho dijo, pero Rebeca no prestó mucha atención y se concentró de nuevo en su copa, donde cada vez se adivinaba más el fondo.

—Hola —saludó el chico, parándose a su lado—. Tú eres Becca, ¿no?

—Vaya —soltó ella alzando la mirada—. Vienes informado, te has tomado muchas molestias.

—Ha sido fácil, me lo ha dicho tu amiga, la del vestido negro —respondió él, mirando un segundo hacia Ana—. Yo soy Toni, ¿puedo invitarte a otra? —preguntó, señalando el vaso casi vacío que Rebeca aún sostenía entre las manos.

—No —respondió tajante ella.

Toni la miró extrañado, fue a decir algo, pero lo repensó y se quedó totalmente callado con la mirada clavada en ella para, segundos después, soltar una carcajada que se sobrepuso incluso al sonido de la música del local. Se giró hacia la barra del bar e indicó al camarero que le sirviera otra, haciendo así caso omiso a la negativa de Rebeca.

—¿Estudias o trabajas? —preguntó Toni, alcanzándole la nueva bebida.

Rebeca no pudo más que resoplar. «¿En serio?», pensó, debería plantearse la posibilidad de escribir un manual para ellos que les enseñara cómo entrarle a una chica, seguro que con uno de esos sacaría más rédito que con las novelas.

Toni seguía con la mirada fija en ella aguardando la respuesta, porque por más absurda que fuese esa pregunta, él esperaba obtener una contestación. Rebeca volvió a resoplar, tomó una larga y profunda respiración, esperando que, mezclado con el oxígeno, obtuviera también una nueva dosis de paciencia.

—Escribo —respondió sin entrar en detalles ni añadir más información, le divertía ver por dónde seguían esas conversaciones de bar.

—¿En serio? ¿Eres escritora? —inquirió con asombro él—. ¿Algo que yo haya podido leer?

—No creo —contestó Rebeca, cansada de la insistencia del chico. Dejó el vaso vacío sobre la barra y tomó la nueva copa—. A no ser que seas lector de novela romántica.

—No demasiado —reconoció él.

—También escribo novelas eróticas —tanteó Rebeca, mirándolo con picardía.

—¡Vaya! —exclamó Toni con tono animado—. Así que... escribes erótica.

—Ajá —asintió Rebeca vagamente sin apartar la mirada de la copa que tenía enfrente. Aguardando la reacción de él, que ya intuía por dónde iría.

—Uf, entonces debes de ser una fiera en la cama —se rio Toni y, sin pudor alguno, dejó caer, como por casualidad, su mano en el brazo de Rebeca.

Ahí estaba, típica reacción de la mayoría de hombres, ¿una mujer hablando sin tapujos de sexo? Solo podía significar una cosa, era una «facilona».

—¡Es increíble! —exclamó, sacudiéndose de encima la mano del chico.

—Bueno, yo no quería decir... —titubeó el tipo—. Es solo que... Bueno, no sé...

—No, si tienes razón —le confirmó ella, mirándolo mientras humedecía sus labios—, el problema es que, como comprenderás, al ser escritora de novela erótica, tengo mucha imaginación y ya nada puede sorprenderme. Mis expectativas con los hombres son muy altas y dudo que alguien como tú pudiera cumplir con mi alto nivel de exigencia.

—Todo es cuestión de probar, nena —se envalentonó él, adelantando un paso quedando así muy cerca el uno del otro.

—Además —susurró Rebeca, acercándose mucho a su oído, rozando el lóbulo de su oreja con los labios—. Tienes pinta de eyaculador precoz —espetó.

—¡Serás puta! —gruñó el chico.

Antes de que Toni pudiera añadir nada más, Rebeca lanzó todo el contenido de su nueva copa sobre su rostro, dejándolo empapado, así como parte de su camisa. Rebeca estalló en una

carcajada al ver el gesto descompuesto del rostro de ese Casanova de barrio, se reía con tantas ganas que por un segundo dejó hasta de escuchar la música del bar.

—¡Gracias por la copa! —se burló ella, descendiendo de manera apresurada del taburete antes de que el chico sacara su lado más neandertal—. Un placer —añadió con sorna y, dicho eso, se encaminó hacia la salida del local seguida de sus amigas, bajo la expectante mirada de muchos de los espectadores de la escena.

—Joder, Becca —la reprendió Paola una vez fuera del bar—. La próxima vez avisa, ¡acababa de pedirme una Coca-Cola!

—Será mejor que pidamos un taxi antes de que el imbécil salga a pedir explicaciones —sugirió Lucía.

—¡Eres única, tía! —exclamó con admiración Ana—. Joder, vaya cara de gilipollas se le ha quedado al tío.

—Eso, tú anímala —reprendió Paola—. Lo que faltaba, que le deis alas. Esas cosas no se hacen, Becca... Puede que fuese un buen chico.

—Ya salió la abanderada del amor —se burló Rebeca, entrando en el taxi que Lucía se había encargado de detener.

—Puede que algún día conozcas a un buen chico —siguió Paola ya sentada dentro del vehículo.

—Puede...

—A mí me gustaría conocerlo —musitó Ana con los ojos encendidos.

—Otra —se lamentó Rebeca—, se puede ser feliz sin un hombre, eh... ¿verdad, Lucía?

—Verdad —sentenció la chica, aunque de no haber alentado una discusión con su amiga, habría dicho que, si bien ella no sería jamás feliz con un hombre, sí deseaba conocer a una mujer; la idea de tener pareja no le desagradaba—. ¿Dejamos primero a Paola? —murmuró, perdiendo la mirada por la ventanilla.

—Sí, y de subida ya nos quedamos nosotras —comentó Ana.

Rebeca no pudo evitar sonreír al recordar la cara de asombro del tipo del bar. Conforme se alejaban de la zona del puerto unas primeras gotas de lluvia empezaron a golpear la luna del vehículo. Rebeca dejó caer la cabeza sobre el hombro de Paola y cerró los ojos, estaba cansada, solo necesitaba dormir un rato, aunque solo fuesen los escasos quince minutos que tardarían en llegar a su destino.

Capítulo 3

Esa mañana Rebeca tenía sueño, apenas había dormido tres horas después de repasar todas las anotaciones de Paola sobre el manuscrito, incluyendo una aportación al final, proponiendo que la princesa lograra salvar al príncipe. Rebeca sacudió la cabeza para intentar despejar su mente, estaba muy cansada, encima era primavera y la alergia la tenía amargada. Si tomaba antiestamínicos, se dormía por los rincones, si no los tomaba, sus ojos no dejaban de escocerle, como si pelara cebollas durante todo el día. Era horrible, ¡maldita estación! Odiaba las flores, las vivas y las muertas.

Dio cuenta de su segundo café de la tarde antes de salir de casa bajo ese oscuro cielo que amenazaba con volver a descargar agua en una furiosa tormenta, como la de la noche anterior, que había dejado toda la ciudad prácticamente inundada. Rebeca sacó del porta-documentos las anotaciones de Paola, en algunas cosas su amiga tenía razón, en otras disentía por completo. Todo eso la llevaba a que quería conocer la opinión de Carmen, su agente, la misma desde que había empezado a publicar.

Príncipes, millonarios, mercenarios, piratas o escoceses: empotradores en general. Todos cortados por el mismo patrón: altos, fuertes, guapos... Todas las novelas iguales: el momento del encontronazo fortuito, el enamoramiento instantáneo a primera vista, la discusión por cualquier chorrada, una ex, los celos... Después, obviamente, llegaba la separación, en todas las novelas ellos se tenían que separar en algún punto para poder propiciar el momento de solucionarlo todo, siempre dando uno de los dos su brazo a torcer. Y llegados a ese punto, todo se precipitaba: reconciliación con polvazo incluido y, por supuesto, el tan esperado y ansiado final feliz.

—¡Clichés! —exclamó Rebeca sin querer esconder la rabia que le daban—. Pierden las bragas por los puñeteros clichés de siempre —murmuró con disgusto mientras rebuscaba un caramelo en los bolsillos de la cazadora, aunque sin dar con él, a pesar de estar segura de que había cogido un paquete justo antes de salir de casa—. Encima los protagonistas siempre tienen que terminar juntos y, por supuesto, felices... ¿En serio? ¡Venga, hombre! Vamos a dejarlo todo por amor... Seamos felices para siempre... ¡Anda ya! ¡Puto happy end! —gruñó, sorteando los charcos de la calle por la que caminaba a toda prisa—. Lo que más me jode es que se creen que los hombres así salen de debajo de las setas.

—¿Así cómo?

—Pues esos hombres tan guapos y perfectos, ¡bah! No es que se hayan extinguido, es que ¡nunca han existido! ¡Joder! —profirió Rebeca de pronto, tomando conciencia de que en algún momento había iniciado una conversación con alguien.

—Perdona —se disculpó el chico entre risas—. Ibas hablando sola y...

—Y pensaste que podías interrumpir una conversación ajena —soltó Rebeca tajante.

—Técnicamente, no era una conversación —se defendió él—. Soy Alex —se presentó, alargando la mano, la cual se quedó suspendida en el aire.

—¿Qué eres, un acosador? —preguntó Rebeca, alejándose un paso de él.

—¿Yo? ¡No!

—Tienes pinta de perverso —soltó ella, mirándolo de hito en hito, dándose la vuelta para

alejarse de allí.

—¿Pervertido? —murmuró Alex confundido—. Pues nada, eh, ¡un placer! —le gritó antes de que Rebeca cruzara la calle—. Y que sepas que no soy ningún pervertido y que los hombres perfectos sí existimos.

Rebeca detuvo su avance en seco, justo a dos pasos de meter ambos pies en un charco de agua. Dudó un instante, sin embargo, al final, se giró de nuevo hacia su improvisado compañero de discusión, volvió a acercarse con paso firme y el ceño fruncido y, por qué no reconocerlo, con ganas de soltarle un bofetón por chulo.

—Crear en la perfección del sexo masculino es como creer en Papá Noel, está bien durante un tiempo y hasta hace ilusión, pero un día te haces mayor y ves que todo eso solo son patrañas.

—Wow... qué radicalmente sincera —exclamó Alex maravillado.

—Los hombres perfectos no existen, todos sois unos capullos —aseguró rotunda Rebeca.

—Eso sí que es un cliché —la reprendió Alex, obviando el hecho de que acababa de llamarle capullo.

—Es una realidad —sentenció Rebeca.

—¿Un café? —propuso él.

—¿Qué? ¡No! —clamó Rebeca como si el chico le hubiera pedido algo parecido a saltar por un acantilado.

—Entonces, ¿cómo pretendes que te demuestre que estás equivocada? —sonrió Alex.

—Que yo pretendo, ¿qué? —rebufó cansada—. Mira, tío, no sé qué te has creído, pero conmigo no cuentas —soltó dispuesta a marcharse de nuevo.

—¡Espera! ¿Tienes miedo de que yo tenga razón? Puede que yo sea «el hombre perfecto» —dijo él, haciendo el gesto de comillas con los dedos.

Rebeca lo miró y no pudo evitar soltar una carcajada. Llevaba el pelo más largo que ella, recogido en lo que a primera hora de la mañana habría sido una coleta, aunque a esas alturas era solo un trozo de goma made in china, que sujetaba a duras penas esa maraña de pelo. Vestía una sudadera de Led Zeppelin que de bien seguro había heredado de alguien, pues parecía más vieja que él. De hecho, él no debería tener más de treinta y pocos años, Rebeca titubeó un poco con eso de la edad, su barba descuidada la despistaba, o puede que fueran los vaqueros rotos y manchados de pintura lo que la hacían dudar.

—Estás de coña, ¿no? —Rebecca no pudo evitar mirarlo confundida.

—Déjame invitarte a un café —propuso de nuevo él—, ¿qué puedes perder?

—El tiempo, ¿te parece poco?

Rebeca no podía salir de su asombro, menuda desfachatez tenía ese tipo, además, llegaba tarde a la reunión con Carmen y no tenía tiempo que perder en tonterías, pronto empezarían a atosigarla con la entrega de la novela y aún tenía algunas dudas, sobre todo, después de las anotaciones de Paola. Era como si su cabeza, siempre tan hiperactiva y creando miles de historias, de pronto se hubiera quedado en blanco y muy confundida cuando siempre lo había tenido todo tan claro.

—Creo que es la primera vez que me rechazan tan rotundamente y de manera tan cruel —sonrió él.

—Haz memoria, seguro que no soy la única tía del planeta con dos dedos de frente —replicó mordaz Rebeca.

—Bueno —meditó Alex—, tampoco es que vaya entrándole a todas las chicas con las que me cruzo.

—Oh, venga, ahora vas a decirme que yo soy especial —se burló Rebeca con una mueca.

—Sin duda lo eres. —Aunque Alex no añadió si para bien o para mal—. En fin, soy oficialmente un hombre rechazado —soltó con una sonrisa.

—Pues parece que no te molesta mucho —señaló Rebeca, sorprendida de que en su rostro la sonrisa no hubiera desaparecido ni un solo momento.

—No te voy a mentir, tengo la autoestima un poco tocada y me siento un pelín humillado, pero me recuperaré, tranquila.

Rebeca rebufó y dio un par de pasos dispuesta a marcharse cuando él volvió a llamar su atención.

—Al menos, ¿vas a decirme tu nombre? —preguntó, y su tono sonó, como en todo ese rato, alegre y esperanzado.

—Como sigas acosándome podrás verlo en la orden de alejamiento —advirtió ella muy seria.

—Bueno, tenía que intentarlo, era cuestión de caridad sacarte de tu error, sin embargo, no vengo a predicar a los descreídos.

—Oh, qué poético —se burló Rebeca.

—Tengo mis momentos, no creas. ¿Y bien?

—Becca, Rebeca Jones.

—No me mientes, ¿no? —dudó Alex.

—Puede —respondió ella, ahora sí, marchándose y dejándolo solo.

Cruzó la calle a toda prisa y se perdió por la avenida peatonal bajando casi a la carrera, para poder llegar a tiempo a la estación, sin girarse una sola vez a ver si el tipo raro la seguía. Rebeca resopló cuando por fin pudo sentarse en el tren, sacó el teléfono y mandó un mensaje al grupo de WhatsApp «Las más chulas» para explicarles el encontronazo con el tipo ese.

«¡Pero cómo se te ocurre decirle tu nombre!», la regañó Lucía.

«¿Era guapo?», preguntó Ana.

«¿En serio eso es lo que te importa, Ana?», la reprendió Lucía.

«Oye, ahora en serio, ¿qué cara tiene un pervertido?», se burló Paola.

«Pero ¿era guapo o no?», insistió Ana.

Rebeca no pudo evitar soltar una carcajada que hizo que la pareja frente a ella levantara la cabeza para mirarla. Ella se sacudió sonrojada y volvió a centrar la atención en la pantalla del teléfono, que no dejaba de iluminarse cada nuevo comentario.

«Paso de vosotras, estoy llegando ya, hablamos después», les dijo Rebeca a punto de llegar a su parada.

«Cuidado con los psicópatas», escribió Paola antes de que Rebeca guardara el teléfono en el bolsillo.

¿Qué cara tenía un pervertido? Rebeca reflexionó sobre ese chico, Alex, y no pudo evitar pensar que, muy a su pesar, tenía algo que lo hacía interesante, aunque solo fuese esa seguridad en sí mismo que desprendía.

Tomó aire antes de entrar en el edificio donde se encontraba la oficina de Carmen, estaba en deuda con ella por todo lo que había hecho durante esos años. Si no hubiese sido por esa mujer

que depositó el primer granito de confianza en su obra, sus historias aún estarían cogiendo polvo en algún cajón, dudando en si sacarlas a la luz o hacer una hoguera con ellas. Pero Carmen llegó como por casualidad, después de haber leído un escrito suyo presentado en un concurso literario del cual no quedó ni finalista y, junto a esa gran mujer, logró su primer contrato editorial. Después de ese habían llegado otros. Adoraba a Carmen, siempre era radicalmente sincera con ella y sus historias, la ayudaba a mejorar y siempre sabía qué hacer o a qué editorial mandar la novela para lograr su publicación. Como ella decía siempre, «tenía olfato y Rebeca olía muy bien».

Capítulo 4

Sus manos recorrieron, ahora sin pudor y sin la molesta capa de ropa, sus muslos, ascendiendo la caricia en dirección a su centro de placer. Jen se estremeció cuando ese hombre, al que acababa de conocer, introdujo un dedo en su interior. Quiso protestar, pero las palabras le salieron entrecortadas, mezcladas con un hondo jadeo nacido de lo más profundo de sus entrañas. Después de ese primer gemido, los siguientes fueron cada vez más cortos, más fuertes, más guturales. A ese dedo se unieron otros dos y pronto Jen ya no pudo sostenerse por su propio pie, cayó recostada sobre el respaldo del sofá, momento que ese hombre aprovechó para colocar su erección directamente en su entrada y penetrarla de una fuerte estocada, clavándosela hasta el fondo, mientras apretaba con rudeza sus caderas dejando la marca de los dedos en su nivea piel, mordiéndole el cuello hasta hacerla sangrar.

Más fuerte, más hondo, más rápido...

Jen chilló de placer cuando sintió como ese desconocido se derramaba dentro de ella al tiempo que susurraba una despedida.

Cuando despertó, seguía desnuda, acurrucada sobre el sofá, su sexo aún palpitaba de placer y todavía sentía el sabor de la saliva de ese hombre en la boca. Jen gruñó extasiada después de lo que había experimentado y, ahora, de nuevo, necesitaba más.

—Uffff—sopló Rebeca, dejándose caer hacia atrás—. ¡Joder! Qué subidón.

Cerró el documento y fue a una de las pestañas abiertas que tenía en el buscador, se puso los cascos y le dio al play para que la película siguiera por donde la había dejado. Cuando escribía escenas muy calientes solo tenía dos opciones, o masturbarse hasta quedarse sin huellas dactilares o despejarse un poco viendo alguna película, normalmente, alguna bélica o de acción que la abstrajera del todo del ambiente tenso de una relación sexual.

A veces, optaba por ambas opciones, en función de las ganas y el tiempo que tuviera.

Miró el reloj, aún faltaba un rato para ir a trabajar, así que decidió, muy acertadamente, darse una ducha, salir con tiempo y de ese modo poder comprarse un café antes de tener que soportar el suplicio de una nueva jornada laboral. De verdad, odiaba su trabajo.

El suelo aún estaba húmedo de las lluvias y algún charco residual la obligaba a cambiar de dirección o dar algún pequeño salto, si no quería terminar metiéndose de lleno en el agua y mojarse las deportivas. Paró un segundo ante un semáforo en rojo, momento que aprovechó para abrocharse la cremallera de la chaqueta y darle una vuelta más al pañuelo que cubría su cuello. Hacía frío de nuevo, a pesar de ser ya primavera.

—Un café con leche muy caliente—le dijo a la chica cuando fue su turno—. Para llevar—añadió.

—Ahora mismo.

Rebeca perdió la mirada a través del escaparate mientras tamborileaba con las uñas sobre la madera del mostrador. Fuera de la cafetería, en la calle, una pareja parecía discutir acaloradamente por algo, la gente que pasaba por su lado los observaba con estupor, poco a poco los gritos iban en aumento hasta que, de pronto, el hombre detuvo sus movimientos en seco, miró a la mujer con insistencia, la agarró por el cuello y, acercándola hacia sí, la besó con pasión.

—Wow —soltó Rebeca. Sacó del bolso una pequeña libreta que siempre llevaba encima y se puso a apuntar con una letra casi inteligible lo que acababa de suceder. Al alzar la mirada, la chica tras la barra sostenía el vaso de cartón en su dirección, observándola con extrañeza—. Soy escritora —le informó, como si eso justificara en algo su extraño comportamiento.

—Oh, vaya, ¡qué guay! —exclamó la chica.

Cuando Rebeca devolvió la vista a la calle, la pareja que acababa de contemplar había desaparecido sin dejar rastro, igual que si se hubieran esfumado.

—Sí, bueno... me ha gustado esa pelea —se rio Rebeca, guardando la libreta—. Mucha pasión contenida.

—¿Escribes historias románticas? ¡Me encantan! —clamó la camarera maravillada—. Yo leo mucho, ¿cómo te llamas? —preguntó, ignorando la cola que empezaba a formarse.

—Soy Rebeca Jones —murmuró, impaciente por hacerse con el café.

—¡No fastidies! ¡He leído un libro tuyo! Qué guay, oye... ¿me regalas una novela dedicada? ¡Eso sería fantástico! —siguió parlotando entusiasmada.

—¡Claro! Mañana te traigo una —respondió Rebeca con ironía, cogiendo el café al fin y dirigiéndose a la salida del local.

—¡Eh! Espera un momento —le llamó la atención la chica desde el mostrador—. No me lo has pagado. —La camarera señaló el vaso que Rebeca llevaba entre las manos.

—Ah, perdona, ¿me lo querías dedicar? Soy adicta a la cafeína y siempre tomo mucho café, ¿no me regalas uno? ¡Sería genial! —soltó exagerando el gesto de idiota.

—Esto... ¿es una broma?

—No sé, como tú pretendías que te regalara mi trabajo, pensé que tú me regalarías el tuyo. —Rebeca se giró, dejando una moneda de dos euros sobre el mostrador.

—Eres una borde —le chilló la camarera.

—No soy borde —masculló entre dientes—, es que tengo alergia a los gilipollas.

Salió de la cafetería de peor humor del que había entrado y aún no había empezado a trabajar. Auguraba una tarde de esas largas y asfixiantes en las que por momentos estaba a punto de mandarlo todo al cuerno, largarse de allí y no volver a pisar una tienda en lo que le quedaba de vida. Adoraba las compras online.

Horas después, cuando por fin echaron el cierre, estaba a nada de estallarle la cabeza de tanto que le dolía. Se despidió de la encargada, que discutía de algún asunto con el dueño de la tienda, apresuró el paso de regreso a su apartamento, pues necesitaba comer algo y acostarse. Dormir doce horas seguidas para de nuevo volver a empezar sería fantástico. Odiaba la rutina, al menos, esa rutina que no le permitía sentarse a escribir cuando a ella le apeteciera. Al girar la esquina fue cuando la vio, sentada en los escalones de entrada al destartado edificio donde vivía desde que habían entrado en la universidad, de eso hacía ya unos cuantos años. Rebeca suspiró cuando, al cruzar la mirada con su mejor amiga, esta se la devolvió tan triste que estremecía.

—Yo lo mato —gruñó Rebeca, parándose frente a ella—. ¿Qué te ha hecho?

—Hemos discutido, ¿puedo dormir contigo esta noche? —preguntó Paola.

—Puedes volver a mudarte aquí si quieres —ofreció ella.

—Becca, por favor..., no me lo pongas más difícil, ¿vale?

Rebecca alzó las palmas de ambas manos al aire, después hizo un gesto de cerrar la boca, como si abrochara una cremallera, y miró a su amiga con ojos de «¿así te vale?». Paola sonrió y le

tendió la mano para que la ayudara a levantarse, había estado sentada en ese escalón durante casi una hora y se había quedado helada. Rebeca abrió la puerta cediéndole el paso y en silencio empezaron a subir por esa vieja escalera hasta el piso superior.

—Joder, Becca, cómo tienes esto —la regañó su amiga al ver el desorden reinante en el apartamento.

—Ayer escribí hasta tarde.

—Y hoy te duele la cabeza —apuntó Paola, que la conocía desde hacía mucho tiempo; más que amigas eran como hermanas—. Anda, date una ducha, yo preparo algo de cenar.

—¿No vas a contarme qué ha pasado con Fran? —preguntó Rebeca.

—Puede que luego, cuando te pongas el pijama.

—Si tengo que salir a darle un par de hostias, me importa una mierda hacerlo en pijama —soltó Rebeca, pero viendo la cara de su amiga suavizó el gesto y el tono—. Está bien, voy a darme una ducha, creo que hay pan de molde por ahí, o no sé, no he hecho la compra. ¿Ves? Si es que necesito que cuides de mí —murmuró antes de encerrarse en el baño.

Ambas amigas cenaron hablando de trivialidades, del trabajo, de la época del colegio, el instituto, todas esas anécdotas y vivencias compartidas, tantos y tantos años juntas. Cuando se mudaron a ese apartamento, que era tan pequeño como una caja de cerillas, y cuando Paola se marchó para ir a vivir con Fran hacía relativamente poco tiempo.

—Creo que me engaña —soltó Paola con un hilo de voz.

—Lo hace —corroboró Rebeca—. Te ha hecho creer que esto —dijo juntando mucho los dedos índice de cada mano—, son veinte centímetros y, créeme, cariño, no lo son.

—¡No seas imbécil! —la reprendió Paola enfadada—. Me pone los cuernos.

—Pero ¡qué dices! —exclamó Rebeca asombrada.

—Sí...

—Pao, escúchame bien porque no lo volveré a decir nunca más, ni bajo amenaza de tortura —comenzó Rebeca muy seria—. Fran es un buen tío, un poco bocazas, pero buen tío, y está loco por ti.

—Lo vi hablando con una mujer —replicó Paola, empezando a sollozar—. Y el otro día estaba escribiéndose con alguien y... Bueno, no sé..., está raro, muy frío, distante, y cada vez llega más tarde de trabajar.

—Y por eso habéis discutido, ¿qué te ha dicho? —Rebeca miró a su amiga, que desvió la mirada—. Pao, me has dicho que habíais discutido.

—Bueno..., no exactamente.

—¡Joder, Pao! ¿Sabe que estás aquí? —Paola negó con la cabeza—. La madre que te parió —bufó Rebeca, cogiendo el móvil para mandarle un mensaje a la pareja de su amiga.

—¡Eh! Tú tienes que estar de mi lado.

—Y lo estoy y, si es verdad que te engaña, le va a faltar mundo donde esconderse; sin embargo, tengo que decirle que estás conmigo antes de que se líe gorda.

—¿Qué voy a hacer si me engaña? —inquirió Paola con la mirada vidriosa.

—Pues lo matamos, lo descuartizamos y hacemos canelones con él —contestó Rebeca, esbozando una mueca divertida.

—Lo digo en serio, Becca, no puedo vivir sin él.

El esfuerzo de contención que tuvo que realizar en ese instante Rebeca fue titánico. Apretó

los puños y serró los dientes hasta escuchar crujir su mandíbula, aunque consiguió no decir nada, y hasta forzó una sonrisa mientras abría los brazos para acunar entre ellos a una, ahora ya totalmente deshecha, Paola, que lloraba e hipaba sin control.

La ponía enferma esa puñetera frase, ¿que no era capaz de vivir sin Fran? ¿Y qué había estado haciendo durante los más de veintidós años sin él? Rebeca cerró los ojos y respiró profundo para intentar tranquilizarse, no creía que Fran la engañara, él estaba muy enamorado, todo debía de tener otra explicación, mucho más sencilla y racional, pero si era verdad... Rebeca empezó a imaginar mil maneras de hacerle daño a Fran, empezando por rayarle ese deportivo suyo que tanto le gustaba.

—Voy a ir a hacerte la cama, ¿vale? —dijo Rebeca acunando a Paola—. Puedes quedarte conmigo todo lo que haga falta —añadió de manera tierna, besando su frente.

—Gracias —sollozó Paola—. Siempre estás a mi lado, eres la mejor amiga del mundo.

—Lo sé, soy la mejor prácticamente en todo —bromeó Rebeca guiñándole un ojo.

Capítulo 5

Por fin había amanecido soleado. Alex terminó de enfundarse en una sudadera desgastada de Metallica y se agachó frente a la puerta para acabar de anudar los cordones de sus Converse. Terminó engullendo el desayuno mientras bajaba de manera apresurada las escaleras, encendió un cigarrillo nada más pisar la calle, guardó el mechero en el bolsillo trasero de sus jeans y dio una profunda calada soltando el humo de manera pausada. El sol incidía con fuerza a pesar de la hora, era agradable después de la semana de lluvias que habían tenido. Cruzó al otro lado de la calle, lo hizo caminando despacio, disfrutando de esos escasos rayos de sol. Al menos, ese incipiente calor ayudaría a agilizar un poco su trabajo. Pintar con humedad era una auténtica tortura, lento y frustrante. Cuando llegó al apartamento, su hermano ya esperaba dentro.

—Llegas tarde —lo reprendió Víctor, empujándolo.

Alex miró el reloj y sonrió, solo eran las nueve y cinco de la mañana, aunque no le discutió nada, simplemente, le devolvió el empujón. Alex miró a su alrededor y resopló.

—No me gusta el color —confesó al fin—. Creo que no destaca nada, es... un color aburrido.

—No te pongas quisquilloso, Alex, quien paga manda y ellos eligieron este color.

—Pero podrías haberles aconsejado un poco —siguió él—. ¡Joder! Mira qué comedor, es enorme, y la luz que entra de este ventanal incide directamente en esa pared —dijo señalando una en concreto—. Un color brillante habría iluminado más la estancia y podríamos haber jugado con...

—Pintamos paredes, no hacemos arte —respondió su hermano—. Nos dijeron color perla y color perla hemos pintado.

—Pero...

—Sin peros, Alex, solo pinta.

—Ya, sin embargo, es que...

—Cuando quiera saber tu opinión, te prometo que te la preguntaré —soltó Víctor con media sonrisa.

Alex lo miró cabreado, en algún momento de sus vidas, Víctor, simplemente, por el hecho de ser el mayor de los dos, se había erigido como el que mandaba. Este hecho no le había molestado nunca, aunque, a veces, solo algunas veces, Alex estaba tentado de darle un puñetazo en la cara, solo por ver cómo se quedaba de sorprendido.

—Algún día te mando a tomar por saco a ti y a este curro —gruñó, dando una patada a uno de los botes de pintura.

—No des patadas —lo regañó Víctor.

—Sabes que le doy al bote por no darte a ti, ¿no?

—Lo sé —respondió el mayor divertido.

Le gustaba su trabajo, tanto su abuelo como después sus padres habían sido pintores, y ahora ellos pintaban. Le encantaba y trabajar con su hermano era divertido, pero, últimamente, Alex estaba como el tiempo, desgastado. Esperaba que con la llegada del calor todo se animara un poco. Alex recogió su larga melena en una cola para que no le estorbara al trabajar, dejó el móvil

y la cartera sobre uno de los botes de pintura sin abrir y empezó a mojar el rodillo. Solo les quedaba el comedor y el trabajo habría terminado. Víctor estaba preocupado porque no les había salido nada más, normalmente, empalmaban una casa con otra, pero esta vez iban a poder descansar un poco entre medias, algo que no sonaba tan mal hasta que pensaba que, si no trabajaba, no cobraba. «Esa gran ventaja de los autónomos», pensó con ironía.

—¿Has vuelto a ver a la chica? —preguntó de pronto Víctor, que había empezado a pulir los rodapiés—. La borde esa que dijiste que hablaba sola.

—No, pero he descubierto que es escritora —le informó Alex mientras seguía con su trabajo—. La busqué por las redes sociales, rollo Stalker.

—¿Ya sois amiguitos en Facebook? —se burló Víctor.

—Tsss... Solo cotilleé un poco su perfil y las fotos.

—¿Y bien? —insistió el hermano mayor.

—Es guapa.

—¿Es famosa? —inquirió de nuevo Víctor, mirándolo de reojo—. Rollo como la pava esa de Harry Potter...

—No lo sé, a mí no me suena, pero me he comprado uno de sus libros.

—Ah, ¿sabes leer? —bromeó el mayor.

—Era eso de juntar una letra con otra, ¿no? Espero que sea como ir en bicicleta y no lo haya olvidado —replicó con sorna Alex.

Ambos hermanos rieron con ganas. Alex no pudo evitar volver a pensar en Rebeca, en esa manera que había tenido de mandarlo a paseo sin despeinarse, y que lejos de sentirse enfadado le había gustado. Esa misma noche la había buscado en Facebook, estuvo leyendo su biografía y hasta había encontrado algunas críticas literarias sobre su trabajo. Era impresionante, con tan solo veinticuatro años ya había publicado seis novelas. Puede que no fuera nada fuera de lo común en el mundo de las letras; sin embargo, a él le había impresionado. Al día siguiente compró uno de sus libros y desde entonces estaba en su mesilla de noche, esperando a ser leído. Aunque aún no lo había empezado, no sabía muy bien por qué. Puede que fuera porque le daba algo de miedo, decían que siempre había algo del autor en cada una de sus obras y leer un libro suyo era un poco como ¿espirla? Absurdo, muy absurdo.

—Voy a decir algo, y que no sirva de precedente, ¿vale? Tienes razón —soltó Víctor, apartándose de la pared y plantándose en medio del comedor—, el color es feo de cojones —confesó—. La próxima vez te dejo hablar a ti con los clientes.

Alex no dijo nada, ni tan siquiera lo miró, no obstante, no pudo evitar sonreír. Le gustaba cuando su hermano mayor le daba la razón, cosa que debería pasar más a menudo, pero Víctor era muy cabezón y le costaba mucho admitir cuándo estaba equivocado, le costaba casi tanto como ceder el control en algo. Sin embargo, Alex era diferente, mucho más tranquilo y pausado, le gustaba estar siempre de buen humor, pensaba que bastante jodida era ya de por sí la vida como para añadirle más problemas, así que intentaba siempre enfrentar cada día de manera optimista. Como decía su madre, «algo bueno puede pasar hoy» y, aunque a veces todo se torcía, él intentaba ver el lado positivo de las cosas.

—¿Un piti? —ofreció su hermano, saliendo al balcón.

Alex sacó el encendedor del bolsillo trasero de los vaqueros, ahora manchados de color perla, y encendió el cigarro de su hermano para después hacer lo mismo con el suyo. El sol lucía

en todo lo alto, hacía un rato que ya se había quitado la sudadera.

—¿Crees que debería buscar a la chica? —preguntó Alex, mezclando esa interrogación con una nube de alquitrán y nicotina.

—No lo sé —respondió su hermano sonriendo—, parece que te caló hondo, ¿o es solo cuestión de orgullo? ¿Te jodió que te mandara a la mierda?

—Sabes que no es eso. Me pareció... interesante.

—Te dio calabazas de manera diferente al resto —dijo Víctor guiñándole un ojo.

—Puede —respondió meditabundo—. No sé, pero no puedo dejar de pensar en ella.

—¿Está buena? —indagó Víctor con cierto brillo en los ojos.

—No seas gilipollas —lo reprendió Alex, aplastando el cigarrillo contra la suela de su deportiva—. Vamos a terminar ya.

—Uuuuuuhhhh —se burló su hermano—. O está muy buena y no quieres compartirla o es un orco y no quieres que lo sepa.

Alex negó repetidas veces con la cabeza soltando un suspiro, su hermano era un imbécil único en su especie.

—¿Tetas? —inquirió Víctor solo para molestarlo—. En serio, quiero saberlo.

—En serio, paso de ti —contestó Alex ignorándolo—. Van a sobrar dos cubos, ¿te los llevas y los devuelves?

—No cambies de tema.

—Eres un degenerado —soltó Alex—. Llévate los cubos y que nos los reembolsen o nos hagan un vale, ¿OK?

—Está bien —sopló Víctor, dándose por vencido.

Le gustaba trabajar, pero doce horas después solo quería llegar a casa, darse una ducha y arrasar con todo lo que quedara en su nevera. Y eso fue lo que hizo, una vez en la cama se dispuso a ver un rato la televisión hasta que algo llamó su atención sobre la mesilla de noche. Cogió el libro con precaución, como si fuese un ente extraño capaz de exterminarlo, lo abrió y ojeó por encima, resopló, acomodó la almohada sobre el cabezal y se dispuso a leer.

—Vamos allá —murmuró a la nada.

Unas horas después, casi recién conciliado el sueño, algo lo sobresaltó, un sonido que en primera instancia no supo identificar hasta que localizó su procedencia en la puerta de entrada de su apartamento. Alguien estaba aporreándola mientras gruñía su nombre sin descanso una y otra vez. Alex se tiró de la cama, tropezó con las deportivas y, a trompicones, con los ojos medio cerrados, fue a abrir.

—¡Joder! ¡Son las diez! —informó su hermano, como si de un despertador se tratara—. ¿Qué haces?

—Hoy no teníamos trabajo, ¿no? —dudó Alex, que se sentía adormilado y confundido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Víctor, entrando en el piso.

—Me quedé hasta tarde leyendo.

Una sonora risotada rompió la tranquilidad de ese piso, una carcajada que duró hasta ser una auténtica burla hacia Alex.

—No, en serio...

—Estuve leyendo hasta tarde —repitió Alex—. Vuelve a reírte y te estampo el puño en medio de la cara.

—Quita, que a mamá le costó una pasta la ortodoncia.

—¿Qué quieres, Víctor? —inquirió Alex en medio de un sonoro bostezo.

—Ah, sí. Me ha llamado Pablo, un vecino suyo busca quien le pinte una habitación, es aquí cerca, ¿te vistes y vienes?

—Dame quince minutos.

Se trataba de un piso pequeño y, después de hablar con el dueño y ajustarle mucho el precio, decidió darle un cambio de imagen a todas las paredes de su hogar. Alex había tenido mucho que ver en eso, pues había convencido a la mujer hablándole de la combinación de colores, potenciar la luz y hacerlo todo mucho más armonioso y acogedor.

Al final, no había podido descansar ni dos días, pero no importaba, llevaban una semana en el nuevo piso y ya casi lo habían terminado. Alex estaba sentado en un bote de pintura que faltaba por abrir, esperando a que terminara de secar la primera mano que le había dado a las paredes.

—Esto es muy complicado —se quejó Alex, dejando el libro a un lado cuando su hermano entró.

—¿Aún sigues con eso? —preguntó Víctor al verlo—. Llevas toda la puta semana enganchado a un libro.

—Anda, qué exagerado.

—¿Te has leído todos los libros de la tipa esa?

—Sí —confirmó Alex sin poder esconder cierto deje de orgullo en la voz—. Y ahora he empezado con algunos otros, me los ha recomendado la de la biblioteca.

—Hay que joderse, tú en una biblioteca —soltó Víctor sin poder evitar las risas—. ¿Y qué?

—Hermano, lo tenemos muuuuuuuuy jodido para ligar —replicó muy serio.

—Bueno, a mí no me hace falta un libro para saber eso, hace más de dos meses que no follo... —comentó Víctor con total naturalidad.

—En serio, estos libros son nuestra perdición —se quejó Alex. Su hermano lo miró con creciente curiosidad sentándose frente a él—. Todos los hombres de las novelas están muy buenos, follan mucho, lo hacen todo genial, son un dechado de virtudes... Cuando meten la pata, lo hacen con tanto estilo que ni reproches reciben.

—Igualito a nosotros —se burló Víctor.

—Y tienen pasta a mansalva —añadió Alex.

—Vamos, que son perfectos y no tienen nunca un jodido gatillazo.

—Clichés —dijo Alex, recordando la conversación que Rebeca había tenido con ella misma—. Si quieres enamorar a una loca de la lectura romántica, para empezar, tienes que adquirir el superpoder de desnudarla con la mirada y hacerla llegar al orgasmo con una sola caricia —bromeó Alex con media sonrisa—. Tener muchos traumas, ser medio gilipollas y un neandertal, pero redimirte al final.

—Me parece mucho trabajo para solo ligar con una tía —rio Víctor—. Si vas a perder el tiempo, será mejor que leas libros de verdad y no esa mierda, lo único que conseguirás es frustrarte.

—Puedes reírte, pero... la verdad es que me gustan —afirmó Alex volviendo a coger la novela—, casi siempre terminan bien y eso mola.

—Pues en la vida real todo suele terminar mal —reprochó su hermano, levantándose y mirando a su alrededor—. Hay que joderse, hermanito, qué buen ojo tienes para los colores, ha

quedado genial.

—No está nada mal, ¿eh? —se vanaglorió él sin despegar la mirada del libro—. Voy a quedarme para dar un último repaso, mañana solo quedará limpiarlo todo.

—Creo que es mejor que te olvides de esa chica —señaló su hermano de pronto, poniéndose muy serio.

—¿Qué chica? —preguntó Alex sin seguirlo.

—Joder, la de las novelas estas de mierda, la escritora.

—¿Por qué? —inquirió Alex, curioso.

Víctor alzó los hombros por toda respuesta. Le parecía que su hermano se estaba metiendo en un jardín del que no sabría salir. Alex era un buenazo y se desvivía siempre por todo el mundo, una mujer con tan altas expectativas en el amor solo le daría a su hermano pequeño quebraderos de cabeza y lo precipitaría a un final de esos trágicos. Sin embargo, no dijo nada. Se marchó dejándolo solo, abstraído en la lectura.

Capítulo 6

Alex llevaba más de veinte minutos sentado delante de la pantalla del ordenador, mirando esa foto de perfil, con el dedo en el ratón sobre el icono de «agregar amigos».

Becca Jones. En las fotografías que había podido cotillear, se veía a una chica siempre sonriente, de pelo corto, rizado y anaranjado, ojos claros y piel salpicada de cientos de miles de pecas.

Alex resopló, le temblaba el pulso, pero, finalmente, se envalentonó, dio un trago a la cerveza y clicó en el botón de agregar. Ahora solo quedaba esperar.

—¿Qué? ¿Ya? —preguntó su hermano, sentándose a su lado y quitándole un trozo de pizza.

—¿No tienes casa? —le reprendió Alex—. Eres muy molesto.

—¿Y si no te acepta? —inquirió Víctor divertido.

—Pues nada —respondió, fingiendo indiferencia.

—¿Y si te acepta? —apuntilló de nuevo su hermano.

—Puueeessss... —dudó Alex—. Tengo que ser el «macho alfa dominante».

—¿Y qué se supone que significa eso? ¿Qué tienes que hacer, mearle encima para marcarla? —indagó Víctor, aunque su tono, lejos de parecer una burla, estaba impregnado de auténtica curiosidad.

—¡Yo qué sé! Es eso de ser un cromañón y demostrarle quién manda y esas cosas.

—Mandan ellas, no te engañes —señaló Víctor.

—También me valdría lo de multimillonario y tener un currazo de la hostia, empresario y esas cosas...

—Y estar bueno, no lo olvides —recordó Víctor.

—Bueno, no estoy mal, ¿no? —exclamó Alex poniéndose en pie.

—Tssss —chasquéo la lengua Víctor, negando con la cabeza—. Siempre te queda lo de follar como un semental aguantando cinco polvos seguidos.

—Joder, tengo pocas opciones de enamorarla, ¿no?

—En serio —dijo Víctor, levantándose y tirando la corteza de la pizza dentro de la caja—. Deja de leer esas mierdas, te estás obsesionando, para gustarle a una chica solo tienes que ser tú mismo...

—¿Estás hablando en serio? —demandó Alex, mirándolo con una ceja alzada, esperando el momento en que Víctor estallara en una carcajada.

—No hay atajos en el amor —soltó su hermano mayor engolando la voz, Alex no pudo evitar su cara de sorpresa—. No te rayes, lo he leído en la contraportada de alguna de esas novelas cutres que tienes por la mesa.

—¡Vete a la mierda! —se quejó Alex.

Un chasquido del ordenador hizo que ambos se giraran de golpe hacia la pantalla, callando de pronto.

—¡Ha aceptado! —exclamó Alex, haciendo un elocuente gesto de victoria—. ¡Joder! Joder, joder... y ahora, ¿qué hago?

—No sé... Saluda o dale un toque o... —empezó a decir Víctor.

—¿Qué mierda es eso del toque? —preguntó Alex apresurado, como si se le fuera a acabar el tiempo y necesitara hacer algo.

—Ni puta idea, nadie lo sabe. Es un misterio del Facebook, ninguno sabe para qué sirve, pero mucha gente lo usa para llamar la atención.

Alex se puso nervioso, ella estaba conectada en ese mismo instante, podría hablarle, saludarla o... Apagó el ordenador ante la mirada de sorpresa de su hermano. Alex se levantó sin decir nada, abrió la ventana para poder encender un cigarrillo, al que dio una profunda calada.

—Soy gilipollas —dijo más para sí que para que su hermano le diera una respuesta.

—No voy a ser yo quien te quite la razón —sonrió Víctor divertido.

Alex acercó de nuevo el cigarrillo a sus labios y, después de darle dos profundas caladas, lo apagó. Observó en silencio cómo su hermano se marchaba con una media sonrisa socarrona pintada en el rostro; el sonido de la puerta hizo que pronto se dejara envolver por la soledad de ese piso.

Rebeca miró de reojo a Paola, llevaba más de veinte minutos al teléfono con Fran, había intentado mantenerse al margen de la discusión, aunque en ese piso de escasos cuarenta metros cuadrados eso era imposible. Paola se dejó caer en el sofá justo al colgar el teléfono y clavó la mirada en Rebecca.

—Como uses esto para una de tus novelas, te dejo de hablar —le advirtió con voz grave.

—Ah, bueno, si solo es eso... —bromeó Rebeca.

—Lo digo muy en serio —amenazó Paola.

—Sabes que no lo haría —se defendió ella—. ¿Has aclarado algo? —quiso saber.

—Sí, no... no lo sé... Lo he sacado todo de madre, creo.

—Fran te quiere.

—¿Qué ha pasado con eso de «todos los hombres son unos capullos»? —inquirió Paola.

—Es un capullo que te quiere —aclaró Rebeca—. Lo de capullo no se lo quita nadie.

—¿Cómo puedes ser así? No lo entiendo.

—Ahora estamos halando de ti —acotó Rebeca—. ¿Qué vas a hacer?

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. ¿Te molesta si me quedo un par de días más?

—Ya sabes que no —dijo Rebeca, cogiéndola de la mano.

—Eres la mejor amiga que podría tener.

—¡Ja! Dime algo que no sepa —bromeó ella, guiñándole un ojo.

Rebeca se levantó y regresó de nuevo a la pequeña mesa frente a la ventana, ese pequeño rincón era el que había arreglado para instalar su estudio. Era su lugar favorito, donde realmente se sentía a gusto y en el que más horas al día pasaba. A veces, incluso más que en la cama. El portátil había quedado con la pantalla fundida en negro, pero cuando movió el ratón, el brillo azulado volvió a deslumbrarla. Movié el cursor hasta minimizar el documento en el que estaba trabajando y bajó hasta la barra de tareas en busca de Spotify para poner algo de música, cuando en la ventana del Facebook apareció una nueva notificación.

—¡Joder! —exclamó, echándose para atrás y soltando el ratón como si quemara.

—¿Qué? —se asustó Paola corriendo a su lado para auxiliarla en lo que fuera.

—El perverso —soltó sin apartar la mirada de la pantalla—. El tío del otro día, ya sabes.

—Tienes un concepto de perversión algo alterado, a saber qué te dijo el pobre hombre.

Rebeca miró a su amiga con el ceño fruncido, mostrando un profundo rechazo ante ese comentario. Pero no añadió nada más, de nuevo volvió su atención a la pantalla. «Alex Quemás Da encima es un gracioso», pensó Rebeca.

—Es mono —murmuró Paola, que se había acercado y ahora observaba la pantalla por encima de su hombro—. Me gustan los tíos con el pelo largo —añadió.

—Fran va rapado.

—Fran es Fran —repuso su amiga sin más—. ¿Vas a aceptarlo?

—Ni de puta coña —clamó Rebeca horrorizada—. Me abordó por la calle, rollo acosador.

—Ups —exclamó Paola al mover el ratón y presionar, «sin querer», en el botón de aceptar.

—¡Serás gilipollas! —la reprendió Rebeca, levantándose para empujarla—. ¡No te rías! —protestó, viendo a su amiga desternillarse.

—Venga, Rebeca, tiene cara de buen tío.

—Seguro que Jack el Destripador también parecía un buen hombre cuando no estaba matando prostitutas.

—Suerte que trabajas en una tienda de ropa, de todos es sabido que a los psicópatas no les van las dependientas.

—¡Eres imbécil! Seguro que es un chalado, por eso no usa su nombre real, seguro que tiene algo que esconder.

—Pues como todos —le reprochó Paola—. ¿Acaso tú no tienes muertos en el armario?

—Ropa sucia, mucha, pero muertos, ninguno —se defendió Rebeca.

Ambas amigas volvieron a centrarse en el ordenador y sin decir nada se sentaron para empezar a pasar las fotos de perfil del chico. Fotografías de conciertos, salidas con amigos y alguna practicando senderismo. Nada fuera de lo común.

—Mira, estudió en el instituto que hay cerca de casa de Ana, a lo mejor vive por esa zona.

—Hala, otro barrio que no pienso pisar —lamentó.

—De verdad, ¿cómo eres así? —profirió Paola, poniendo los ojos en blanco desesperada.

—No lo sé, ¿cómo soy? Dímelo tú que parece tenerlo tan claro —indagó Rebeca con sorna.

—Joder, Becca, en serio... ¿Cuándo te has vuelto tan cínica?

—¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? —se burló Rebeca mientras seguía cotilleando el perfil de Facebook de Alex.

—Eres insufrible —apuntilló Paola, alejándose en dirección al sofá para recuperar su teléfono móvil—. Voy a pedir una pizza.

—Que lleve champiñones —dijo Rebeca sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador—. Mierda, tiene los ojos bonitos —gruñó, molesta con ese detalle.

Paola la observó y sonrió, sin embargo, no dijo nada, buscó el teléfono de la pizzería que les gustaba para llamar y encargar su pedido a domicilio.

Capítulo 7

—¡Pero tendrás que responderle! —comentó Lucía, devolviéndole el móvil a Rebeca—. Pobrecito, lleva dos días esperando.

—¿Por qué mierda me saluda? —se quejó con su habitual simpatía Rebeca.

—¿Educación? ¿Intento de entablar una conversación? ¡Hay gente simpática en el mundo! —exclamó su amiga.

Rebeca guardó el móvil de nuevo en el bolso antes de terminar el último trago de su café, que por desgracia ya se había quedado frío. Hacía dos días que Alex le había mandado un mensaje, un saludo, seguido de una explicación de quién era, por si ella no le recordaba, y un añadido final diciendo que había leído alguno de sus libros. ¿Qué pretendía? ¿Qué buscaba? No pensaba responderle, pero... Rebeca de nuevo sacó el móvil del bolsillo para releer el mensaje, tomó aire y simplemente escribió «espero que te gustaran».

—¿Qué? —inquirió ante la sonrisa socarrona de Lucía—. Tengo que ser amable con los lectores, a ver si me va a dejar una mala crítica.

—Yo no he dicho nada —se defendió Lucía—, a mí me parece mono.

—Tú no entiendes de tíos —soltó Rebeca—, aunque este tiene el pelo más largo que alguna de tus novias.

—Touché, no entiendo de hombres, sin embargo, compadezco al pobre que intente algo contigo —comentó con ironía.

—Si no quieres llevarte un bocado, es mejor no acercarte a una perra rabiosa —rio Ana, que acababa de llegar y había pillado la conversación a medias.

—¿Me has llamado perra? —gruñó Rebeca molesta.

—Sí, y he añadido lo de rabiosa —aclaró la chica sentándose—. Siento llegar tan tarde.

—¿Insultarme no lo sientes? —fingió enfado Rebeca.

—Oh, Becca, eres escritora, sabes que no era un insulto, sino un adjetivo calificativo.

—Puedo ser encantadora cuando quiero —reclamó haciéndose la ofendida.

—El problema es que no quieres nunca —apuntó con una sonrisa Lucía.

Rebeca no se sintió ofendida ni molesta con sus amigas, en el fondo, algo de razón tenían, era llevado a la exageración, obviamente, pero nunca se había caracterizado por tener un carácter dulce, amable y complaciente.

Rieron y se divirtieron como cada vez que estaban juntas; siempre habían estado muy unidas las cuatro, desde el colegio, eran diferentes, aunque se complementaban a la perfección. El móvil de Rebeca vibró en el bolsillo, sin embargo, decidió ignorarlo en el momento en el que Paola, con los ojos enrojecidos, entró por la puerta cuando ya estaban a punto de marcharse.

—¡Mierda! —bufó Rebeca al verla con esa mirada.

Esa tarde habían quedado para hablar, Fran le había dicho que todo tenía una explicación y Paola le había dado la oportunidad de explicarse. Pero esos ojos...

—Pao, nena, ¿estás bien? —preguntó Lucía, alargando la mano y tirando de ella para hacerla sentar a su lado—. ¿Habéis roto? —indagó con un hilo de voz.

Paola las miró alternativamente y, de pronto, una preciosa sonrisa iluminó su rostro al tiempo

que alzaba la mano para que pudieran ver el anillo que decoraba su dedo anular.

—¡No! —exclamó Ana, llevándose ambas manos a la boca para esconder su gran sorpresa—. ¡Jolines!

—¿En serio? —Lucía abrazó a Paola emocionada—. ¿Toda esta movida ha sido por esto?

—Vaya manera de liarlo todo, ¿no? —comentó riendo Paola, tapándose con las manos la cara, muerta de vergüenza por lo que había pasado.

Rebeca aún la miraba con los ojos desorbitados, tardó un poco más en reaccionar que el resto, no porque no se alegrara, que lo hacía, sino porque, a veces, le costaba un poco encajar los cambios, y eso suponía uno muy grande en la vida de su mejor amiga. Estaba alucinada.

—¿Tú no vas a decir nada? —le preguntó Paola encarándola de frente, haciendo chasquear los dedos delante de su cara para que reaccionara—. ¿Qué vas a decir? ¿Que el matrimonio está obsoleto? O...

—Me alegro mucho por vosotros —soltó con total sinceridad.

Todas enmudecieron dejándose abrazar por esa extraña sensación de emoción, bienestar y mucha felicidad.

—Lo sé —dijo Paola, levantándose de la silla para abrazarla.

—¡Tenemos que celebrarlo! —se animó Ana—. A la mierda la dieta, ¡vamos a por unas pizzas!

Fue una noche de esas para recordar. Cuando todas se marcharon a casa y Rebeca se quedó sola, no pudo evitar que se le saltara una lágrima de la emoción contenida; a veces, intentar aparentar tanta frialdad era complicado. Estaba muy contenta por su mejor amiga, se sentía muy feliz de ver como su historia seguía, cómo todas, poco a poco, iban encontrando su camino. Rebeca dejó los vasos en el fregadero y se dejó caer pesadamente sobre el sofá. Lucía era una mujer admirable, fuerte, dura, con las ideas claras y, a la vez, era tan buena, dulce y sensible... Era la amiga a la que todas acudían cuando necesitaban ese abrazo comprensivo que no las juzgaría jamás, seguramente, porque Lucía sabía mucho del hecho de ser juzgada. Su adolescencia no había sido nada fácil; no obstante, ahí estaba, siempre con una sonrisa pintada en el rostro y dispuesta a ayudar a todo el mundo. Ana era un mar de dudas, contradicciones, miedos y complejos; sin embargo, cuando conseguía dejar todo eso de lado, era la chica más divertida y alocada que conocía, además, era una gran profesional que llegaría muy lejos dentro del mundo del diseño gráfico. Estaba convencida de eso. Era tan apasionada que siempre las contagiaba en sus locuras y, a veces, en ese mundo gris, eso era de agradecer.

Rebeca se tumbó en el sofá pensando en sus amigas, en todo lo que habían vivido juntas y en lo que aún les quedaba por delante y no pudo menos que sonreír al pensar en Paola y Fran. El brillo del móvil sobre la mesita frente al sofá, donde aún estaban las cajas de las pizzas, llamó su atención. Se reincorporó quedando de nuevo sentada, lo cogió y buscó el icono de Messenger de Facebook para abrirlo.

«Mucho, ha sido una lectura muy interesante. A riesgo de que vuelvas a machacarme, me gustaría que aceptaras tomarte conmigo un café. Mi autoestima es fuerte, pero dos negativas de las tuyas pueden dejarla por los suelos».

Rebeca sonrió. ¿Desde cuándo era tan cínica? No lo sabía. Simplemente, a fuerza de leer y escribir sobre el amor, había dejado de creer en él. Tan simple como eso. Al menos, era lo que ella se decía. Abrió de nuevo la aplicación y fue directa al perfil del chico, volvió a ojear las

fotografías y las últimas publicaciones. Parecía un tipo normal, sin nada que llamara poderosamente su atención, puede que ahí residiera el misterio de por qué no podía dejar de pensar en él. Pensó de nuevo en sus amigas antes de volver al chat para responder a Alex, escribiendo, simplemente, su número de teléfono con un «hablemos por WhatsApp».

Alex dio un bote en la cama cuando, a más de las doce de la noche, ella le respondió el mensaje. No podía creerlo, un mensaje tan escueto como el anterior, para ser escritora parecía medir muy bien sus palabras. Ahí estaba su número de teléfono y no entendía por qué eso le daba tanto miedo, estaban «hablando» por Facebook, si es que esos escasos dos mensajes podían considerarse ya una conversación, ¿por qué tenía la sensación que hacerlo por WhatsApp era «algo más serio»? Le temblaron las manos al agregar su número en la agenda y dudó un poco sobre qué nombre dar al nuevo contacto; «Becca Jones, escritora», así no habría confusión alguna, aunque no conociera a otra Becca. Miró el reloj, no le parecían horas, sin embargo, estaba claro que ella estaba levantada. Tomó aire antes de escribir el primer mensaje, un saludo seguido del anuncio de quién era; se sentía algo absurdo. Aunque lo peor ya estaba hecho, esa segunda invitación a tomar un café, un nuevo rechazo tan tajante como el primero y dejaría pasar la idea. Siguió tumbado sobre el colchón sin perder de vista la pantalla del móvil, un minuto que pronto fueron dos. Eso era ridículo.

Alex se levantó para ir a la cocina a por un vaso de agua, llevaba rato en pijama pululando por la casa, disfrutando de la vigilia de un festivo. Hacía unos años lo habría hecho bebiendo cerveza con sus amigos, en algún concierto o en el cine, pero estaba en esa edad que salir le producía más pereza que felicidad. Aprovechó que estaba en la cocina para encender el lavavajillas y pasar un paño por la encimera, dejando pasar el tiempo antes de que ella respondiera, porque... respondería, ¿no? Claro, había sido ella la que le había dado su número, porque... sería su número, ¿verdad? Empezó a dudar de todo. Volvió al comedor y saltó por encima del respaldo del sofá para caer sobre los cojines, cogió el teléfono y lo miró con desconfianza. No obstante, ahí estaba, un nuevo mensaje, tan corto como los anteriores, pero que abría una ventana a la esperanza de un posible encuentro. Alex sin poder evitarlo sonrió y respondió con un lugar y una hora, seguido de un par de emoticonos; ella tan solo le devolvió un OK.

Alex se durmió esa noche con cierta emoción contenida, como un adolescente antes de su primera cita, nervioso y expectante.

Capítulo 8

Terminó de cepillarse los dientes y se miró en el espejo. Se había esforzado un poco más de lo habitual en que la cola quedara bien sujeta y que todo el cabello estuviera en su lugar. Cogió el bote de colonia que le había regalado su madre por Navidad y se echó la cantidad justa, ni mucha ni poca. Se dio un último repaso en el espejo antes de salir del baño, donde se topó con la mirada burlona de su hermano.

—Recuérdame que te quite las llaves —gruñó Alex—. No puedes entrar aquí cuando te salgas de las narices, te di las llaves para casos de emergencia.

—Es una emergencia —le confirmó Víctor.

—¿Qué pasa?

—No puedes ir a una cita con una camiseta de los Ramones —soltó el chico, tirando de la prenda que tan cuidadosamente había elegido Alex—. ¿No tienes nada más elegante?

—Una de Extremoduro —se burló él.

—Me refiero a una camisa o algo así... —apuntó Víctor alzando una ceja.

—El traje del funeral del abuelo, pero no me parecía lugar... —masculló Alex, pasando por su lado y dejándolo atrás—. No me comas la cabeza, Víctor, solo es un café.

—Joder, ¡estás nervioso! —dijo su hermano, chasqueando la lengua.

—Pues claro que lo estoy, tú también lo estarías... ¿Cuánto hace que no sales con una chica? —le preguntó Alex, parándose en medio del comedor y mirándolo.

—¿Salir o follar? —inquirió Víctor para ofrecer una respuesta más adecuada.

—¡Bah! —bufó Alex, cogiendo la cazadora de encima del respaldo de una silla—. ¿Te vas, te quedas? —indagó, señalando la puerta de salida.

—¡No me fastidies! ¿Te llevas uno de sus libros? —comentó atónito Víctor.

—Para que me lo firme —aclaró Alex.

—Patético.

—¿Sí? —inquirió Alex, mirando el libro y empezando a dudar, puede que sí fuese un poco extraño presentarse con uno de los libros; lo sopesó llegando a la conclusión de que no tenía ni idea y que después de haber leído todos esos libros aún dudaba más con todo—. Vale, tienes razón —confirmó, dejando el libro sobre la mesa—. ¡Qué mierda, joder! Todo era más sencillo antes: soy Sagitario, ¿estudias o trabajas? ¿En tu casa o en la mía? Y ya estaba todo.

—Después dicen que leer es bueno —se rio Víctor, saliendo tras su hermano—. ¿Me llamarás después? —indagó con sorna.

—No.

—Imbécil —gruñó Víctor con una sonrisa.

—Capullo —respondió Alex.

Rebeca frotó una mano con otra para repartir la gomina y después las pasó por su corta melena para despeinarla, como en un día de viento huracanado. Luego, para entretenerse aún un

buen rato, fue recolocándose algunos mechones dejándolos con un estilo «despeinado» que pareciera totalmente casual sin serlo. Cogió el khol negro que su vecina marroquí le había regalado con el que ya no concebía su vida y lo pasó por el lagrimal para dejar allí ese destello negro azulado que hacía resaltar el color de sus ojos.

—¡Qué guapa! —canturreó Ana desde la puerta del baño—. Te estás tomando muchas molestias para solo un café.

—Eso no es verdad —se defendió Rebeca.

—Cierto, no es verdad —replicó Ana escondiendo una sonrisa.

Ana cogió el móvil de Rebeca y abrió sin ningún tipo de pudor la aplicación de WhatsApp para poder leer los mensajes que se había mandado con el chico.

—«Alien pervertido del planeta feromona», ¿en serio? ¿Ese es el nombre que le has puesto al contacto? —inquirió alucinada.

—Es un homenaje —se defendió Rebeca.

—¿A qué, a tus neuronas enfermas? —Ana la miró con los ojos muy abiertos, pero Rebeca no respondió, solo cogió la chaqueta de encima de la cama y comprobó que tuviera todo lo necesario en el bolso, después le quitó el móvil de entre las manos a Ana—. En serio, ¿eso es todo lo que habéis hablado? —preguntó confundida pues apenas habían intercambiado cuatro frases.

—Ajá.

—Madre mía, Becca... —comenzó, sin embargo, la mirada que le dedicó su amiga la hizo replantearse el continuar con la frase—. Vale, no digo nada. No te importa que use tu ordenador, ¿no?

—Haz lo que tengas que hacer —sonrió Rebeca—. Si veo que voy a terminar pronto, te mando un mensaje para que me esperes y cenamos juntas.

—Pues prefiero cenar sola y que mañana sigas con la ropa de hoy —le guiñó un ojo Ana—. Sabes que es muy pronto, ¿no?

—Lo sé, lo sé, en el manual de las buenas citas dice que las chicas siempre tenemos que llegar tarde y hacerlos esperar —se burló Rebecca—. Anda, me voy... Te diré algo. A lo mejor sufro un instant love y no vuelvo.

—No te burles del amor a primera vista, existe, es real y yo lo quiero.

—Y yo quiero ser millonaria y medir más de metro sesenta —alegó Rebeca.

—Eres insoportable —le dijo su amiga muy seria.

—Gracias. Me piro, vampiro.

Alex miró el reloj, llegaba cinco minutos antes de la hora, esperó paciente a que el semáforo se pusiera en verde para cruzar y, al hacerlo, pudo ver como desde la otra esquina Rebeca hacía lo mismo e, inevitablemente, empezó a ponerse nervioso. ¿Por qué? No lo entendía. Tomó aire y caminó con paso decidido hasta ella, que lo miraba inquisitiva con esos profundos ojos azules tan bonitos como fríos. Al llegar a su altura él le dedicó una sonrisa y ella, muy a su pesar, se la devolvió.

—Hola —saludó Alex, pensando que era el saludo más estúpido de la historia de los saludos. Sin gracia ni originalidad. Todo lo contrario a los protagonistas de las novelas, que

parecían saber siempre qué decir y cuándo decirlo, como si tuvieran un don.

—Hola —respondió ella, desviando la mirada hacia la cafetería—. ¿Dentro o fuera? —preguntó.

—Donde pueda vernos más gente, no quiero salir de aquí con una denuncia por acoso —respondió divertido, aunque esa broma podía pasarle factura. Alex la miró dubitativo, pero se tranquilizó al verla sonreír.

—Entonces dentro —confirmó Rebeca—. Prefiero que tengas menos oportunidades de sacar a relucir tu lado perverso.

—Haré lo que pueda, pero no prometo nada —replicó Alex alzando las palmas de las manos.

Alex la siguió al interior del local, Rebeca eligió una de las mesas más al fondo, un poco apartada del resto, y justo al lado de una ventana que daba directamente al callejón, donde habían dispuesto algunas mesas más.

—Gracias por quedar conmigo —comentó él cuando ambos se hubieron sentado.

—No me ha quedado más remedio, temía que en cualquier momento te pusieras a llorar —bromeó Rebeca, pero se la notaba nerviosa, pues sin darse cuenta había empezado a estrujar una mano contra otra—. Pensaba que traerías los libros para que los firmara.

—Vaya, con los nervios, me los he dejado.

—¿Es una excusa para volver a quedar? —preguntó, alzando una ceja ella.

—Puede... —Alex la miró fijamente, era mucho más guapa que en las fotos.

—¿Te han gustado? —indagó Rebeca y, a pesar de intentar con todas sus fuerzas imprimir indiferencia en esa interrogación, no lo logró.

—Mucho —afirmó con rotundidad Alex.

—¿Por qué? —dijo sin pensar, arrepintiéndose de inmediato, no era una buena pregunta para alguien a quien recién conocía y no habían ni pedido el café.

—Me gustan los finales —respondió como de pasada Alex e hizo un gesto a la camarera para que se acercara—. ¿Cómo quieres el café?

—Con leche.

¿Los finales? Rebeca se estremeció y sin quererlo se quedó con la mirada fija en ese hombre de facciones marcadas y estilo desaliñado. Cuando se dio cuenta, se había olvidado hasta de parpadear y él la observaba a su vez con media sonrisa. No quiso añadir nada más, no quería saber por qué le gustaban los finales de sus historias, le valía, simplemente, con que él se hubiera percatado de ese detalle, pues siempre se dejaba el alma en la escena final.

Ambos se quedaron callados mirándose, sin saber muy bien qué decir a continuación. Alex repasó mentalmente todas las posibles preguntas o comentarios y descartó más de la mitad antes siquiera de plantearse abrir la boca.

—Bueno, «Alex Quemás Da» —Rebeca pronunció el apellido separando bien las sílabas—. Entonces, ¿no eres un psicópata?

—¿Aún no lo tienes del todo descartado? A pesar de eso, has quedado conmigo, ¿te gustan los riesgos innecesarios?

—Me encantan, vivo de ellos —replicó Rebeca esbozando una sonrisa.

Ambos se callaron cuando llegó la chica con los cafés y siguieron en silencio hasta un poco después, midiéndose con la mirada, sopesando e intentando averiguar qué se escondía en el interior de cada uno, como si una sola mirada valiera para ello.

—Bueno —se envalentonó Rebeca—. Tú sabes mucho más de mí que yo de ti, así que cuéntame algo, podrías empezar por tu apellido real.

—¿No cuele el «qué más da»? —ella negó con la cabeza—. Está bien. —Sopló—. Zas, Alex Zas —dijo entrecerrando los ojos—. Sí, ya puedes empezar con las bromas.

—Zas en toda la boca —rio ella a carcajadas—. Perdona, vale, lo siento, debes estar hasta las narices de esto.

—Hombre, pues un poco —reconoció él—. Aunque no ha sido el más original, para ser escritora me has defraudado un poco.

—Lo lamento —siguió riendo Rebeca—. Y si esperas que sea una fiera en la cama por escribir erótica me temo que también defraudo en ese sentido.

Alex enrojció de golpe.

—Yo no... yo... —empezó a tartamudear él.

—Oh, venga, ahora me dirás que no lo has pensado —se burló Rebeca.

—Pues te juro que eso no, aunque sí estaba algo nervioso, eso de que escribas sobre hombres tan perfectos...

—¿No dijiste que tú lo eras? —lo atacó ella.

—Y lo soy, pero soy perfecto en mi humanidad, los tíos que describís en las novelas son algo así como semidioses y algunos hasta dioses completos, es imposible compararse con ellos.

Rebeca soltó una risotada que intentó acallar, dando un primer trago al café.

—A mí no me gustan las cosas perfectas —murmuró ella.

—Entonces tengo alguna posibilidad —respondió Alex, guiñándole un ojo.

—Bueno, Alex Zas —comenzó a hablar y no pudo evitar volver a sonreír—, aparte de entrarle a las chicas en plena calle y leer novelas románticas, ¿a qué te dedicas?

—Soy pintor.

—¡Vaya! —exclamó.

—Ah, no... no de los de decorar paredes, sino de darle la capa de pintura antes de que cuelguen los cuadros. —Alex sonrió—. Tampoco soy rico, mi infancia fue feliz, así que no tengo ningún trauma, creo..., aunque casi lo logras con tu rechazo.

—Tendré que esforzarme más la próxima vez —bromeó Rebeca.

Ambos sonrieron. Al café le siguió un largo paseo por la calle comercial de la ciudad, a pesar de que Rebeca odiaba con toda su alma las tiendas, le encantaba ver los escaparates cuando estas estaban cerradas. Repusieron fuerzas tomando una cerveza cerca del apartamento de Rebeca y antes de darse cuenta eran pasadas las diez de la noche, casi no podía ni creerlo, el tiempo al lado de Alex había pasado extrañamente deprisa.

—Mañana trabajo —dijo ella después de comprobar la hora en el móvil, podía ser que el reloj fallara.

—Sí, yo también tengo que madrugar —balbuceó sin ganas Alex, pagando las consumiciones.

—Me lo he pasado muy bien. La próxima invito yo.

Alex no pudo más que sonreír con cierta satisfacción, al final, no había ido tan mal si ella pensaba en una próxima cita. Eso lo alentó y envalentonó, la siguió hasta fuera del local. El cielo se había despejado dejando una noche calmada con el cielo lleno de estrellas, la brisa soplaba suavemente y, aunque fría, se sentía agradable. Lo habían pasado bien, no tenía duda de ello. Rebeca era preciosa, guapa, divertida... y, en un impulso, dejándose envolver por la

magnificencia del momento, fue cuando Alex se atrevió a intentar besarla.

—¿¡Qué haces!?! —soltó Rebeca, apartándose y dándole un empujón.

—Está claro que cagarla.

—Ya te digo —le confirmó ella, dándose la vuelta para irse.

—Vale, lo reconozco, no soy perfecto... —le gritó él—. ¿Puedo volver a llamarte?

—No —respondió Rebeca tajante y sin tan siquiera girarse.

—¿Me llamarás tú? —preguntó Alex con un tono que rozó la desesperación.

—Puede.

Alex se quedó plantado frente al local, viéndola marcharse calle abajo, con la sensación de que Rebeca era un rompecabezas de esos casi imposibles de encajar.

Capítulo 9

La casa olía a pintura, un olor que le recordaba a su infancia. Había crecido entre muebles plastificados, paredes húmedas y botes metálicos llenos de color. Le encantaba, él y su hermano habían empezado a ayudar desde muy pequeños; en las vacaciones de verano siempre acompañaban a su padre. Alex se sentó en el suelo y abrió la lata de refresco para darle un primer gran trago tratando así de recuperar electrolitos. Hacía mucho calor, como en esos veranos en su niñez, jugando con los restos de pintura que su padre le guardaba para poder así hacer sus propias mezclas. Le encantaba llenar el mundo de color, siempre le había fascinado cómo cada tono podía hasta incidir en el estado de ánimo de las personas. Se podía saber mucho de la gente solo observando los colores de los que se rodeaba. Dio el primer bocado al bocadillo que su hermano le había comprado a primera hora de la mañana; desde hacía un buen rato las tripas le rugían, pero cuando se metía a pintar el mundo desaparecía a su alrededor y muchas veces se olvidaba hasta de alimentarse. Si no trabajara con su hermano, seguro que más de una vez se habría desmayado. De pequeño su padre, a veces, lo regañaba con cariño, veía la pasión que desprendía su hijo y cómo se abstraía de todo mientras hacía las diferentes mezclas de colores.

Sacó de la mochila uno de los libros que le había recomendado la bibliotecaria. Después de tantas visitas a la biblioteca ya se habían hecho amigos. Al principio, la chica no terminaba de entender su fascinación por las novelas románticas, pero ahora estaba encantada con poder charlar un rato con él por las tardes. Alex abrió la novela por donde estaba el marcapáginas y leyó un par de hojas. Inmediatamente, tuvo que cerrarlo y guardarlo. Era superior a él, su mente no podía centrarse en la lectura.

No podía dejar de pensar en Rebeca.

No podía dejar de pensar en todas esas historias que ahora ocupaban su mente y en todas esas situaciones casi absurdas e hilarantes que venían repitiéndose en, prácticamente, todas las novelas, siempre siguiendo el mismo patrón. Pero entendía por qué eran tan populares, eran divertidas, te hacían soñar y sonreír, en algunas novelas eróticas necesitabas una ducha fría al terminar de leer, aunque estaba claro que quien escribía algunas escenas de esos libros no había follado en su vida. Además, casi siempre terminaban bien, menos las historias de Rebeca. Tampoco era que terminaran mal, simplemente, tenían un final diferente y eso le había cautivado desde el principio.

¿Era él un galán de novela? Así, a priori, no cumplía con ninguno de los preceptos. ¿Era un semental de novela erótica? Alex rebufó sin poder ofrecerse una respuesta a eso. Terminó con el refresco, guardó el libro en la mochila y sacó de dentro una caja blanca con una franja azul. La observó extrayendo de su interior el quilométrico prospecto.

—¿Qué haces? —le preguntó Víctor, con los ojos muy abiertos, sin poder esconder su sorpresa.

—¡Joder! —exclamó Alex, pero ya no tuvo tiempo de esconder el paquete de pastillas, así que su única opción fue soltar un hondo soplido, mezcla del susto y la vergüenza—. Es Viagra —murmuró entre dientes con un hilo de voz.

—Ya, ya lo veo. —Víctor se sentó a su lado y cogió de entre sus manos el prospecto que

Alex había empezado a leer.

—¿Tú sabías la de efectos secundarios que tiene esto? —dijo Alex, dando el momento por perdido.

—Creo que me voy a arrepentir de preguntarlo, pero... ¿para qué mierda quieres tú usar Viagra? ¿Tienes algún problema o...?

—Ahhhh —dudó Alex—. No sé, en las novelas eróticas siempre duran como cinco polvos seguidos, si no lo logran con Viagra, ¡ya me dirás cómo! —comentó cargado de razón.

—¡Estás obsesionado con esas putas novelas! —exclamó su hermano, arrojándole el prospecto a la cara.

—¿Tú eres consciente de lo alto que nos dejan el listón a los simples mortales? Es que así es imposible impresionar a una chica.

—Si necesitas impresionarla con cinco polvos sin sacarla, puede que no sea la chica ideal para ti. ¿Tan exigente es la escritorcilla en la cama? —indagó Víctor con una sonrisa socarrona en el rostro.

—Vete a la mierda —respondió Alex sonriendo.

—Te lo he dicho mil veces, no puedes mandar a alguien a la mierda con una sonrisa —apuntó su hermano, alzando una ceja.

—¡Claro que puedo! Así el guantazo les pilla desprevenidos.

Víctor soltó una carcajada y tendió la mano a su hermano para ayudarlo a levantar. Le gustaba verlo tan animado, era divertido, además, así bajaba la guardia y era más fácil de atacar. Alex lo miró con suspicacia, adivinando lo que su hermano pensaba, estaba buscando el flanco por el que golpearlo, lo malo era que ahora mismo tenía muchos. Rebeca lo alteraba, eso era algo que le gustaba y molestaba a la vez. No creía en los flechazos, no pensaba que esos fuesen reales, sin embargo, lo que había sentido por Rebeca era algo muy parecido. Verla caminando por esa calle, refunfuñando y hablando consigo misma... No podía negarlo, eso le había llamado poderosamente la atención.

—¡Despierta! —Víctor chasqueó los dedos frente a su cara—. ¿Vamos a tomar algo después?

—No puedo.

—¿Ya te has tomado la Viagra? —preguntó Víctor alzando una ceja. Alex negó con la cabeza, guardando la caja dentro de la mochila—. Entonces, ¿por qué no? —averiguó su hermano intrigado.

Alex lo miró con el ceño fruncido, Víctor estaba disfrutando con eso, se le veía en la cara. Su hermano se quedó parado en medio de ese comedor recién pintado de color melocotón, con los brazos en jarra y una sonrisa burlona en los labios, esperando una respuesta. Se impacientó y se lo hizo saber con un ligero repiqueteo de la punta del pie contra el suelo.

—He quedado con Rebeca...

—¡Aja! —cortó Víctor, abriendo los brazos teatralmente—. ¡Dos días seguidos! —exclamó con orgullo—. ¿Te ha llamado ella o la has llamado tú?

—¿Importa?

—¡Joder! ¡Mucho! ¿No lo dice en tus libros? —se rio.

—Le mandé un mensaje al llegar a casa —reconoció. Ella le había dicho que no la llamara, aunque no había dicho nada de mandarle un mensaje.

—Eres un tipo desesperado... Mucho leer, pero cometes errores de novato —sentenció

Víctor.

—Me gusta, ¿vale? ¿Qué hay de malo? Quería volver a verla —se defendió Alex.

—Y te arrastras.

—Eso no es arrastrarme —respondió, ahora sí, algo molesto.

—Claro que lo es, además, es patético —se burló su hermano.

—Arrastrarse es lo que hiciste tú con Laura —le espetó Alex con intención de tocarle la fibra.

—Vaya puto golpe bajo —se quejó Víctor, empezando a recoger.

—Perdona, no quería decirlo... —replicó algo avergonzando Alex.

—Seguro que no, aunque lo piensas... No sé qué me jode más.

—Soy un bocazas, perdona... de verdad —intentó disculparse Alex.

—Bah, déjalo... Si quieres vete, ya termino yo —se ofreció Víctor.

—No hace falta, yo...

—Lárgate, Alex —dijo Víctor, intentando forzar una sonrisa—. Nos vemos mañana.

La música que salía de los altavoces del portátil sonaba y lo envolvía todo, sobreponiéndose a los sonidos de la vecina de enfrente, que a esa hora solía discutir con el marido. La lavadora de la del primero, que no tenía otro momento para ponerla que después del trabajo, y, por supuesto, al ruido del tráfico de esa ventana abierta que le ofrecía algo de aire puro que poder respirar. Rebeca cerró los ojos, imaginando la escena, le gustaba visualizar cada escenario y las reacciones de los personajes. No solo lo que decían, sino también cómo lo decían y qué gestos ponían, todo tenía que estar bien planificado dentro de su mente para poder después trasladarlo al papel. Era un trabajo maravillosamente duro, laboriosamente cuidado, algo exhausto... Sin embargo, así era cómo ella trabajaba. Cada libro tenía que estar coreografiado a la perfección en su cabeza. Ella no era una máquina de escribir, su mente no era una línea de producción de historias como si se tratara de una fábrica. Ella vivía cada novela: reía, lloraba y sufría con cada personaje; se enamoraba en cada escena, sentía en sus propios labios cada beso... y la música la ayudaba bastante a ello. Era su manera de entrar en trance, evadirse, abandonar este mundo y poder llegar al suyo propio. A ese en el que sus personajes le hablaban, sentían y vivían. Cualquiera ajeno a ella podría pensar que estaba algo loca, sin embargo, era su manera particular de hacer encajar las piezas del puzle, de que la historia tuviese sentido y, a la vez, era su sello personal y diferente al resto de novelas del mercado.

Suspiró cuando el protagonista cogió a la chica de la mano y tiró de ella sin apenas esfuerzo alguno, para poder alcanzar sus tan deseados labios. Era una escena preciosa, tierna, romántica, era una escena muy de libro. En la vida real esas cosas no pasaban. Y cuando ese pensamiento cruzó su mente, toda la imagen que se había creado en su cabeza se esfumó de un plumazo, todo se evaporó y al abrir los ojos estaba de nuevo en ese salón. «Los hombres en la vida real...».

Apagó la música, llenando así el apartamento de esos molestos ruidos que le recordaban dónde se encontraba. Lo había perdido, había dejado escapar el momento. Rebeca miró la pantalla del ordenador y sus ojos se desviaron instintivamente a la derecha, donde estaba situado el reloj que marcaba la hora.

—¡Mierda! —gruñó, levantándose tan rápido que hizo caer la silla.

Buscó con la mirada por todo el comedor su teléfono hasta que recordó que lo había dejado cargando en la mesilla de noche. Corrió sin mucho acierto, tropezando con la bolsa de ropa que Paola aún tenía allí y golpeándose en el hombro con el marco de la puerta antes de conseguir entrar en la habitación. Tres llamadas perdidas y cinco mensajes. Tiró de la camiseta sucia hacia arriba y la arrojó a los pies de la cama mientras pasaba las manos por su pelo para adecentarlo un poco. Eligió casi al azar una camisa lisa sin mangas que se anudaba con un cinturón de cuero marrón que no encontraba por ninguna parte.

—¡A la mierda! —gritó de nuevo.

Se sacudió de encima las zapatillas de estar por casa y se calzó las deportivas que estaban al lado de la entrada. Cuando cerró y se precipitó escaleras abajo fue cuando se dio cuenta de que había salido sin el bolso, sin el móvil, las llaves, la cartera y, lo peor de todo, sin maquillar.

Corrió por la calle mirando el reloj, llegaba más de una hora tarde, lo más seguro era que Alex se hubiera cansado de esperar y ya se hubiese marchado. Le tocaría caminar hasta casa de Lucía, que era la más cercana, rezar para que estuviera y la dejara pasar allí la noche o hacer tiempo, mientras un cerrajero le abría la puerta.

Cruzó a toda prisa el paso de peatones, chocando con un par de jóvenes que caminaban de la mano, se disculpó sin tan siquiera detener su carrera y, finalmente, llegó al bar donde habían quedado. Cuando entró, no le extrañó que no hubiera rastro de él.

—¡Joder! —exclamó, parándose en seco e intentando recomponerse de la carrera, le costaba respirar y estaba sudando. Miró a su alrededor, pero no había ningún indicio de Alex—. Genial, Becca, te superas día a día —se regañó a sí misma—. Vaya cagada...

—Me encanta cuando hablas sola.

La voz de Alex la sorprendió a la espalda justo cuando Rebeca salía de nuevo a la calle. Aún no había recuperado el aliento y la sorpresa de qué él aún estuviera allí, a pesar de llegar más de una hora tarde, hizo que su corazón se acelerara todavía más, si es que eso era humanamente posible. «Genial, ahora parezco una de esas protagonistas tontas que no saben controlarse», pensó enfadada consigo misma, pero sin evitar que una sonrisa asomara a sus labios.

—¡No te has ido! —profirió casi en un grito sin poder evitar el tono de sorpresa.

—Patético, ¿no? —preguntó Alex.

—Sorprendente —dijo Rebeca—, y útil —añadió—. De verdad que lo siento muchísimo, Alex... Estaba escribiendo y he perdido la noción del tiempo.

—¿Has venido corriendo? —indagó acercándose a ella y, alargando la mano, pasó el dedo índice por su frente, empapada de sudor.

—Patético, ¿no? —replicó entonces ella.

—Sorprendente —Alex sonrió—, y halagador.

Ambos se miraron un instante sonriendo, hasta que Alex se fijó un poco más en ella. Iba despeinada, aunque no como el día anterior, que se veía algo calculado, sino, simplemente, despeinada. Con la camisa a medio abotonar, unos jeans algo sucios y las deportivas sin abrochar. Nada más. La miró de manera más insistente.

—Lo sé, lamentable —murmuró Rebeca—. Cuando me di cuenta de la hora, salí corriendo; me he dejado el bolso con las llaves y el móvil —comentó bajando la mirada y un rubor tiñendo sus mejillas.

Alex estalló en una carcajada.

—Ahora entiendo lo de útil —afirmó Alex—. Tomémonos algo, llamas a un cerrajero, después te acompaño a casa y esperamos juntos, ¿te parece?

—Me he dejado también la cartera —declaró Rebeca, que pensó que no podía ser más humillante la situación.

Sin embargo, una nueva carcajada inundó la calle, Rebeca lo miró divertida también, consciente de que toda su fachada de chica dura acababa de derrumbarse en un momento, pasando a ser la típica protagonista femenina, tonta, torpe y necesitada de la inestimable ayuda de un caballero andante.

—Entonces, ya me deberás dos. —Alex pasó el brazo por encima de sus hombros en un gesto cariñoso.

—Me temo que es así.

—¿Decepcionada? —preguntó él mientras caminaban de nuevo hacia el bar.

—Puede, aunque algo me dice que tú estás encantado con todo esto.

—¿Tanto se nota? —indagó Alex enarcando una ceja.

—¿Que estás loco por mí? Un poco —replicó con una sonrisa Rebeca, tratando de seguirle la broma.

—Siempre he disimulado fatal —aseguró el chico con una sonrisa de oreja a oreja.

Esa declaración por parte de Alex la pilló desprevenida, pensaba que lo habría negado, desmentido, evadido el tema o contraatacado con otro chascarrillo; sin embargo, con total normalidad, de manera sincera y directa, le había confirmado que ella le gustaba. Algo que jamás le había pasado y que ni tan siquiera había llegado a pensar.

—¿Vamos? —dijo Alex, flanqueándole la entrada del local.

—Claro —fue lo único que atinó a decir Rebeca.

Capítulo 10

Paola miró al interior de la tienda, le sorprendía que, con su carácter, Rebeca siguiera todavía trabajando allí. A esas alturas pensaba que ya la habrían despedido por soltarle alguna de las suyas a una clienta. Sacó el móvil para mandar un mensaje a las chicas mientras esperaba a que Rebeca saliera. La volvió a mirar, tenía cara de agobiada, no sabía disimular, desde pequeña era muy expresiva. Paola sonrió al ver la manera en la que sus ojos se iluminaban cuando el reloj marcó la hora del cierre y la persiana empezó a bajarse.

—¡Libreeeee! —Salió de la tienda corriendo, sin dar tiempo a la encargada de nada más que de despedirla de lejos.

Rebeca saltó a los brazos de su amiga y ambas estallaron en una carcajada.

—Ana llegará tarde y Lucía no puede venir —la informó Paola, ajustándose el pañuelo alrededor del cuello—. Me muero de ganas de saber qué tal te fue ayer.

—¿Ayer? —Rebeca la siguió al exterior del centro comercial y empezaron a caminar en dirección al centro—. ¿Has pensado alguna vez en comprarte un coche?

—¿Qué? ¡No! Y no cambies de tema.

—En serio —insistió Rebeca—, ¿no estás harta de caminar siempre?

—Podemos coger un taxi si quieres.

—No, no quiero, tengo sueldo de dependienta. —Rebeca se paró un segundo para abrocharse el cordón de la deportiva.

—Me estás vacilando, ¿no?

—Puede... nunca lo sabrás.

—Eres imbécil, Becca —dijo Paola llegando al cruce—. ¿Qué tal con Alex?

—¿Alex? Alex... Alex... —Fingió hacer memoria—. ¡Ah sí, Alex!

—Sí, sí, sí... el heavy de pelo largo que ha quedado contigo dos días seguidos.

—¡Mira, es Ana! —Rebeca corrió al encuentro de su amiga, que la recibió alzando los brazos y una de sus piernas a modo de escudo protector—. ¿¡Qué haces!?

—¡No! ¿Qué haces tú? ¡Me estás atacando! —chilló Ana.

—Te iba a abrazar. —Rebeca alzó los brazos indignada.

—Joder, eso es raro de cojones. —Ana miró a Paola, esperando que ella le dijera qué era lo que pasaba, pero Paola solo alzó los hombros y resopló—. ¿Te encuentras bien? —Ana acompañó esa pregunta con el gesto de poner la mano sobre la frente de Rebeca—. ¡Está ardiendo! ¡Llama a una ambulancia!

—Ja, ja, ja... Sois las dos muy graciosas, ¿cenamos o me voy?

—Cenamos —aseguró Ana—. Y nos cuentas sobre el chico.

—Alex. —Paola soltó el nombre entre risas—. Alex Quemás Da —añadió riéndose.

—¿En serio? —se extrañó Ana.

—Me voy a cenar sin vosotras —declaró Rebeca, que sin más empezó a caminar en dirección al restaurante japonés que habían elegido previamente.

Cenaron hablando de todos los temas posibles que a Rebeca se le ocurrieron, desde política a los batidos para adelgazar. Se esforzó en redirigir la conversación para que ninguna de sus dos

amigas volviera a preguntar por Alex, pero a la hora del postre ya no se le ocurría como monopolizar la conversación, asombrosamente, se había quedado sin temas de los que hablar.

—De-sem-bu-cha —silabeó Ana.

—¿Queréis café? —preguntó Rebeca, tratando de ganar algo más de tiempo.

—Café, ¿por la noche? —Paola la golpeó en el hombro, cansada ya de tanta cháchara sin sentido, aunque debía reconocer que se había divertido viendo hasta dónde era capaz de llegar Rebeca por no hablar del chico—. Alex, ¡ya!

Rebeca soltó el aire de sus pulmones de manera teatral, miró el cielo, esperando una señal divina, un meteorito o un accidente aéreo que le evitara el mal trago de tener que hablar de él. No porque no quisiera, sino porque no quería enfrentarse a la clase de preguntas que le harían sus amigas, siempre intentando ahondar en sus sentimientos cuando ella no tenía de eso... ¿o sí? Rebeca gruñó como un animal enjaulado, igual que si estuviera a punto de atacar. Maldito pintor. Podría haber sido un poco más gilipollas y un poco menos encantador y todo habría sido mucho más fácil. Una cita, un par de polvos y cada uno por su lado. ¿Qué había más sencillo que eso? Nada. ¿Por qué sentía que lo iban a complicar todo?

—Te gusta —sentenció Ana.

—Nooooooo. —La mueca de Rebeca hizo que sus dos amigas estallaran en una carcajada.

—Aún no lo has puesto verde, no has dicho que es un gilipollas, no te has acordado de sus familiares directos e indirectos...

—Que aún... «aún» —puntualizó—, no pueda decir nada malo de él no significa que me guste, significa que necesito otra cita para desenmascararlo. Nada más.

—Puede que no tenga nada malo —se atrevió a decir Paola.

—¡Venga va! —Ahora fue Ana la que habló—. Todas sabemos que Becca en ese sentido es medio idiota, pero no hay ningún tío que no tenga algún cadáver en el armario.

—Si Becca y su ridícula obsesión por hacerlos quedar a todos mal en dos citas no puede decir nada malo de él, puede que sea un buen tipo —comentó Paola.

—Puede... —repitió meditabunda Ana—. ¿Cuándo volvéis a quedar?

—No lo sé. —Rebeca parecía pensar, ¿podía Alex no tener nada malo? No, eso era imposible, los hombres perfectos solo estaban en las novelas, ni siquiera en las películas, solo en las novelas, pues con ellas cada lectora se podía permitir el lujo de imaginar al galán en cuestión.

Las tres amigas salieron casi una hora después del restaurante, invitadas muy amablemente por un camarero a abandonar el local, pues estaban ya limpiando. De camino al centro las tres iban bromeando, riendo y divirtiéndose, aunque Rebeca, en el fondo, seguía pensando en que la edad le estaba quitando sus superpoderes, pues de más joven había sido capaz de detectar a los gilipollas a las dos primeras palabras.

—Joder, vaya detallazo se marcó con lo del cerrajero —suspiró Ana, que solo le faltaba que de sus ojos saltasen corazones empurpurados para hacer la escena más cómica—. ¿En serio se esperó hasta las tres de la mañana en la calle contigo?

—Sí —respondió a desgana Rebeca—. Y lo de los cerrajeros y las urgencias, pura trola, vienen cuando les da la gana.

—¿Y no lo invitaste a entrar después? Ya sabes, una copita, unos besos...

—Pues no —exclamó Rebeca, como si esa idea fuese la más descabellada del mundo.

—Pues el pobre se volvería a casa meándose, después de más de cuatro horas en la calle —

soltó Ana entre carcajadas.

Era imposible, con Ana no se podía, Rebeca estalló en una carcajada, pensando en si estaría en lo cierto. En ese momento no se le había pasado por la cabeza, aunque lo más probable fuera que su amiga no estuviera falta de razón. Cuando llegaron a la plaza, las tres amigas se despidieron y cada una emprendió el camino de regreso a su hogar. Conforme iba bajando hacia su barrio, algo la tentó, era una sensación extraña que pocas veces había tenido antes, de hecho, si se paraba a pensarlo, seguramente, se daría cuenta de que era la primera vez. Rebeca sacó el móvil del bolsillo y miró la última conexión de Alex, era de hacía escasos veinte minutos. Suspiró y se maldijo una y mil veces antes de escribir.

«¿Estás despierto?».

La respuesta no se hizo esperar demasiado, a lo que Rebeca, inconscientemente, sonrió y, cuando se dio cuenta de ese detalle, se enfadó consigo misma. Le faltó muy poco para guardar el móvil en el bolsillo de nuevo sin contestar, a punto estuvo...; sin embargo, no lo hizo.

«He salido con unas amigas, estoy volviendo a casa y me apetecía charlar».

En menos de dos segundos su teléfono estaba vibrando entre sus manos y su cara se iluminó al ver en la pantalla el nombre de «Alien pervertido».

—¿Quieres compañía? —preguntó una voz ronca al otro lado de la línea.

—Puede. —Rebeca habló a media voz, algo aturdida, y quiso añadir alguna broma o chascarrillo, algo, pero por su mente solo pasó la idea de que le gustaba que él la hubiese llamado.

—¿Llevas las llaves? —La pregunta de Alex la hizo regresar a la conversación y soltar una gran carcajada.

—Bolso, cartera, llaves, móvil, condones... He salido con todo.

—Wow —exclamó el chico—. Veo que vas muy bien preparada.

Rebeca intentó analizar el tono de su voz, adivinar enfado o molestia en él, no obstante, no logró nada, Alex parecía igual de divertido que al empezar la conversación, a pesar de soltar deliberadamente lo de los condones.

—Me tienes descolocada —habló con un hilo de voz, como si en el fondo no quisiera que él la escuchara.

—Oye..., estaba pensando... ¿Haces algo el sábado? —inquirió Alex con jovialidad.

—Tal vez... —tanteó Rebeca, ya había llegado a su calle, pronto podría meterse en la cama, estaba muerta.

—Me debes dos copas —le recordó entonces el chico, dejándose caer en el sofá, girándose para poner la espalda sobre los cojines y las piernas sobre el respaldo.

—Cierto.

—Me las quiero cobrar —aseveró.

—Vaya, que giro ha dado la conversación. —Rebeca sacó las llaves del bolso para abrir la puerta—. He llegado a casa —informó.

—Entonces, ¿qué me dices? —volvió a preguntar en medio de un sonoro bostezo.

—¿Te aburro? —gruñó Rebeca, entró en el piso, cerró la puerta y tiró el bolso sobre una de las sillas.

—Nunca —se apresuró a decir él—. Venga, solo una cerveza... ¡Dime algo!

—Algo —bromeó ella, entrando directa en la habitación y dejándose caer en la cama; sin

embargo, al otro lado, Alex permanecía en silencio, como si, simplemente, esperara a que ella asintiera—. Te digo que el sábado está bien —murmuró—, ya sabes dónde vivo.

—Lo sé. —Rebeca pudo adivinar por el tono de voz que, al otro lado, Alex sonreía—. Que descanses —añadió el chico antes de colgar.

Capítulo 11

Sus manos se posaron directamente sobre sus pechos, ella dejó caer la cabeza hacia atrás, sin poder aguantar por más tiempo los gemidos que, desde hacía un rato, pugnaban por escapar libres de su garganta. La primera penetración fue directa, dura, certera... Gritó, dejó escapar un alarido mezcla de dolor y placer, antes de perder el conocimiento.

Rebeca apagó el ordenador y miró el reloj, llevaba lista desde hacía un buen rato, sin embargo, se cercioró de ello analizando concienzudamente su reflejo en el espejo del recibidor. Había optado por peinar su pelo y recogerlo con una diadema de color azul del mismo tono que sus bailarinas. Unos vaqueros ajustados de los que apenas la dejaban respirar y una blusa holgada para que no se notara que los pantalones eran de una talla menos, o más bien de unos años atrás, cuando aún bailaba libre dentro de la talla treinta y ocho. Intentó meter el dedo por la cinturilla y apenas pudo encajarlo allí; como no controlara lo que pedía para cenar, tendría que desabrocharse el botón antes de terminar la noche. Su ánimo se hundió durante un segundo, sopesando si la elección era la correcta y valorando cambiarse de atuendo, pero entonces el timbre sonó.

Era una cita.

Ella odiaba las citas.

No era una cita, trató de convencerse.

Abrió la puerta y allí estaba él, con una camiseta de AC/DC, unos vaqueros desgastados, el pelo recogido en una trenza y una enorme sonrisa dibujada en el rostro. ¿Por qué sonreía siempre? Eso la llevó a pensar: ¿sonreía ella con esa naturalidad? ¿Era capaz de ser tan espontánea como Alex, con esa frescura innata?

—¡Recogida a domicilio! —Alex amplió más su sonrisa al verla. Estaba muy guapa—. ¿Lista?

Rebeca alzó el bolso divertida.

—Preparada.

—¿Lo llevas todo? —preguntó el chico, y no pudo evitar una mueca de picardía—. Ya sabes, ¿todo, todo?

Rebeca lo miró con el entrecejo fruncido, aunque no pudo evitar soltar una risa después; alzó de nuevo el bolso frente a la cara de Alex para añadir:

—Todo lo que me hace falta para hoy. Móvil, cartera, llaves y un libro.

—¿Un libro? —inquirió con una mueca de extrañeza Alex.

—Por si me aburres demasiado —soltó resuelta, cerrando la puerta tras de sí y empezando a descender las escaleras.

Única. Esa chica era única. Alex sintió una punzada en medio del pecho, como si su corazón se hubiese saltado un latido. Siguió a Rebeca escaleras abajo y no pudo evitar que su mirada se perdiera por unos segundos en su trasero, bien enfundado en unos vaqueros claros que le sentaban de maravilla.

—¿Cuál es el plan? —inquirió la chica una vez estuvieron en la calle.

—Me han hablado de un sitio que hacen una comida mejicana buenísima. ¿Te gusta el mejicano?

—¿Carbohidratos? —inquirió tratando de mostrarse horrorizada. Y vaya si lo consiguió...

—¿No te apetece? —El rostro de Alex se entristeció por un momento por si había elegido mal, puede que debiera haberle preguntado antes.

—Sí —se apresuró a decir—. Claro, sí. Suena genial.

Alex no podía dar crédito a lo ameno que pasaba el tiempo a su lado, no habían dejado de hablar en ningún momento, a un tema de conversación le sucedía otro y después otro y otro... Cuando se dieron cuenta, eran más de las doce de la noche. Rebeca insistió en que esa vez le tocaba pagar a ella, que era lo mínimo que podía hacer después de haberse quedado haciéndole compañía hasta la llegada del cerrajero. Alex no discutió con ella, lo vio como una posible excusa para volver a quedar, si es que les hacían falta excusas, pues ya no lo tenía tan claro. Con ese pensamiento sonrió como un bobo al salir a esa refrescante noche de finales de primavera.

Rebeca lo miró admirada, era impresionante la facilidad para sonreír que tenía Alex, era como si nada consiguiera molestarlo jamás, parecía esa clase de persona que siempre era feliz, y en ese punto Rebeca se preguntó si, al contrario que ella, que hasta el segundo café era incapaz de dar los buenos días, Alex se levantaría también irradiando esa felicidad y buen humor. De ser de así, despertar a su lado podía ser una maravilla. Ese pensamiento hizo que toda ella enrojeciera.

—¿Una copa? —propuso él, terminando de ponerse la cazadora.

—Es un poco tarde... —intentó justificarse Rebeca.

—¿Una copa? —repitió sin dejar de sonreír.

—¿No te cansas nunca? —inquirió Rebeca, mirándolo de frente.

—Jamás —respondió Alex, guiñándole un ojo.

—Solo una —aceptó ella, al fin.

A esas alturas el botón del pantalón de Rebeca estaba a punto de estallar. Temía que, si ingería algo más, aunque solo fuese un mísero vaso de agua, terminaría por reventar. Pero la cena había sido tan divertida, la comida estaba toda tan buena y la compañía había sido tan agradable... Intentó tomar aire, sin embargo, lo hacía con dificultad, de manera lenta, ¡maldito pantalón! Alex empezó a caminar con paso tranquilo, con las manos en los bolsillos, parecía contento y relajado, ¿la estaba dando por sentada? La verdad es que era un chico encantador, divertido y de trato agradable. Un optimista de los que, seguramente, siempre veían el vaso medio lleno. Alex redujo un poco el ritmo para dejar que ella se pusiera a su altura y, cuando Rebeca lo miró, le pareció que tenía unos ojos preciosos, de hecho, cada vez le parecía más guapo, ¿cómo podía ser eso? Y esa maldita costura que no dejaba de clavársele, ¿por qué siempre eran ellas, las chicas, las que tenían que lucir perfectas? Alex no parecía haberse esmerado mucho en su atuendo, ¿quién llevaba solo y en exclusiva camisetas de grupos musicales? ¡Maldito pantalón! Cada vez se sentía más molesta, con ganas de llegar a casa y cambiarse de ropa, maldijo una y mil veces haber elegido ese modelito. ¡Necesitaba ponerse el pijama ya! Solo podía pensar en la amplitud de su pantalón de pijama de Hello Kitty.

Cuando se dio cuenta, Alex estaba detenido en medio de la calle, seguía con las manos en los bolsillos y la miraba con fijeza. Si ella intentara meterse las manos en los bolsillos, seguramente, se rompería algún metacarpo.

—¿Todo bien o estás pensando ya en sacar el libro? —bromeó Alex.

—¿No te cansas de sonreír siempre? —preguntó de pronto Rebeca, ensombreciendo su mirada.

—¿No te cansas de estar siempre de mal humor? —contraatacó él, aunque aún con la sonrisa en los labios, incapaz de borrarla, no podía evitarlo, hecho que molestó todavía más a Rebeca.

—Yo no estoy siempre de mal humor, a lo mejor es que tú me pones de mal humor.

—Solo es nuestra tercera cita, ni siquiera he tenido tiempo de cagarla —se defendió, pero dando por hecho que, posiblemente, en algún momento, metería la pata, eso era lo divertido de las citas.

—¿Perdona? ¿Qué citas? ¡Yo no he tenido ninguna cita! Y menos contigo.

Alex abrió mucho los ojos, la mirada de Rebeca se había oscurecido, sus manos mostraban un ligero temblor e, inconscientemente, estaba apretando los labios. Algo le ocurría, de verdad parecía molesta con él, aunque no entendía muy bien el porqué, pues la cena había ido genial. Rebeca era una mujer de contrastes y, de nuevo, eso le pareció divertido y muy estimulante. Sintió unas irrefrenables ganas de besarla, aunque su cabeza le advirtió que no era el momento; sin embargo, todo su ser lo instó a ello. Era preciosa y quería probar sus labios. ¿Qué podía pasar? ¿Un nuevo rechazo? ¿Que le diera un bofetón? Podría lidiar con eso, siempre y cuando tuviera una tercera oportunidad de poder besarla. Se preparó para ello, ahí iba, a quemar su segundo cartucho.

Alargó la mano tomándola por sorpresa, Rebeca seguía refunfuñando por algo, la verdad era que había dejado de escucharla. La asió con determinación por la nuca y la atrajo hasta sí y, sin darle tiempo a protestar, cubrió sus apretados labios con los suyos.

—Han sido tres citas —susurró Alex tan cerca de ella que aún mantenían el contacto—. Y esto ha sido un «cállate y bésame» en toda regla, es el mejor exorcismo para las malhumoradas como tú.

—Capullo —gruñó Rebeca sin apartarse de él.

Alex volvió a atrapar su boca, esta vez con más intensidad, haciendo presión hasta que ella la abrió y poder así colar su lengua dentro, en un beso húmedo y con más pasión.

—Y este beso es para las palabrotas —declaró sonriendo al separarse; sin embargo, sin darle tiempo a reaccionar, Alex volvió a la carga con un nuevo beso mientras sus manos la agarraban fuerte, como si temiera que ella fuera a escaparse.

—¿Y este? —preguntó Rebeca cuando él la liberó.

—Este es, simplemente, un «me gustas mucho».

Las manos de Rebeca se alzaron para aferrarse a su camiseta a la altura del pecho y, alzándose de puntillas, entonces fue ella la que buscó sus labios.

—Vaya —musitó él—, ¿me estás besando?

—Sí, aunque no te acostumbres —le advirtió la chica.

—Demasiado tarde —confesó Alex, apretándola un poco más contra su cuerpo.

Se sentía bien, los labios de Alex contra los suyos, sus besos, tan tiernos, tan cálidos, sin prisa, eran besos calmados, dulces y casi podría jurar que sinceros. Era una sensación un tanto desconcertante a la que no estaba acostumbrada, sabían a esos primeros besos a escondidas tras el instituto, así era como la hacía sentir, como una adolescente y flotando como tal.

—Creo que deberíamos parar aquí —murmuró Alex tan cerca de sus labios que pudo respirar su aliento—. Si seguimos, no sé si podré parar.

—No pares. —Rebeca se apretó más contra él, la estaba volviendo loca—. Podemos continuar en mi casa.

Alex alzó la mano y acarició de manera tierna su mejilla y sin alejar el contacto de su piel,

volvió a descender la cabeza para volver a besarla, esta vez un tierno beso que tan solo duró unos segundos.

—Te acompañaré a casa y después me marcharé —sentenció Alex y, con sumo esfuerzo, consiguió separarse de ese cuerpo que tanto lo atraía. Ella solo asintió, sin embargo, no pudo disimular su desconcierto—. Pero ¿podemos volver a vernos mañana?

—Sí —se apresuró a decir Rebeca.

—Genial, estoy deseando que ya sea mañana —declaró Alex, esbozando otra de sus enormes sonrisas.

¿Podía existir el hombre perfecto? No, si algo tenía claro en la vida era que eso no existía, sin embargo, Alex... No podía creerlo, Rebeca meditó sobre su desconcierto mientras se arrancaba de sus piernas sin circulación los vaqueros y se ponía su ancho y fresco pijama. Alex era divertido, tierno, con buena conversación, amable... ¿Dónde estaba la tara? ¿Cómo no era capaz de encontrarla? ¿Sería todo una fachada que habría construido para ella? ¿Se estaría ablandando?

Rebeca se dejó caer en la cama, cerró los ojos solo un segundo, aunque sin darse cuenta se quedó profundamente dormida al tiempo que en su mente se repetían, una y otra vez, esos besos y la enorme sonrisa del chico. Sin percatarse esa noche durmió con una sonrisa en los labios que no pudo borrar.

Capítulo 12

—¿¡Pero por qué no subiste a su casa!? ¡Lo tenías a huevo!

Víctor se dejó caer en el sofá, pegado a su lata de cerveza, mientras miraba con exagerada cara de sorprendido a su hermano pequeño, que seguía en la cocina, removiendo el contenido de dentro de los armarios.

—Pues... porque quiero ir despacio —respondió Alex sin más, volviendo al salón.

—¡Tú eres tonto! —exclamó Víctor al borde de la exasperación más absoluta—. ¿Qué eres, un niño de veinte años? ¡Venga, hombre! A esta edad, si se nos pone un polvo a tiro, ¡metemos estocada! —clamó de manera exagerada, dejando la lata sobre la mesita—. ¿No lo dice en tus libros? Tiene que ponerlo por alguna parte —comentó, y empezó a ojear las novelas sobre la mesa—. Desaprovechar un polvo es de gilipollas —seguía diciendo mientras meneaba la cabeza, totalmente aturdido.

—Me gusta mucho —confesó Alex, sentándose a su lado.

—Y a mí la cerveza —contestó Víctor, haciéndose de nuevo con la lata—, y si me das una, me la bebo de un trago, no me la guardo para después.

—Lo digo en serio, Víctor. —Alex le arrebató la lata a su hermano para que lo escuchara sin distracciones—. Becca me gusta muchísimo.

Víctor levantó la mirada para clavarla en la del pequeño de la casa y se sorprendió al ver el rostro de Alex, estaba claro, ¡su hermano se había enamorado!

—¡Estás perdido! —profirió Víctor de pronto, levantándose de un bote—. ¡Ya la has cagado! Tendré que llamar a mamá y...

Alex soltó una carcajada y tirando de su hermano lo hizo caer de nuevo en el sofá, entonces le devolvió la cerveza.

—Voy a darme una ducha, he quedado con ella esta tarde, recoge todo antes de irte —le dijo, señalando el desorden que tenía formado Víctor en su salón.

—¿Voy preparando las invitaciones de boda?

—No me toques las narices, Víctor... —advirtió Alex—. Y ¡lárgate pronto de mi casa!

—Que sí, que sí —murmuró, buscando el mando del televisor para encenderlo.

—Espera, espera, espera... ¿Lo invitaste a subir? —exclamó entre horrorizada y sorprendida Ana—. ¿En la tercera cita?

Ana la miró con los ojos desencajados sin poder salir de su asombro. Rebeca no era de esa clase de chicas, Rebeca tenía dos caras, como la luna, puede que porque era Géminis, sí, seguramente, fuese ese el motivo. Rebeca podía ser, por un lado, explosiva y desinhibida cuando quería, tirándose a un tío en el baño de un bar sin ningún tipo de pudor, como también podía darle la paranoia mental y no querer saber nada de hombres durante semanas, meses e incluso ¡años! Quedar tres veces con un chico era raro, pero que lo invitara a subir a su casa ¡a su casa! Eso era inaudito. Ana se sentó en la silla que había frente al ordenador y siguió mirando a Rebeca como un

científico a una ameba en un tubo de ensayo.

—Qué quieres, no podía pensar con claridad —se justificó la aludida, dejando una camiseta limpia sobre el respaldo del sofá para poder observarla mejor.

—¿Pero tan bien besa? —preguntó entonces Ana, centrando la atención en lo realmente importante.

—Sí, bueno, no... —quiso corregirse, aunque era absurdo—. Sí, besa bien, sin embargo, de lo que realmente tenía ganas era de quitarme los pantalones.

—¡Serás zorra! —chilló Ana, alzándose de la silla como un resorte con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Joder! No, no es eso... He engordado —se lamentó Rebeca, pinzando con dos dedos la piel de su abdomen—. A la mierda la talla treinta y ocho, me paso a la cuarenta y a tomar por culo.

—Becca..., ¡que me da igual tu talla de pantalón! ¡Quiero saber de Alex! —insistió Ana—. ¿Volveréis a veros?

—Hoy —respondió escueta Rebeca, dando, finalmente, el visto bueno a su elección y empezando a vestirse.

—¿Hoy? ¿Y qué hago yo aquí? —inquirió Ana confusa.

—Pues no sé, tú has venido, yo no te he invitado —la reprendió Rebeca.

—Me voy —anunció Ana, poniéndose en pie—. ¡No! —rectificó con rapidez—. Me quedo, quiero verlo.

—¡Los cojones! —gruñó Rebeca—. Quédate si quieres, a mí no me molestas, pero ni de coña te lo presento.

—¿Por qué? —quiso saber su amiga con enfado.

—Pues... porque... no —titubeó Rebeca.

—Una razón tan válida y coherente como otra cualquiera —apuntó con sorna Ana.

—No me toques las narices, Ana, no quiero y punto.

—¡Tráelo a la fiesta de Paola y Fran! —exclamó, contenta de haber encontrado la solución perfecta.

—Estás de coña, ¿no? ¿Cómo voy a meterlo allí sin conocer a nadie?

—A nadie no, me conocerá a mí, porque hoy pienso saludarlo, no me lo puedes impedir —respondió resuelta.

—¿Quieres ver cómo te echo de mi casa escaleras abajo? —replicó Rebeca frunciendo el ceño.

Ana miró a su amiga directamente a los ojos, analizándola, hasta darse cuenta de que no mentía, era una amenaza que pensaba cumplir. La conocía. Estaba loca. Era un hecho irrefutable. Ana alzó ambas manos en señal de rendición, se sentó frente al ordenador dispuesta a no molestar más.

—Me lo pensaré, ¿vale? Lo de la fiesta... —dijo Rebeca con un hilo de voz—. Pero no prometo nada.

—¡Suficiente! —respondió Ana, eso le valía, ya era algo más que una negativa tajante.

A la hora acordada, Alex ya estaba frente a su puerta, esta vez, a diferencia de las anteriores, había optado por una camiseta lisa, sin ningún logo ni dibujo. Rebeca no pudo evitar sorprenderse al verlo, pues ella había elegido una de las únicas camisetas que tenía de música, una que había

comprado en un concierto al que había ido con las chicas. Al verse, ambos soltaron una carcajada.

Llegó ese incómodo momento en que ninguno de los dos sabía qué hacer o decir, ¿se daban un beso, dos, nada...? Alex tragó saliva y, sintiéndose con el deber de dar el primer paso, como en las novelas, se acercó a ella para rozar de manera leve sus labios, ella no le abofeteó. «Primera prueba superada», pensó Alex.

—Había pensado en... —empezó a decir Alex, girándose para empezar a descender el tramo de escaleras.

—Mi amiga Ana te quiere conocer —soltó Rebeca con tanta rapidez que unas palabras atropellaron a las otras.

—¿Qué? —Casi se atragantó Alex, dándose la vuelta para mirarla y poder identificar en su rostro si le estaba tomando el pelo.

—Lo siento, es una tontería... Déjalo —dijo Rebeca, tirando de la puerta para cerrarla.

—No, no... —Alex la miró sorprendido, intentando adivinar ese nuevo brillo en los ojos de Rebeca—. Está bien, quiero conocer a tu amiga Ana, no es la que se va a casar, ¿no?

—No. Esa es Paola, que por cierto la semana que viene va a hacer una fiestecilla en su casa para celebrarlo y, bueno, habían comentado que podrías ir tú también...

—¿Yo? —inquirió estupefacto por el giro que estaba dando la conversación.

—¿Lo siento? —probó Rebeca al ver la cara de confusión que reflejaba Alex en ese momento.

—Joder —murmuró Alex, que meditó que esto iba muy deprisa, motivo por el que en sus anteriores relaciones habría salido corriendo, pero con Rebeca eso parecía que no iba a suceder—. ¿Tú quieres que vaya? —preguntó sin poder esconder su duda, pues no parecía la clase de chica que quisiera una relación demasiado formal.

Esa pregunta cogió a Rebeca desprevenida, ¿quería? La respuesta sensata habría sido no, no le apetecía que todas sus amistades conocieran a Alex. ¿Cómo iba a presentarlo? ¿Amigo? ¿Novio? ¿Lío? Sacudió la cabeza, se estaba mareando. Y cuando todo terminara entre ellos, como casi seguro sucedería, ¿tendría que ir dando explicaciones a todo el mundo? No, definitivamente, eso no era algo que le hiciera demasiada ilusión, más bien pereza. Ir hablando de su vida privada no entraba en sus planes.

—Ey, Becca, te va a estallar la cabeza —bromeó Alex—. No importa, diles que gracias por la invitación, sin embargo, que me es imposible —dijo Alex cogiéndola de la mano—. No hay prisa en conocerlos, ¿no? Puede que más adelante —añadió, intentando tranquilizarla—. No hace falta acelerar las cosas, cojamos un ritmo que nos vaya cómodo a los dos.

—¡Ah, no! —Esa exclamación no salió de ninguno de ellos, sino que lo hizo de dentro del apartamento sorprendiéndolos a ambos. La puerta se abrió de golpe para dar paso a Ana, que miró a Rebeca con una mueca indescifrable.

—Vaya, tú debes de ser Ana —se aventuró Alex.

—Encantada de conocerte, Alex —se adelantó Ana antes de que Rebeca reaccionara y plantó dos fuertes besos en las mejillas del chico, quedándose al lado de él, agarrándolo del brazo—. Es que temo que me lance por las escaleras —justificó así la chica su agarre.

Rebeca la miró furiosa, apretó los puños y sin querer chirrió los dientes; su dentista estaría contenta con ella en su próxima visita. Ana seguía cogida al brazo de Alex, que lejos de parecer molesto parecía divertirse, de nuevo esa estúpida sonrisa, él siempre tan feliz...

—No vas a empujarla por las escaleras, ¿verdad? —preguntó Alex y por un momento Rebeca no supo si esa duda era real o solo por seguir la broma.

—Debería —sentenció Rebeca con una voz tan áspera que hasta le dolió.

—En el fondo es puro amor —bromeó Ana, que con cautela se soltó del chico y, pegada a la pared, caminó hasta la puerta—. Solo quería conocerlo —habló, mirando a Rebeca con cara de arrepentimiento—, pasadlo bien y eso..., ¿vale? No te enfades mucho. Cerraré la puerta al salir y juro que no estaré aquí cuando volváis.

Ana desapareció a toda prisa envuelta en una estruendosa carcajada. Rebeca soltó un soplido, parecía un dragón que de un momento a otro fuera a sacar fuego por la nariz. Alex soltó una carcajada también, tomó de la mano a Rebeca y tiró de ella escaleras abajo sin parar de reír, todo lo contrario de la chica, que no paraba de blasfemar en susurros. Al pisar la calle, Rebeca había soltado la mayor parte de insultos que conocía en su lengua y estaba próxima a empezar con los de la lengua del país vecino, cuando Alex, de manera certera, tiró de ella para atraparla entre sus brazos, dispuesto a ofrecerle un nuevo exorcismo. Intuyendo eso, Rebeca enmudeció y casi sin pretenderlo cerró los ojos, a la espera de esos labios. Había fantaseado con esos besos durante toda la noche.

Tres, dos, uno...

Sabían genial, fue lo único en que pudo pensar cuando la humedad de la lengua de Alex invadió su boca. Sus besos eran únicos. Especiales. Diferentes. Le aceleraban el corazón al mismo tiempo que la dejaban sin aliento. Jamás se había quedado sin aliento por un beso. Ahora veía que había besado a muchos sapos.

—Oooohhhhhh, qué tieeeeeernooooo... —Una aflautada voz llegó por encima de sus cabezas.

Cuando Rebeca alzó la cabeza para descubrir a Ana en el balcón, a punto estuvo de correr escaleras arriba para empujarla hacia abajo y no lo hizo porque el abrazo de Alex subió de intensidad el agarre, como si intuyera que Rebeca quería escapar.

—Hoy no —gritó Rebeca a su amiga desde la calle—, puede que mañana tampoco..., pero, cuidado, porque un día, cuando menos te lo esperes, te corto la cabeza —la amenazó.

—Creo que tu amiga tiene razón —susurró Alex en su oído, haciendo que la piel de su cuerpo se estremeciera—, eres puro amor.

—Lo soy —corroboró ella, volviendo a mirar a Ana de manera furiosa.

Capítulo 13

Estaba nerviosa. Aunque no lo reconocería ni bajo tortura. ¿Mostrar una debilidad? Eso jamás. Pero debía reconocer que, conforme las horas avanzaban, ella cada vez estaba más insegura. ¿Y si Alex no les gustaba a sus amigas? O, todo lo contrario, si a Alex no le caían bien sus amigas... Resopló. Paola pasó por su lado y la apremió para que se moviera, solo faltaban cuarenta minutos para la fiesta y aún no se había cambiado de ropa.

—¡Vamos, Becca! Estás en las nubes, ¿en qué piensas? —la recriminó con una sonrisa mientras la miraba expectante.

En Alex. Llevaba toda la semana pensando en él. No había podido ni escribir una sola página porque cada vez que se sentaba frente al ordenador quedaba presa de un mundo que no era el de los libros, tampoco el real, el mundo del «¿y si...?» con Alex siempre de eje principal. Sin embargo, eso no podía decírselo a Paola, no si quería evitarse escuchar un sinfín de onomatopeyas y exclamaciones cursis, de esas envueltas en corazoncitos y nubes de algodón.

—Creo que mi próxima novela la publicaré con pseudónimo —dijo sin más, tratando de cambiar de tema.

—¿Por qué? —preguntó Paola, dejando la bandeja de canapés sobre la mesa, moviéndola centímetro arriba, centímetro abajo, para que quedara perfectamente alineada.

—Es demasiado... fuerte —aseveró Rebeca, haciendo lo mismo con la que ella llevaba en las manos, pero sin tomarse tantas molestias para que quedara en su sitio.

—Wow, ¿no me digas que ahora ves el mundo de color de rosa y los protagonistas terminan juntos, felices y enamorados? —se maravilló Paola, observando el resultado de la mesa; había quedado perfecta.

—¿Qué? —inquirió Rebeca casi rozando el tono ofendido—. ¡Claro que no! El problema es que ella va a terminar muerta.

—Vamos, no me jodas. —Paola la miró, con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada—. ¿Vas a matar a la protagonista?

Las dos amigas tomaron asiento en el estrecho balcón, con un vaso de refresco en las manos, mientras Paola esperaba a que su amiga le explicara un poco del argumento que bailaba ahora en su cabeza.

—Ella es una dulce y pura joven inmigrante sin papeles y él, un guapo y rico empresario. Empiezan una relación de sexo salvaje, ya sabes: paredes, suelos, escritorios, baños... Sexo cuanto más cerdo mejor. Hasta que él ve en ella un buen reclamo empresarial. —Rebeca aguardó un instante a ver la reacción de su amiga—. Entonces, él empieza a llevarla a las reuniones de la empresa para hacer decantar la balanza a su favor, ya sabes... Atarla, fustigarla, llevarla con correa..., esas cosas que hacen estos tipos...

—Claro, esas cosas tan normales... —le siguió el rollo Paola.

—Entonces, un día, en una de esas reuniones, el protagonista, como tocado por la claridad divina, se da cuenta de que se ha enamorado locamente de ella. Que no quiere que nadie más que él la toque, la quiere solo para él..., aunque esa noche tiene una reunión muy importante. Entonces, se promete a sí mismo que será la última vez, que después de esa noche la hará su esposa y madre

de sus hijos.

—Lo normal, vamos, muy típico, sí. Sigue...

—Pues, esa noche, a uno de los inversores se le va la mano y, con un mal golpe, ella termina muriendo entre los brazos de él. Fin.

Paola la miró unos segundos sin atreverse a hablar, intentando discernir si hablaba en serio o era una de sus estúpidas bromas, Rebecca era muy dada al humor absurdo, ese que solo le hacía gracia a ella.

—Tienes que estar de coña —gruñó al fin.

—Ves, por eso quiero usar pseudónimo —respondió Rebeca palmeando ambas manos, contenta con la reacción y con la decisión tomada—. Estoy segura de que esta novela arrasará en los tops.

—O te correrán a hostias de la ciudad, Becca —la advirtió su amiga.

—Otro motivo más para usar un nombre falso —bromeó ella, guiñándole un ojo—. Uno de esos molones extranjeros, que por lo visto tener nombre inglés también vende, es absurdo, pero parece que da algo así como caché.

Paola se levantó alzando ambas manos, haciendo aspavientos exagerados para mostrar su desconcierto, pero, finalmente, chasqueó la lengua dándole por imposible.

—Paso —dijo al fin—. Voy a cambiarme de ropa.

—¿Vas a ponerte el vestido verde? —preguntó Rebeca, siguiéndola hasta el dormitorio.

—El azul.

—El negro tampoco es mala opción —opinó Rebeca, tomando asiento en el borde de la cama.

—Me aprieta un poco —confesó Paola.

—Hala, otra que cambia de talla. Oye, ¿y Fran?

—Tiene que estar a punto de llegar, ha ido a buscar a su hermana.

—Puags, tu cuñada me cae como el culo —soltó sin poder evitar una mueca de fastidio.

—Becca, cariño, a ti te cae mal todo el mundo —señaló Paola con voz sosegada.

—Cierto —corroboró ella, consciente de que tenía un verdadero problema no solo en hacer, sino también en conservar amigos. Demasiado trabajo, además, al final, todos resultaban estar tarados de la cabeza, era como si tuviese un imán de gilipollas.

—Sé simpática —advirtió Paola, quitándose los pantalones.

—Pues como siempre —intentó defenderse Rebeca, aunque sin demasiada convicción en la voz.

—No, simpática como entendemos simpatía el resto del universo, no tu concepto de «soy simpática y te voy metiendo pullas toda la noche». Todos sabemos que eres muy lista y muy cínica, pero, por favor, córtate.

—Que sí, que sí —gruñó entre dientes la aludida, alzando ambas manos—. Que seré sosa, aburrida y normal, hablaré del tiempo y de que bonita tienes puesta la casa.

—Exactamente, alaba mis cortinas, que me han costado una pasta. Oye, ¿y Alex? —inquirió de pronto Paola.

Alex, Alex, Alex... ¡Mierda de respiración acelerada! Rebeca se levantó cuando su amiga terminó de ajustarse el vestido para así poder ayudarla con la cremallera.

—Le di la dirección y le dije la hora, supongo que vendrá —murmuró Rebeca, puede que el

chico fuese listo y huyera de allí.

—Tengo ganas de conocerlo —aseguró la anfitriona.

—Pao...

—¡Estás nerviosa! —exclamó emocionada su amiga.

—¿Y por qué te alegras? ¡Bruja! —profirió Rebeca en un grito ahogado.

—Porque eso significa que te gusta, que te gusta de verdad, y eso me hace muy feliz.

—¿Y si sale mal? —Rebeca no supo evitar mostrar el miedo que encerraba esa simple pregunta.

—¿Y si sale bien? —contraatacó su mejor amiga.

¿Y si salía bien? Rebeca no tenía claro cuál de las dos cosas la tenía más asustada.

—No sé...

—Oye, deja de preocuparte por todo, solo deja que fluya, ¿vale? Nos conocemos, Becca, siempre quieres tenerlo todo bajo control, esto no es una novela que puedas decidir por qué camino quieres que vayan los protagonistas, deja que todo pase y disfruta del trayecto, ¡ah!, y procura no boicotearlo todo —la advirtió con mirada severa Paola.

—Yo no boicoteo nada —se defendió.

—Rebeca Jones, todos sabemos qué pasa cuando te asustas —le dijo Paola, sosteniéndole la mirada—. Solo prométeme que lo vas a intentar, pero que lo vas a intentar en serio.

—Tendré que hacerlo, parece que el chico se ha enamorado de mí, no quiero ser la causante de su suicidio, tiene pinta de duro, aunque me parece a mí que es muy «blandito» —comentó con ironía, tratando de relajar el ambiente.

Siempre se había sentido cómoda escondiéndose tras su sarcasmo, le había funcionado durante todos esos años y ya era un poco tarde para tratar de cambiar.

La noche era una reunión entre amigos más que una fiesta, algo informal, un rato agradable para compartir con los futuros novios. No se lo podía creer, parecía que había sido ayer cuando ella y Paola juraron que jamás se casarían y estarían siempre juntas, envejecerían juntas y morirían el mismo día a la misma hora. Esa era la promesa hecha con su propia saliva. Rebeca soltó una carcajada al recordar esa escatológica escena; qué teatrales eran a los doce años.

—Hablas sola, te ríes sola...

—Todas las cosas que dan placer en esta vida soy capaz de hacerlas sola —soltó Rebeca, girándose hacia un recién llegado Alex.

—Yyyyy... fin —Paola, que había escuchado esa primera frase, pasó como una exhalación por su lado cogiéndole la copa de entre las manos—. Empiezas a decir estupideces, no bebes más por hoy —le dijo con el semblante muy serio—. Hola, tú debes de ser Alex, yo soy Paola.

—Oh, hola —respondió rápidamente él alargando la mano—, la puerta estaba abierta...

—Sí, tranquilo, me alegra que hayas podido venir —comentó Paola con una sonrisa de oreja a oreja, Rebeca por su parte seguía con la mirada fija en la copa que Paola le había quitado. Paola chasqueó los dedos frente al rostro de su amiga—. ¡Reacciona!

—Alex, esta es Paola, Paola, este es Alex.

—Llegas como dos minutos tarde, mi querida amiga, ya nos hemos presentado, aunque está bien que sepas de convencionalismos sociales —se burló Paola—. Lo dicho, encantada de conocerte, Alex. Diviértete.

—Igualmente, y ¡felicidades! —replicó Alex, que observó a Paola dirigirse hacia el que

supuso era su prometido, hacían una bonita pareja. Alex después se giró hacia Rebeca, que tenía el entrecejo fruncido, y no pudo evitar sonreír—. Siento haber llegado tarde —se disculpó, y de nuevo ese incómodo momento del saludo—. Joder —murmuró.

—Te lo pondré fácil —dijo Rebeca recuperando su copa—. Como saludarías a tu madre.

—Joder, Becca, qué manera de joderme el momento —gruñó Alex.

—Soy única para eso, ¿verdad?

Alex la tomó de la cintura y la besó como jamás en la vida había besado a su madre.

—Eres única en muchas otras cosas también —sentenció después.

Capítulo 14

Tenía los labios suaves, calientes, y sus besos, que en un principio habían sido dulces y comedidos, ahora eran urgentes y húmedos. Habían empezado a tontear en la fiesta: miradas, caricias, y las ganas, regadas con una copa tras otra, habían ido aumentando poco a poco, haciéndose casi insoportables. Pronto la lengua de Alex buceaba en el interior de la boca de Rebeca y sus manos investigaban bajo la tela de la camisa, en dirección a ese sostén de Victoria's Secret que le habían obligado a ponerse sus amigas. No sabían ni cómo habían salido de ese taxi que tampoco recordaba quién había detenido, mucho menos cómo habían podido subir esa maldita escalera que se hacía más impracticable cuantas más copas llevaban encima.

Rebeca sacó las llaves del bolso y, mientras hacía puntería para meterlas dentro del cerrojo, Alex se apretó contra su espalda, rodeándola por la cintura y clavando los dientes en su clavícula, besando su cuello. Rebeca cerró los ojos y se dejó acunar por ese mar de sensaciones que despertaba ese hombre en todo su cuerpo.

En la cabeza de Rebeca bailaban las últimas horas, las risas, la diversión, la felicidad contagiosa de Paola y Fran, mezclada con la suya propia, traicionando así esa regla autoimpuesta que no le permitía sentir nada de lo que estaba sintiendo. Rompiendo los barrotes de esa prisión invisible construida con el miedo a fracasar.

Cuando por fin abrió la puerta, se adentraron en un piso totalmente a oscuras; sin embargo, no hicieron falta luces. A tientas ambos se dirigieron hasta el dormitorio, el alcohol y el fulgor del momento propiciaron que la tarea, a priori sencilla, no lo resultara tanto. Debería haber parado de beber cuando Paola la había advertido. Entre besos y caricias, fueron deshaciéndose de la ropa de ambos para caer contra el colchón, rodando el uno sobre el otro, devorándose a besos, recorriendo sus cuerpos con ansia, casi con necesidad. Alex la observó un segundo entornando los ojos, era preciosa, la piel de Rebeca era casi traslúcida y salpicada con esas miles de pecas, la cuales creaban un mapa de su cuerpo. Ese que pretendía memorizar para el resto de su vida si ella lo dejaba. Alex besó sus pechos, atrapando ese pezón que había quedado libre de ataduras en algún momento del camino entre la puerta y el dormitorio, lamió la piel de su abdomen mientras iba descendiendo hacia cotas menores. Los gemidos de Rebeca no tardaron en hacerse escuchar.

Tenía ganas de fundirse en ella, de sentirla suya, como solía decirse, de poseerla y hacerle el amor el resto de la noche, no dejarla ni descansar. Quería tenerla, encima y debajo, del derecho y del revés, follársela como si no existiera un mañana, hasta hacerla correrse de gusto al tiempo que jadeaba su nombre. Todo le daba vueltas, era como si la habitación no parara de girar, y él solo quería terminar de arrancarle la ropa y hacérselo sobre ese colchón para pasar a explorar otros rincones de la casa después. Le costó diversos intentos acertar a quitarse el cinturón que amarraba el pantalón vaquero recién comprado para la ocasión.

Gruñó como un animal mientras tiraba de su ropa interior, su cabeza no actuaba con lucidez, pero, en ese momento, su cuerpo tampoco.

—Joder, joder, joder —empezó a murmurar Alex entre dientes, tan mareado que sentía que todo se tambaleaba a su alrededor y cómo su estómago se replegaba sobre sí mismo.

Necesitaba centrarse, Rebeca era una mujer explosiva, sexual, atrayente, dura por fuera

aunque dulce y tierna por dentro, era la mujer que siempre había soñado... Sentía una presión en la cabeza y esos malditos nervios que no le dejaban pensar, además, había bebido mucho, ambos lo habían hecho.

—Ahora no, no me falles, ahora no... —gruñó de nuevo Alex con voz queda.

Todo había sido perfecto hasta el momento, un romance a lo Nothing Hill, como solía decirse. Rebeca era su maravillosa casualidad, ¿qué posibilidades había de tropezarse con una mujer así? Pocas. Había sido muy afortunado, tenía que hacer lo que fuera para conservarla.

—No... no, no...

—¿Estás bien? —farfulló Rebeca, incorporándose un poco, buscando los ojos de Alex.

—Sí, es solo que... estoy algo mareado —dijo Alex, levantándose a trompicones de la cama—. ¿El baño? —inquirió con la voz estrangulada.

—Esa puerta —indicó Rebeca, señalando la que tenía enfrente.

Alex se dejó caer sobre la madera una vez encerrado dentro. No podía creerlo. Apartó un poco la goma del bóxer para colar la mirada dentro, y ahí estaba, su «arma de destrucción masiva» totalmente flácida y sin vida.

—Vamos, ahora no... —suplicó, mirando a su segundo cerebro con ojos de cordero degollado.

—¿Estás bien? —se interesó Rebeca desde el otro lado de la puerta.

—Sí, sí. Ahora salgo —respondió a media voz Alex.

—¿Necesitas alguna cosa? —inquirió ella, empezando a preocuparse por la tardanza del chico.

«Que se me ponga dura», pensó. Alex abrió el grifo y mojó su cara pasando después las manos húmedas por el pelo, intentó tranquilizarse, tomar aire de manera pausada; sin embargo, no sirvió de nada.

Cuando abrió la puerta, Rebeca estaba sentada en la cama, cubierta en parte solo con la sábana, con las mejillas encendidas y la mirada vidriosa. Alex la observó embelesado, recorriéndola con los ojos, devorándola con la mirada, pero, aun así, esa parte fundamental para una relación plena seguía boicoteándolo. Al intentar caminar hacia ella dio un traspie que a punto estuvo de precipitarlo al suelo.

—Joder, qué borrachos vamos —dijo ella, tirando de su mano para hacerlo caer a su lado en la cama—. ¿Seguimos por donde lo hemos dejado? —susurró zalamera cerca de sus labios, rozándolos después con la punta de la lengua.

Rebeca mordisqueó su cuello y fue descendiendo por su pecho hasta llegar al abdomen y, cuando con picardía fue a tirar de la goma de sus calzoncillos para liberar su erección, Alex se lo impidió.

—Hemos bebido mucho —confirmó él—. Puede que debamos dejarlo aquí y...

—Ya, claro —rio ella, intentando de nuevo liberarlo de la ropa interior con tirones nada delicados—. Joder, sí, estoy bastante borracha... —confesó Rebeca soltando una risotada.

—Becca... —rezongó él, incorporándose sobre el colchón—. Basta.

—Pero ¡qué dices! Estamos en lo mejor... ¡Oh, mierda! —gruñó ella, mirándolo con ojos desorbitados—. ¡Joder! —volvió a exclamar, tirando de las sábanas para tapar su desnudez—. ¡Soy gilipollas! —lamentó la chica, y de pronto su mirada se humedeció.

—¡No! —Alex tiró de ella, lanzándose los dos sobre la cama y la abrazó con fuerza.

—No te gusto —anunció horrorizada—. ¿Es eso?

Estaba claro, había engordado un poco, las estrías... Ella... ella no era una chica atractiva, nunca lo había sido.

—Claro que me gustas, me encantas... —se apresuró a decir Alex mirándola a los ojos.

—¿Entonces? —quiso saber ella cuando al sentir el cuerpo de Alex pegado al suyo notó como cierta parte de esa anatomía no estaba como se suponía que debería estar en esa situación.

—Mierda, Becca —bufó él cubriéndose la cara con ganas de morirse allí mismo—, te juro que es la primera vez que me pasa...

—Eso no me ayuda —jadeó ella, empezando a sollozar al sentirse tan estúpida.

—Hemos bebido mucho... —empezó de nuevo él, totalmente frustrado, consciente de que le estaba haciendo daño a Rebeca cuando él solo quería hacerla feliz.

—Eso ya lo sé —replicó ella, mirando directamente a esa parte del cuerpo de Alex, que evidenciaba lo poco atractiva que le resultaba.

—Joder, mierda... Lo siento... Yo, puede que si me das un poco de tiempo...

Rebeca no dijo nada, solo se dejó caer de nuevo sobre el colchón dándole la espalda. La mueca en el rostro de Alex fue indescriptible y no supo qué decir. Alzó la mano para acariciar su espalda, pero, cuando estaba a punto de tocarla, la retiró sin llegar a hacer contacto.

—Lo siento, Becca... ¿Quieres que me vaya? —pregunto él.

—Sí, por favor.

Alex se deslizó por el colchón, con el orgullo más deshinchado que cualquier otra parte de su anatomía. Le gustaba Rebeca, le gustaba muchísimo, de eso no tenía ninguna duda. Cogió su ropa, que estaba esparcida por toda la habitación, y se apresuró a vestirse, maldiciéndose por dentro, enfadado consigo mismo, con todos los cubatas que se había tomado y con el mundo en general.

—¿Puedo llamarte mañana? —inquirió Alex desde la puerta, sin embargo, Rebeca no respondió—. Becca, lo lamento... Yo...

—Vete —gritó enfadada.

—Buenas noches, Becca —añadió en un murmullo.

Después de una noche perfecta, de haberse divertido tanto, de haber podido conocer una nueva faceta de Rebeca, la de ella con sus amigas y que tanto le había encantado... lo había fastidiado todo en un solo segundo. Quiso decirle algo más, acercarse a ella y abrazarla, o ponerse a llorar como un crío... No obstante, no lo hizo, respetando así su petición y marchándose del piso en silencio.

Salió de ese apartamento cuando ya despuntaba un nuevo día, totalmente hundido, ni él podía sacar el lado positivo de esa situación.

Capítulo 15

Cuando se levantó, sintió que la cabeza le iba a estallar, no era un simple dolor, no era que hubiera bebido un poco más de la cuenta, esa era la madre de todas las resacas. Y lo que había pasado con Alex no ayudaba. Rebeca se enjuagó los ojos, le escocían, después de que él se hubiera marchado había estado llorando. Le costó mucho poder levantarse de la cama, seguramente, porque se había evaporado toda motivación para hacerlo. Su caminar, más parecido al de un zombie que al de una persona viva la llevó, en primer lugar, hacia el baño para poder desmaquillarse. Al observarse en el espejo, tuvo el primer susto, no solo caminaba y se sentía como un muerto viviente, además, lo parecía. Gastó cinco toallitas y ocho discos de algodón para poder retirar toda la máscara de pestañas incrustada alrededor de sus ojos, ni qué hablar del pintalabios permanente, que parecía un tatuaje de lo fijo que estaba. Le habría gustado ponerlo a prueba con otra clase de acciones, no con restregones de un trozo de papel de celuloide empapado en agua micelar.

Eran las tres de la tarde y necesitaba café.

A punto estaba de lograr su objetivo cuando el móvil sonó inundando el apartamento de un doloroso sonido que le taladraba hasta el alma.

—Estoy apagada o fuera de cobertura —dijo al responder.

—Menuda resaca —anunció Lucía al otro lado de la línea—. En serio, ¿no era un picoteo tonto y charlar un rato? ¿Cuándo convertimos la noche en una fiesta de fraternidad americana? Creo que hasta te vi bebiendo cerveza de un barril haciendo el pino.

—Pues eso explicaría el porqué de estos pelos —respondió Rebeca, pasándose la mano entre los mechones despeinados y en algunos puntos hasta pegajosos.

—Te fuiste muy bien acompañada —rio Lucía sin poder esconder el tono burlón—. He hablado con Paola hace un rato, está muy liada limpiando todo lo que manchamos, me ha dicho que te pregunte «¿cómo te ha ido, puta?» —soltó Lucía en una clara pero mala imitación de Paola.

Rebeca se dejó caer contra la encimera. Necesitaba café. Mucho café. No podía afrontar esa conversación sin cafeína. Metió una cápsula en la Nesspreso y apretó el botón, cuando un sonido ronco la alertó de que el depósito estaba sin agua. Se enfadó mucho con quien dejara siempre la cafetera vacía, hasta que recordó que vivía sola y la culpable siempre era ella.

—Putas vida —gruñó con los dientes apretados.

—No has tomado café —advirtió Lucía—. Oye, no estarás aún liada, ¿no?

—No —bufó a desgana.

—¿Ya se ha ido? —preguntó Lucía.

—Sí.

—Pero... pasó algo, ¿verdad? —indagó de nuevo la chica, cada vez con más curiosidad—. Tal como os fuisteis la noche terminaría como poco cual película porno.

—Exactamente igual —murmuró Rebeca. Por fin, café... Tomó un primer sorbo sin echarle azúcar ni nada, ya se mimaría un poco más con el siguiente, ahora solo necesitaba tomárselo y terminar esa conversación—. Oye..., estoy cansada y...

—Beeecaaaa..., nos conocemos, ¿qué ha pasado? —inquirió Lucía elevando el tono, se

conocían demasiado bien como para que Rebeca pudiese esconder su preocupación—. ¡Ya! —exigió Lucía, viendo que al otro lado de la línea su amiga había enmudecido.

—No se le puso dura —soltó Rebeca y, al hacerlo, sintió casi la misma angustia que la había consumido durante el pasar de las horas que había estado desvelada—. Encuentro un tío simpático, interesante, guapo a su manera... y... soy tan horrible que no se le levanta... ¿A qué tío no se le pone dura? ¡Si se empalman hasta con una escoba con falda!

—Espera... —En ese momento fue Lucía la que se quedó pensativa—. No tan rápido, déjame procesarlo... Entonces... —siguió hablando como por fases mientras su mente intentaba analizar la poca información que le había dado su amiga a toda velocidad—, estabais en plena faena y...

—Nos estábamos besando, nos quitamos la ropa y eso... estaba... muerto... —sentenció apocada Rebeca. Lucía soltó una carcajada.

—Lo siento —se disculpó la chica al instante.

—Lo estoy pasando mal, ehrrrr —exclamó con indignación Rebeca—. Joder, tía, que te rías no me ayuda.

—No entiendo de tíos —se defendió Lucía—, pero me consta que el alcohol y su capacidad amoratoria no son muy compatibles, y empezó recatado; sin embargo, al final de la noche llevaba un buen subidón.

—No me vale —sentenció muy en firme Rebeca.

—¿Y entonces? —preguntó Lucía.

—Entonces, ¿qué?

—Pues... os besabais, adiós ropa, eso no funcionó... ¿y después? —quiso saber Lucía.

—Pues nada, se fue. —Rebeca tiró la taza en el fregadero y encaminó sus pasos hacia la habitación.

—¿Se marchó? —El tono indicaba claras dudas de Lucía sobre eso.

—Puede que yo lo invitara a irse, no sé, la verdad es que no lo recuerdo muy bien —reconoció Rebeca, dejándose caer en el colchón.

—¡Joder! Eres como una villana, cruel e implacable.

—¿Disculpa? —Rebeca se incorporó de golpe, empujada por la indignación ante tal comentario—. ¡Soy la víctima!

—Me da pena Alex —murmuró Lucía—. Te quiero mucho, Becca, aunque creo que como novia eres de lo peor..., y Alex nos cayó muy bien.

—Y a mí que me jodan, ¿no? A ver si es que no me he explicado suficientemente bien, te estoy diciendo que me he puesto a huevo a un tío y no se ha empalmado... Tengo la puta autoestima por los suelos.

—Pues imagina cómo debe estar él —soltó Lucía en un silbido—. Creo que su ego masculino y la capacidad para que se les ponga tiesa van íntimamente ligados, si encima lo echaste... tsss —chasqueó la lengua—. ¿Has mirado las noticias? ¿Dicen algo de un suicidio?

—Oye, oye, no te pases, yo no lo eché —se defendió Rebeca, que no salía de su asombro. Su amiga, esa amiga suya de toda la vida, no se ponía de su lado—, solo que no impedí que se marchara.

—Rebeca... —El tono de Lucía fue serio y cortante, como cada vez que lanzaba al aire uno de esos sabios consejos que nadie le pedía pero ella siempre ofrecía y casi siempre acertaba—. Ahora, en plena resaca, es el momento ideal para que te plantees qué quieres con este chico... Él

no te va a llamar, la pelota está en tu tejado y tienes que ser tú la que dé el paso. Solo añadiré una cosa, me pareció un chico encantador y creo que le gustas mucho. Deberías pensar en ello — declaró rotunda y seria.

—Yo no tengo que pensar en nada... —murmuró Rebeca.

—No te pongas en plan estúpida, conmigo no —advirtió Lucía—. El alcohol os hizo una mala jugada, si dejas que todo termine así, es que eres tonta.

—No lo soy... —gruñó confundida—. Creo...

—Pues si no lo eres demuestra un poco de madurez, ¡cojones! ¿Te gusta Alex? Porque yo creo que sí —inquirió Lucía.

—¡No! —chilló Rebeca.

—¡Mentirosa! —gritó Lucía entre risas.

—Es que encima te estás divirtiendo con esto... —soltó molesta Rebeca—. Eres una amiga de mierda.

—Yo también te quiero.

Rebeca colgó enfadada, molesta porque en el fondo sabía que Lucía tenía razón, y para no entender de chicos, acostumbraba a dar siempre en el clavo con ellos. Se había centrado solo en sí misma, se había sentido ridícula, rechazada, humillada y hasta absurda..., una completa estúpida. Cuando Alex se había marchado, había llorado y al principio sin saber muy bien por qué... Después las lágrimas que empezó a verter fueron precisamente por entenderlo. Alex le gustaba. Le gustaba de verdad. A todas luces le gustaba demasiado.

Exponer el corazón era exponerse a que te hicieran daño, y a ella no le gustaba llorar. De hecho, lo odiaba.

¿Qué diablos le estaba pasando? Eso era una puñetera locura... Alex se pasó las manos por el rostro, arrastrando los restos de sudor y vergüenza. Sacó la cartera y pagó ese corto pero intenso trayecto en taxi que acababa de realizar, alejándose de donde realmente quería estar, para llegar a ese piso vacío en el que la angustia no lo dejaría ni respirar. Eso era seguro. El sol ya había salido cuando entró en casa.

Se tambaleó pesadamente desde la entrada hasta la cocina para tomar un vaso de agua y de allí se arrastró sin ganas al dormitorio, donde tiró de la camiseta y los pantalones para deshacerse de ellos, y, así, en calzoncillos, se desvaneció sobre el colchón. Cerró los ojos, pero en su mente solo se reproducían pequeños flashes de lo que había pasado en el dormitorio de Rebeca. Era como un bucle, una agónica tortura que se repetía una vez y otra y una más, así hasta el infinito. La cara de decepción de Rebeca y esos ojos llorosos clavándose en los suyos hasta hacerle sentir verdadero dolor... Alex dio la vuelta sobre sí mismo quedando tendido boca arriba, el sol ya entraba por la ventana. Abrió los ojos con pesadez, sintiendo cómo el cansancio se había aferrado a sus párpados, haciéndole sentirlos pesados. Sin apenas darse cuenta se sumergió en un sueño lleno de desasosiego, donde la cara de Rebeca y su mueca de decepción eran los protagonistas.

—¡Arriba, dormilón! Menuda fiesta anoche, ¿no? —Escuchó de pronto Alex una voz que le sonaba demasiado familiar.

—¡Tu puta madre! —soltó en un alarido cercano al pánico—. ¿Qué cojones haces tú aquí?

—¡Feliz casi medio día! —exclamó Víctor, de manera jovial, sentándose en la cama de su hermano.

—Vete a la mierda —murmuró Alex, escondiéndose bajo las sábanas.

—¿Así me agradeces que haya venido hasta aquí a verte? Tsss, tratas muy mal a tu hermano mayor —rio—. Vamos —instó tirando de las sábanas—, ¿qué tal fue ayer?

—Olvídame —gruñó irritado Alex.

—¿Tan mal? ¿No te gustaron sus amigos? Fijo que son unos snobs.

—Nada de eso. —Las palabras de Alex sonaban pastosas y pegadas por la mala mezcla de cansancio, resaca, pero, sobre todo, ansiedad por lo que había ocurrido.

Le costó levantarse de la cama y llegar hasta la puerta del baño, le dolían las piernas y la dignidad. A su espalda, su hermano se quejaba y murmuraba blasfemias a las que Alex no hacía ni caso. Terminó sacándose los calzoncillos para meterse bajo el agua de la ducha, que ya corría a toda presión. Alex cerró los ojos cuando su pelo empezó a empaparse, no se había molestado ni en ponerla caliente.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermano, empezando a preocuparse por la falta de conversación de Alex.

—Joder, Víctor, ¿tú sabes lo que es la intimidad? —inquirió el pequeño desde debajo del agua.

—No será la primera vez que te veo el pene.

Instintivamente, la mirada de Alex se dirigió a esa zona de su bajo vientre. Estaba enfadado con su polla, habían sido amigos inseparables desde la primera vez que había descubierto que tocársela daba mucho placer y, ahora, cuando más la necesitaba, esta le fallaba de la manera más vergonzosa. Casi que habría podido lidiar con una eyaculación precoz, pero ¿un gatillazo? Eso era lo peor que a un hombre le podía pasar. Y para él era como un mazazo, pues, además, había hecho llorar a Rebeca.

—Me estás preocupando —dijo Víctor pasándole la toalla—, en serio, ¿ha pasado algo?

—No —respondió de manera apresurada—, bueno, puede... —Las dudas lo invadieron mientras pasaba la toalla por su cuerpo para secarse—. Oye, ¿alguna vez has fallado en la cama?

—¿Fallar? —inquirió Víctor, observando a su hermano—. ¿Al estilo de entrar por la puerta trasera en vez de la delantera, o confundir un tío con una tía?

Alex lo miró sorprendido, preguntándose si alguna de esas dos premisas podía rozar siquiera la realidad. Aunque enseguida desechó tan absurdas situaciones.

—¿Qué dices? —inquirió confundido.

—¡Eh! Algunos dan el pego y el alcohol juega malas pasadas... —siguió Víctor.

—Joder, ni que lo digas —murmuró Alex, soltando un soplido mientras cubría su desnudez con la ropa interior—. No se me puso dura.

—¿Qué? —clamó su hermano abriendo tanto los ojos que sintió que iban a caérsele de las cuencas—. Espera... No lo entiendo.

—¿Qué puñetas no entiendes? —gruñó Alex molesto.

—¡Tú no eres un Zas! —sentenció de pronto el mayor—. Nosotros nos empalmamos hasta con las de las telenoticias.

—No estoy para coñas, Víctor —se lamentó Alex.

Errores, como dar al botón de autodestrucción al estilo de dispararse a sí mismo en la

cabeza. Hablar con Víctor era ya de por sí absurdo, hablar de un tema tan serio como ese era, directamente, inmolarse. Alex miró de reojo el reloj que brillaba en la puerta del horno, se preguntaba si ese electrodoméstico en cuestión tenía alguna otra utilidad a parte de calentar pizza y dar la hora. Sentía la presencia de su hermano pegada al culo. Sacó del armario la bolsa de pan de molde y la tiró a desgana sobre la encimera al tiempo que se giraba en dirección a la nevera, de donde sacó lo que le quedaba: un par de lonchas de queso, que olió para dar el visto bueno. Cuando fue a volver a donde había dejado el pan, su hermano ya había sacado del interior dos rebanadas dejándolas sobre un plato.

—Gracias —murmuró Alex.

—¿Estás bien? —preguntó el mayor.

—Pues no —respondió de manera sincera.

—Bueno, por suerte ya tienes comprada la Viagra —soltó Víctor en una carcajada.

—Vete a tomar por culo.

—Sí, pero no por ti, ¡impotente!

—¡Lárgate de mi casa! —gritó Alex empujándolo en dirección a la puerta.

—Vamos, no es el fin del mundo —seguía burlándose Víctor—. Solo tienes que entrenar bien la lengua, ya sabes —siguió el chico, haciendo gestos de lo más gráficos.

—Juro por lo que más quieras que algún día me vengaré por todas las capulladas que me has hecho a lo largo de estos años...

—Venga, hermanito, solo es broma, seguro que no es tan grave como piensas, unos bombones y unas flores y vuelve a ser tuya..., ¿no? No puede ser tan complicado.

¿Complicado? No, no lo era, solo era el final.

—Largo —dijo señalando la puerta.

—Ahora en serio, ¿necesitas algo? —preguntó el mayor con tono de preocupación—. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad, enano?

—Lo sé, solo quiero estar solo —repitió señalando de nuevo la puerta.

—Está bien, te llamaré luego.

Alex cerró dejándose caer sobre la madera, volvió a la cocina, aunque de pronto ya no le apetecía comer nada, se le había cerrado el estómago, haciendo que se plegara sobre sí mismo, se sentía mareado y solo quería verla. Cogió el plato y, junto con el bocadillo, lo arrojó al fregadero, tomó al vuelo las llaves del apartamento y salió corriendo en dirección a casa de Rebeca. Solo necesitaba verla, se había enamorado como un loco de ella y jamás aceptaría que las cosas entre ellos terminaran incluso antes de empezar.

Terminó de picotear todo lo que fue encontrando por los armarios y que su principal ingrediente fuera azúcar; era el mejor remedio para la resaca. Cuando el paquete de galletas se terminó, se dejó caer en el sofá, desolada. Una tarde de resaca era una tarde de palomitas y peli. Cogió el móvil, pero, tal y como Lucía había predicho, no tenía ninguna llamada ni mensaje de Alex. ¿Estaría enfadado? Qué pregunta más absurda, por descontado estaba molesto, y no era para menos. De pronto, la soledad de esa absurda tarde la aprisionó como una red, imposible escapar de ella si se movía, condenada a hundirse si no lo hacía. Respiró más de tres veces antes de reunir

el coraje suficiente para bajar sus barreras, tragarse el orgullo, desterrar la angustia y llamarlo. Aunque solo fuese para escuchar su voz al otro lado. Si estaba molesto o enfadado, siempre podía pedirle disculpas con la esperanza de intentar arreglar lo que fuera que había entre ellos. Qué épico, como si de una gran hazaña se tratara, Rebeca marcó su número y aguardó a que contestara.

—¡Becca! Hola... —saludó Alex nada más responder al teléfono.

—Hola, oye, yo... es que... —tartamudeó.

—Rebeca, joder... Gracias por llamarme, estaba acojonado. No sabía si querrías volver a verme —dijo Alex con voz apagada al otro lado.

—Quiero verte —reconoció Rebeca.

—Me alegra que digas eso —soltó Alex en un hondo soplido, como si con esas dos palabras Rebeca le hubiera quitado un gran peso de encima—. Estoy en tu puerta.

El móvil rebotó dos veces contra los cojines del sofá antes de caer al suelo; sin embargo, ella ya estaba en la entrada del apartamento, descalza y en pijama, descendió los escalones de dos en dos hasta llegar a la calle. Y sin plantearse qué hacer o qué decirle, dejándose arrastrar, como nunca hacía, solo por lo que le dictaba el corazón, ese que siempre guardaba bajo una coraza de indiferencia, saltó sobre Alex, rodeándolo por el cuello, haciéndolo casi caer al suelo por el impacto.

—Rebeca, yo..., lo de ayer... —comenzó Alex nervioso.

—Chsss —chistó ella besándolo con ansias.

Capítulo 16

No sabía muy bien cómo habían terminado en la cama, y no precisamente para dormir.

Cuando su teléfono había vibrado en el interior de su bolsillo, sintió como si el cielo se abriera sobre su cabeza, disipando esas negras y densas nubes que lo habían atormentado durante todo el día. Por un momento había temido que ella no volviera a dar señales de vida y él estaba demasiado avergonzado como para hacerlo. Hablar con Víctor solo le había supuesto hundirse más, su hermano era único en ese aspecto. Sin embargo, después de un sueño que no fue muy reparador, sino más bien una pesadilla, de la no conversación con su hermano Víctor, al que echó de casa sin miramientos, y de notar esa presión en el estómago que le hizo hasta perder el apetito, todo eso lo había empujado a correr hasta su portal, sintiendo las inmensas ganas de verla. La llamada de Rebeca lo sorprendió, escuchar su voz hizo que se le acelerara el corazón y esa declaración de «quiero verte»... Pero la sensación de que ella saltara a sus brazos había sido indescriptible.

De ahí subieron a su piso para hablar un poco, tenían muchas cosas que aclarar, a pesar de que, sentados el uno frente al otro, ninguno de los dos se atrevió a mencionar nada de la noche anterior. Se sentaron en el sofá para ver una película con palomitas, todo muy normal e inocente, pero, de pronto, sentirla tan cerca, observar que llevaba puesto ese escueto pijama de Kitty, la desnudez de sus piernas, esa cautivadora sonrisa, notar el calor de su cuerpo pegado al suyo...

—Esta película está genial —comentó Alex como de pasada, sin embargo, su atención desde hacía un buen rato no estaba en la pantalla, sino en la mujer sentada a su lado.

—Sí —balbuceó Rebeca, a la que tener a Alex tan cerca hacía que le costara hasta respirar.

Sin saber muy bien cómo, de pronto, se encontró con que su mano estaba bajo el pijama de Rebeca, para segundos después ser sus labios los que acariciaban la piel de su cuello. Y, por fin, notó esa tan esperada reacción en su entrepierna. «Mejor tarde que nunca», pensó. Por un segundo se había hasta preocupado, sin embargo, esa importante y fundamental parte de su anatomía masculina tomó vida propia, poniéndose firme y dura como debería haber ocurrido la noche anterior. Una erección de campeonato.

Por un momento, Alex estuvo a punto de gritar de alegría.

—Se me ocurre un lugar mejor donde seguir con esto... —susurró ella con la voz encendida.

La mirada de Rebeca había sido toda una revelación, mitad sorpresa, mitad lascivia. Cayeron todas las barreras al mismo tiempo que lo hacía la ropa y pronto estaban de nuevo en la cama, midiendo el colchón entre besos y caricias. En ese momento, Alex se percató de que su pantalón estaba un poco lejos de su alcance, pero, cuando hizo ademán de moverse, Rebeca lo atrajo más hacia ella en un intento de hacerle perder el control. Alex le devolvió el beso y la miró a los ojos, intentando hacerle comprender lo que necesitaba; en el fondo de Rebeca apareció una luz roja que la llevó a entender.

—Tomo la píldora —susurró Rebeca.

—Estoy limpio, hace mucho que yo... —respondió Alex.

—Yo también lo estoy... Por favor, no me hagas esperar más —suplicó Rebeca.

Alex aún demoró un poco el momento de hundirse en su interior y, cuando lo hizo, prefirió

tomárselo con calma, dedicarle tiempo y saborear el momento. La lujuria que se había instalado al oír la confesión de Rebeca casi le había hecho perder los papeles; sin embargo, poder contemplar cómo poco a poco la pálida piel de Rebeca se iba perlado de sudor, la manera en la que sus mejillas se encendían y su respiración cada vez era más intensa eran suficiente acicate para su hombría. Su mirada quedó vidriosa tras esa húmeda y fina capa que empañó sus ojos: verla, sentirla, besarla, quererla... Había perdido la cabeza por esa mujer de pequeña estatura y un carácter del demonio.

Así de simple y sencillo.

Cuando sintió que el orgasmo de ella llegaba, no pudo soportarlo más y se dedicó a buscar el suyo propio, como si le fuera la vida en ello, imprimiendo en cada embestida todos los sentimientos que Rebeca le despertaba.

Alex se quedó tumbado al lado de Rebeca mientras ambos luchaban por conseguir acompasar sus respectivas respiraciones después de un orgasmo descomunal y, de pronto, no pudo evitar romper en una carcajada, soltando toda la tensión acumulada desde la noche anterior.

—Tampoco te confíes ahora —soltó Rebeca, incorporándose y buscando la parte de arriba de su pijama para cubrirse con él.

Ahí estaba, esa parte medio ogro de la mujer más curiosa y sorprendente que había conocido jamás. Alex tiró de ella, aún con la sonrisa en los labios, y buscó cerrarle la boca con una nueva tanda de besos, largos, húmedos y profundos, antes de que volviera a hablar.

—Eres preciosa —le susurró, acariciando su mejilla con delicadeza—. Perfecta... —añadió mientras hacía descender la caricia por su cuerpo, robándole de entre las manos la camiseta y tirándola lejos para lograr que así siguiera desnuda.

Necesitaba verla, memorizar cada rincón de su cuerpo, ese que pensaba devorar cada vez que ella le diera ocasión.

—Tú tampoco estás mal —murmuró Rebeca con fingida indiferencia.

—Oh, venga —exclamó Alex, dando un salto para colocarse sobre ella, justo entre sus muslos.

—Vaya, ¿ayer estaba muerta y hoy quiere doblar turno? —se burló Rebeca, separando un poco las piernas para facilitarle el trabajo.

—Tiene que hacerse perdonar —respondió él y, de una embestida, ya volvía a estar en su interior.

El gemido de Rebeca se alzó por encima de sus cabezas. Era una locura, no de las malas, sino de las que a uno le hacían sentir totalmente vivo. Alex acompasó sus acometidas al ritmo que exigían las caderas de Rebeca, mientras se había quedado imantado en esa pícaro sonrisa dibujada en los labios de esa mujer. Mordió su cuello, su hombro, el lóbulo de su oreja, donde aprovechó para susurrarle las ganas que tenía de ella, unas ganas inconmensurables, infinitas, hasta el punto de llegar a asustarse.

Tenerla encima, debajo, de lado... Pudo observar cada perspectiva de su cuerpo y lo bien que se sentía al tenerla pegada a él. Sin miedos, ni tabúes, dos adultos desinhibidos disfrutando juntos. Eso le gustaba de Rebeca, sin medias tintas, gozando sin pensar en nada más.

Las horas pasaron a una velocidad apremiante, escapándoseles los minutos de entre los dedos, sin poder detener el tiempo en esa cama, donde hicieron el amor, hablaron de todo y de nada, rieron a carcajadas de pura felicidad y hasta cenaron desnudos, mientras seguían asustados

por esa locura, pero convenciéndose de que era lo mejor que les había ocurrido a ambos.

Y como en todo buen sueño llegaba un punto en el que tocaba despertar. Eran cerca de las doce de la noche y, por más que quisiera, no podía alargar el momento mucho más. No quería, le habría gustado que ese día jamás terminara, sin embargo, la realidad lo empujó a tener que abandonar esa cama y los brazos de esa mujer.

—Debería irme —anunció Alex, aunque sin mucha convicción en la voz después de salir del baño ya vestido con la ropa interior.

—Supongo —rezongó Rebeca, enredada entre las sábanas, ya no recordaba lo que cansaba el sexo, seguro que había quemado suficientes calorías como para poder comerse un donut.

—No me importaría dormir contigo —murmuró él, sentándose en el filo del colchón y cogiendo una de sus manos—. Podrías pedirme que me quedara.

—Cierto, podría —afirmó ella, clavándole la mirada. Podría y quería, pero no conseguía dejar de pensar que esto se le iba a escapar de las manos.

—Sin embargo, no es tu estilo —aventuró Alex, empezaba a conocerla. Rebeca tenía una fachada de mujer de hierro que él estaba dispuesto a fundir a besos.

—No quiero perder la magia tan pronto, prefiero escucharte roncar cuando me gustes un poquito más —soltó ella, guiñándole un ojo.

—Y, de nuevo, eso es un cliché —replicó él—. No todos los tíos roncamos.

—Eso lo averiguaremos más adelante —dijo Rebeca, saltando de la cama enrollada en la sábana.

—Más adelante entonces —aseveró él, viéndola desaparecer tras la puerta del baño.

Alex se tomó su tiempo en vestirse, sin poder evitar que la sonrisa aflorara a sus labios como un bobo, pensando en todo lo que había ocurrido en esa habitación. Puede que no hubiese sido como en una de esas novelas eróticas, pero había dado la talla, estaba convencido de ello. Se miró al espejo del tocador con cara de satisfacción, reprimiendo ese estúpido impulso de autofelicitarse por el trabajo bien hecho. Rebecca salió del baño con el pelo húmedo y un nuevo pijama, y se quedó plantada ahí en medio, observándolo, lo que hizo que Alex se preguntara qué sería lo que ella pensaba, aunque con mucho miedo a preguntárselo; su sinceridad a veces resultaba abrumadora y algo hiriente.

—Bueno..., pues tengo que irme... —empezó a decir Alex al tiempo que cogía la chaqueta de encima de una de las sillas del comedor—, nos veremos..., ¿no?

—Puede —respondió Rebeca vagamente mientras lo acompañaba a la puerta—. Sí, supongo..., te llamaré y esas cosas que se dicen en estas situaciones...

—Claro..., estas situaciones... —repitió él.

Rebeca estalló en una carcajada al verlo tan confundido y, poniéndose de puntillas, lo abrazó y besó su mejilla mientras buscaba el lóbulo de su oreja para susurrarle:

—¿Has escuchado hablar del pegging?

—¿El qué? —dudó él de haberla entendido correctamente.

Rebeca amplió aún más su sonrisa, que se volvió algo malvada, volvió a besarlo esta vez con más pasión para después empujarlo cerrando tras de sí con un sonoro portazo.

Una locura, en eso se estaba convirtiendo su vida, en una auténtica y maravillosa locura; sin embargo, no pudo evitar soltar un suspiro llevando las manos a su acelerado corazón, así que así era cómo se sentía uno cuando se estaba enamorado.

Capítulo 17

Esa noche Alex llegó a su casa con una sonrisa aún decorando sus labios. Cansado como nunca, pero feliz como hacía tiempo que no estaba. A decir verdad, intentó echar mano de su memoria y no recordaba ningún momento, con ninguna mujer, que pudiera compararse a lo que sentía en ese instante con Rebeca. Y eso que acababa de conocerla. Era extraño y maravilloso, además, algo le decía que ella se sentía igual. O bien pudiera ser porque durante la fiesta de compromiso de Paola y Fran, sus amigas así se lo habían insinuado. Como si él fuese algún tipo de superhombre que había logrado derribar esos infranqueables muros que siempre alzaba Rebeca a su alrededor. Aunque él, en ese aspecto, aún no era del todo optimista. A decir verdad, sabía que todavía le quedaba un largo camino que recorrer; sin embargo, después de esa tarde de domingo, estaba optimista y esperanzado.

Con los bonitos recuerdos de esa noche, se acostó con una sonrisa boba en los labios y, al igual que la noche anterior no había sido capaz de conciliar un sueño agradable, esa sí que sus pensamientos volaron hacia cierta bruja que le había hechizado con sus besos, con sus respuestas y con el sabor de su piel.

Era un nuevo día y esa jornada laboral en cuestión había resultado larga y tediosa, seguramente, todavía no estaba recuperado del cansancio del fin de semana, que al final había resultado de lo más intenso. Recordó con nostalgia esa época, no muy lejana, en la que era capaz de salir de fiesta y empalmar con el trabajo sin que el cansancio o la mala cara aparecieran. Ahora, después de una noche trasnochada, venía un doloroso día de resaca. Se estaba haciendo mayor y todavía no pasaba los treinta.

—Estoy muerto —gruñó Alex.

Eran las siete de la tarde cuando llegaron al apartamento, Alex se dejó caer con pesadez sobre el sofá; sin embargo, Víctor, antes de eso, se dirigió a la cocina para coger dos latas de cerveza. En ese momento de no poder pensar en nada, mientras observaba cómo Víctor sorbía de la lata igual que si no hubiera un mañana, la pregunta de Rebeca, formulada en modo de susurro en su oído la noche anterior, regresó a él, como un flash. Sonrió, lo hizo cual estúpido y, a pesar de que intentó disimularlo de inmediato, su avisado hermano sentado frente a él dio la primera muestra de haberse dado cuenta soltando una risotada burlona. Alex lo ignoró, cogió el móvil para poder buscar lo que Rebeca le había dicho, aunque no recordaba exactamente ese extraño nombre en inglés.

—Me alegra que solucionararas tu pequeño contratiempo —murmuró Víctor entre trago y trago.

—Te aseguro que nadie se alegra más que yo. —Alex empezó a teclear en el móvil.

—¿Vas a llamarla? —preguntó con curiosidad Víctor—. Quiero conocerla.

—Y yo quiero ser multimillonario y...

—Y follar durante horas, sí, lo sé, me ha ido quedando claro —se burló Víctor.

—Vete a la mierda —soltó el pequeño, molesto—. Estoy buscando algo que me dijo Rebeca antes de marcharme ayer...

—¿Qué?

—No sé, algo como... —se puso a hacer memoria—, peeing... O un nombre así por el

estilo.

Accedió al buscador de su móvil, sorprendiéndose ya en el primer resultado que este le ofreció, zarandeó la cabeza de lado a lado y se levantó del sofá, como si algo lo empujara a ello, totalmente escandalizado, ¿qué era eso?

—¡Ah, no! No... No, no, no... —murmuraba Alex, caminando de un lado a otro del comedor bajo la atenta mirada de su hermano.

—Déjame ver —instó Víctor, alargando la mano para que le diera el teléfono y ver por sí mismo qué era eso que lo había alterado tanto.

—Ni de puta coña —gruñó Alex.

—No será peor que tener un gatillazo —se mofó Víctor—. Después de eso ya pocas cosas peores hay, que te haya vuelto a hablar es un puto milagro, a ver, ¿cómo lo has llamado? ¿Pe... peeling?

Habían terminado pronto de trabajar y, como ya venía siendo costumbre, Víctor se había autoinvitado a cenar; desde que lo había dejado con Laura no le gustaba la soledad de su apartamento. Pero encima, ahora, la vida de Alex había tomado un rumbo curiosamente divertido que estaba haciendo al mayor disfrutar de lo lindo. Víctor cogió el móvil de Alex, que había dejado sobre la mesa, para acceder a su última búsqueda de Google y se echó a reír como un loco, casi cayéndose del sofá.

—Su puta madre, esto es buenísimo, ¡te quiere ensartar como a un pinchito!

—¡Deja eso, joder! —exclamó Alex al ver a Víctor con el móvil en sus manos.

—Esto es la leche... ¡Esa tía debe ser como una máquina sexual! Qué morbo... Vaya suerte tienes, cabrón. Seguro que es de las que se dejan hacer de todo.

—Víctor..., no me toques las narices que no respondo, ¿eh? —advirtió Alex con un tono atemorizador.

—Es raro de cojones —murmuró Víctor pensativo—, ¿por qué iba una tía a querer ponerse un pene de goma y follarte por el culo? ¿Qué placer hay en eso? —Se quedó pensativo durante un rato, verdaderamente, no lo entendía, ¿cómo llegaban ellas al orgasmo?

—Vete —dijo Alex muy serio, señalando la puerta.

—Eh, ¿yo qué culpa tengo de que la «escritorcilla esa» sea una pervertida? —soltó Víctor alzando las manos—. Yo estoy de tu lado, hermano, no dejes que nunca nadie te meta nada por el culo.

—Primero, no la llames pervertida y segundo, tenerte aquí comiéndome la cabeza no me ayuda...

—Hablando de comidas, ¿tienes que mamársela al pene de goma? —preguntó de pronto su hermano, estallando en una nueva carcajada.

—Joder, Víctor, vete. En serio. ¡Pírate ya! Búscate una novia, un pasatiempo o algo...

—Uy... viendo cómo está el panorama, casi prefiero ir de putas... que, al menos, cumplen mis fantasías y no tengo que acceder yo a las tuyas, porque, créeme, Alex, si se le ha metido en la cabeza follarte por detrás, lo hará —sentenció Víctor muy serio.

Alex terminó empujando a su hermano hasta poder echarlo de su casa, cerrando la puerta fuertemente después.

—Estás cogiendo una manía muy fea con eso de echarme de tu casa, eh h h h h —bramó Víctor desde el otro lado de la puerta.

Vagó meditabundo por los escasos metros de su apartamento mientras cavilaba en todo y en nada, simplemente, dejándose carcomer por todas las ideas que venían a su mente mezcladas por diversas perversiones adquiridas tras haber leído algunas de las novelas más en auge del momento. Esas novelas eran el mismísimo demonio.

¿Qué malo tenía el sexo convencional? No estaba en contra de «probar cosas nuevas», al contrario, podía hasta llegar a ser divertido, pero la verdad era que, a pesar de todo lo que pensaba, la mentalidad retorcida de algunas mujeres era inalcanzable para un simple mortal como él. Se sentó de nuevo en el sofá, a esas alturas la cerveza se había quedado caliente; sin embargo, no importaba, tampoco era que con su dolor de cabeza le apeteciera beber nada. Ojeó por encima uno de los últimos libros que había cogido de la biblioteca, así como un par que le había dejado Rebeca, quien, por cierto, tenía una impresionante colección de novelas en su casa. Según la mayoría de historias ellos siempre tenían que llevar la voz cantante, ser machos dominantes, obviamente, muy experimentados y con mil fantasías sexuales por cumplir. ¿Por qué sentía él que Rebeca le llevaba ventaja en todos esos temas? A lo mejor debería dejarse llevar, sin más... Podría ser, como en las novelas, que descubriera un mundo nuevo, a lo mejor la clave para los orgasmos simultáneos, los polvos interminables y, en definitiva, la realización de las más oscuras y satisfactorias de las perversiones no residía en ellos, sino en ellas.

Alex cogió el móvil, dudó un instante antes de marcar su número de teléfono, la verdad era que no habían quedado en nada después de ese extraño, pero también satisfactorio, fin de semana; no tenía muy claro cómo estaban las cosas entre ellos, así que antes de dejarse arrastrar por toda esa marabunta de pensamientos incontrolables, creía mejor afrontarla de frente. ¿Qué podía ocurrir? Lo peor ya había pasado... el gatillazo, aunque pensándolo bien, ¿era eso lo peor? No pudo evitar pensar en eso del pegging.

Capítulo 18

—Moshi, moshi —respondió Rebeca entre risas.

—¿Qué?

Rebeca soltó una nueva risotada mirando la pantalla del móvil donde aparecía el mote con el que había guardado el contacto de Alex la primera vez y que, por el momento, no tenía intención de cambiar.

—¡Hola! —respondió aún divertida—. ¿Sigues con resaca? —preguntó mientras indicaba con un gesto a sus amigas que guardaran silencio.

—Pues no te voy a mentir, estoy hecho polvo —confesó Alex.

—Entonces, ¿no llamas para una ración de sexo salvaje? —soltó Rebeca a bocajarro, aguantándose las ganas de reír.

—Bueno... —dudó él.

—Lo decía en broma, alien pervertido.

—¡Becca! —la reprendió Paola a voz en grito.

—¡Joder! ¿Estás con tus amigas?

—Sí —volvió a reír ella—. Me estaban contando lo bien que les has caído —confesó.

—Y que tienes mucho mérito por aguantarla —soltó Ana, alzando el tono de voz para hacerse escuchar, ganándose así una mirada de odio por parte de Rebeca.

—Os veo muy entretenidas —dijo Alex—, ¿puedo llamarte más tarde?

—Puedes, pero a lo mejor más tarde no te cojo el teléfono, quién sabe...

—Lo que yo diga, es un santo, ¡un santoooo! Mira que para aguantarla se deben tener narices —declaró Ana, reafirmando en su comentario con el gesto de asentimiento de las otras dos chicas.

—Las tengo —afirmó Alex, feliz de haberse metido a las amigas de Rebeca en el bolsillo, sin embargo, que hubiera conseguido lo mismo con ella era otro cantar.

—Eh, muy confiado te veo yo... —comentó Rebeca con tono de suspicacia—. Aunque me gusta —sentenció—, puede que la que te llame después sea yo..., fijate.

—¿Sí?, entonces espero impaciente tu llamada.

Rebeca sonrió, sintiéndose de pronto como una de esas niñas estúpidas de las películas que tanto odiaba, pero consciente de que no lo podía evitar. A su lado sus tres amigas suspiraron a coro, como si llevaran ensayándolo durante días. Cuando alzó la mirada, las tres tenían los ojos clavados en ella y aguardaban en silencio, se sintió como si fuese a dar una conferencia o un mitin político. Abrió la boca, aunque enseguida la volvió a cerrar sin saber muy bien qué decir, porque si decía lo que sentía de verdad despertaría los «ooohhh y aaahhhh» de esa panda de ñoñas; sin embargo, si mentía... ¿A quién pretendía engañar? A ellas no les podía colar una trola, lo notarían a la legua, se conocían demasiado bien. Ahí estaban las tres, esperando a que dijera algo. Rebeca carraspeó un poco, intentando poner en orden sus pensamientos.

—Es fantástico —confesó en un susurro tan leve que apenas fue audible. Era una afirmación como cualquier otra, pero que la exponía demasiado, mucho más de lo que ella estaba acostumbrada.

—Síiiiií... —soltó Paola con alegría, solo le faltó palmeaar las manos de felicidad—. ¡Joder, cuánto me alegro!

—La verdad es que se le ve buen tío —añadió Lucía, y eso, en ella, era un gran elogio para un hombre—. Me gustó.

—Eh, eh, eh y tiene un pelazo... ¡Joder! ¡Vaya melena! —comentó Ana con admiración, pasando las manos por su siempre enmarañada melena rizada imposible de domar—. Sin embargo, lo importante aquí es... ¿folla bien?

Rebeca no pudo evitar mirar horrorizada a Lucía, aunque esta, como venía siendo habitual en ella, no se inmutó y siguió como si tal cosa, lo que indicó a Rebeca que no había contado nada al resto. Rebeca suspiró aliviada.

—Puuueesssss... —empezó Rebeca—. Nos estamos conociendo, pero...

Y por un segundo se quedó perdida en sus pensamientos, puede que no hubiese sido el polvo del siglo; sin embargo, Alex la había hecho sentir cosas que jamás ningún hombre había logrado hacerle sentir.

—Pero... —la animó Ana a continuar, muerta de curiosidad.

—No estuvo mal —declaró Rebeca al fin. ¿Qué más podía decir? No le gustaba demasiado hablar de esos temas, se sentía un tanto avergonzada, aunque era bastante absurdo, teniendo en cuenta la clase de libros que escribía.

—No estuvo mal —analizó Paola—. ¿Eso qué quiere decir? —preguntó, esperanzada de que su amiga diera más detalles.

A la mente de Rebeca acudieron los ojos de Alex, esa manera de mirarla, como si contemplara una obra de arte. Había logrado acariciarla con los ojos antes que con las manos, y esa sensación era casi imposible de poder explicar, por más libros que leyera, por más historias que escribiera. Lo que la mirada de Alex le había transmitido había sido nuevo y mágico, tanto que no podía expresarse con simples palabras. Él era diferente, totalmente opuesto a todos los hombres con los que había intimado, la había hecho sentir especial y única.

—Pues quiere decir exactamente eso... Que lo hicimos, que no estuvo mal, que repetiremos y ya veremos qué pasa... Cuando me canse, puerta —dijo fingiendo un aplomo que en aquel momento no sentía, sin embargo, tenía que mantener su fachada de chica dura.

—Eso no te lo crees ni tú —le soltó Lucía con una seguridad pasmosa.

—Becca, creo que este es el definitivo —añadió Paola con emoción contenida.

—Joder, pero ¿por qué quieres joderme el momento? ¡Déjame en paz! —se quejó ella—. ¡Va! Panda de gorronas, largaos de mi casa, que tengo cosas que hacer.

—¿Llamarlo? —se burló Ana.

—Aaaaaahhhh, ¡dejadme! —refunfuñó igual que una niña pequeña.

Sabía que, en parte, sus amigas tenían razón, a pesar de que no lo reconocería ni bajo tortura. Le había costado mucho construir esa falsa fachada de frialdad y pasotismo como para ahora derribarla con tanta facilidad; sin embargo, no podía esconder que Alex era especial, llegando a poder asustarla cuánto. No obstante, parte de esa máscara que llevaba siempre puesta era la valentía, ella no quería acobardarse frente a nadie y menos frente a un hombre. Eso no ocurriría, no mientras ella estuviera al mando. Solo debía tener el control y nada podría fallar, en algún momento, Alex sería lo que era, un tío, y cuando el chico fallara, se sobrepondría a la desilusión, escribiría un libro fantástico y reconstruiría sus defensas mucho más altas y gruesas, poniéndoselo

más difícil al siguiente que quisiera penetrar.

—Sé lo que estás pensando —le dijo Paola mientras las otras dos chicas ya estaban bajando los escalones hacia la calle.

—Estaba pensando en si pedir una pizza o comida china —mintió Rebeca.

—Lo que tú digas. —Paola depositó un beso en su mejilla—. Puedes, quieres y debes ser feliz —decretó Paola antes de desaparecer escaleras abajo.

—Ya estamos con que si la burra vuela... —gruñó Rebeca, cerrando la puerta tras de sí.

Recogió los vasos que habían quedado sobre la mesita auxiliar frente al sofá, remoloneó un poco por la casa hasta decidir sentarse frente al ordenador, hacía días que era incapaz de juntar más de tres frases seguidas. Echó para atrás en el documento para poder releer lo que había escrito, era una simple escena entre los dos protagonistas...

—¡Pero qué mierda! —exclamó Rebeca, dejándose caer contra el respaldo de la silla—. ¡¿Desde cuándo sois tan ñoños?! —le gritó a la pareja. Cogió el ratón y seleccionó las tres últimas páginas del manuscrito y, sin pensárselo dos veces, lo eliminó—. Hala, os jodéis —les soltó, sintiéndose superior.

Rebeca miró sobre el sofá, donde había quedado el teléfono después de la llamada de Alex, y pensar en él la hizo sonreír reprendiéndose de inmediato por ello. Volvió a mirar la pantalla del portátil, suspiró, repasó el texto, volvió a suspirar pasando ambas manos por su rostro y, finalmente, claudicó. Sus protagonistas tenían razón, era su momento y no tenía derecho a arrebatárselo. Buscó con el cursor el botón de deshacer y al presionarlo todo el texto eliminado volvió a ver la luz. Gruñó al sentirse vencida por sus propios personajes, aunque en el fondo sabía que, quien la estaba ganando, era ese estúpido pintor de brocha gorda. Se levantó furibunda y se tiró en el sofá buscando su número en la agenda.

—¡Estarás contento! —exclamó a voz en grito nada más escuchar a Alex saludándola.

—Hombre, pues sí, me gusta que me llames —replicó él un poco descolocado por el tono en el que Rebeca lo había saludado, si es que aquello se podía considerar como tal.

—Me estás convirtiendo en una ñoña —lo acusó ella muy seria.

—¿Yo? ¿En serio? —El tono de duda de Alex se hizo latente al otro lado de la línea—. Y supongo que eso es malo —se aventuró.

—¡Mucho! ¡Eres lo peor! —siguió ella refunfuñando enfadada.

—Vaaaaaaale... Soy lo peor... Entonces, supongo que no quieres que me acerque un rato, ¿no?

—¡Claro que quiero que vengas! —volvió a gritarle Rebeca con voz furiosa—. Y trae palomitas —ordenó antes de colgarle.

Rebeca tiró el teléfono contra los almohadones del sofá, se levantó de manera brusca y se dirigió hacia el dormitorio pensando en qué ropa ponerse.

Alex dejó el móvil sobre el colchón, lo hizo con extrema delicadeza, como si de hacerlo de otro modo ese pequeño dispositivo fuese a explotar o desintegrarse. Una vez libre de ese aparato pasó las manos por su frente, deslizando un sudor que de bien seguro solo estaba en su imaginación, y siguió deslizando las manos hacia atrás, hasta terminar de enredar sus largos dedos

en la melena.

Rebeca era desconcertante, no era apta para principiantes, era como el nivel avanzado de un juego al que solo unos pocos podían jugar. Tenía reglas propias y, cuando te confiabas, la partida cambiaba y tenías que volver a empezar. Agotadora y caótica pero extremadamente divertida.

No pudo evitar sonreír al tiempo que se despojaba de la ropa sucia, siguió sonriendo mientras tomaba una ducha rápida y, cuando de nuevo estuvo vestido, se dio cuenta de que la sonrisa aún no había desaparecido de sus labios.

—El amor nos vuelve unos completos imbéciles —meditó en un susurro.

Rebeca lo había llamado y eso era algo de lo que estar orgulloso. Al parecer sus amigas sí iban a tener razón, pues parecía que poco a poco iba derribando sus defensas tan bien construidas para no dejar penetrar ningún sentimiento.

La sonrisa afloró a sus labios mientras rebuscaba en la despensa la bolsa de palomitas para microondas que siempre tenía de reserva, esperando que su hermano Víctor no hubiera dado cuenta de ella. Cuando finalmente la encontró, pensó que algo dulce también les vendría bien si querían pasar un buen rato y, por último, abrió la nevera y sacó una pizza, por si la cosa se alargaba.

Cargado con todo eso, se metió las llaves de su casa en el bolsillo para lanzarse escaleras abajo. Daba gracias al destino, al karma o a quien fuese, porque aquella tarde, justo después de esa tormenta, se hubiera cruzado con esa fascinante mujer.

No sabía cómo había sucedido, ni qué extraña razón le había llevado a hablarle cuando se notaba que ella iba dialogando consigo misma; sin embargo, no se arrepentía ni lo más mínimo.

Capítulo 19

Sintió un ardor incontenible que empezaba en el mismo centro de sus entrañas y se extendía por todo su cuerpo, como si algo quisiera quemarla desde dentro. Así se sentía. Él la hacía arder. Había abandonado todo raciocinio, ahora solo era capaz de moverse por impulsos, y ese animal primitivo que llevaba en su interior la instaba a seguir en ese juego tan peligroso en el que no solo su integridad moral pendía de un hilo, también su vida, esa que había puesto hacía tanto tiempo en manos de él, mucho antes incluso de saberlo. Todo dependía de ese hombre, su hombre. Sin embargo, no le importaba lo más mínimo; si tenía que morir, quería que fuera con él entre sus piernas.

Sintió una primera ruda embestida y ese fue el pistoletazo de salida para todo lo que vendría después. Estaba en éxtasis. Movi6 las caderas de manera impúdica para facilitarle la penetración, quería sentirlo dentro, quería sentirse llena... Lo quería todo de él, lo que le gustaba y lo que no, su parte buena, pero, sobre todo, su parte más depravada. Sus movimientos eran lentos aunque fuertes, entrando y saliendo de su interior a un ritmo desacompañado y enloquecedor. En un abrir y cerrar de ojos él la volteó para que ambos quedaran de frente, momento que aprovechó para adueñarse de sus pechos, pellizcándole los pezones con fuerza, haciéndola gemir, mezcla de placer y dolor, hasta que una lágrima surcó su mejilla dejando un pequeño rastro oscuro de la máscara de pestañas.

—Necesito más —consiguió implorar ella con la voz entrecortada por el placer que sentía.

Esas dos simples palabras volvieron a encender la libido de él, que sin pensarlo dos veces la agarró por la cintura y, mientras ella arqueaba la espalda al tiempo que subía una pierna sobre su hombro, él la agarraba con fuerza por los muslos para mantenerla con las piernas bien separadas, totalmente expuesta para él. De un fuerte tirón la acomodó sobre su pelvis empotrándola sin mucha delicadeza contra la pared, para seguir follándosela como si no hubiera un mañana. Iba a morir. A morir de puro éxtasis.

—Voy a partirte por la mitad, hasta que me supliques que me detenga —rezongó él en su oído.

—Claro que suplicaré... Suplicaré que no te pares nunca.

—¡Joder! —exclamó Alex, leyendo por encima de su hombro—. ¿En serio? Eso es imposible, que es ¿contorsionista del Circo del Sol? —comentó conteniendo una carcajada.

Rebeca lo apartó de un empujón y bajó la tapa del portátil algo molesta. No le gustaba que nadie leyera lo que escribía sin antes haberlo repasado unas... mil veces.

—¿Tú no estabas viendo la tele? —le preguntó ella enfurruñada.

—Te he visto tan enfrascada que me ha entrado curiosidad... —Alex la miró de manera pícaro—. ¿No te pones cachonda escribiendo esto?

Rebeca soltó una carcajada divertida y se giró para poder observarlo a los ojos, le gustó el brillo que vislumbró en ellos.

—A veces... —confesó entonces, convirtiendo su voz en un susurro, como si se avergonzara de ello.

—Déjame volver a leerlo —le pidió Alex, alargando la mano para alcanzar el ordenador.

—Aaaahhh, no... de eso nada —respondió ella, golpeándolo en el brazo.

—Vengaaaaaaaaa vaaaa... —suplicó él, cambiando de estrategia empezando a masajearla en los hombros, algo que sabía que la volvía loca—. Solo un vistacillo rápido.

Llevaban las últimas semanas como viviendo en un sueño, uno de esos bonitos, con nubes de colores al estilo Disney. Rebeca pensó que era feliz, no podía negarlo, de hecho, ya no quería hacerlo. Soltó un resoplido rindiéndose al fin a la petición del chico y levantó la tapa del portátil haciéndose a un lado. Alex carraspeó e hizo crujir los nudillos, como si se dispusiera a emprender una ardua tarea. Se sentó a su lado y empezó a leer la última escena, esa en la que los protagonistas entraban al tema de manera magistral. Alex alucinó. No lo podía creer, a cada palabra que leía más se excitaba, de pronto, sintió que algo se movía dentro de sus pantalones, se asustó hasta que se dio cuenta de que se estaba empalmando. Ellos no tenían esa clase de sexo, ¿eso era lo que le gustaba a Rebeca? La miró de reojo, se la veía nerviosa, seguramente ansiosa porque él hablara. Volvió a releer el final de la escena y soltó todo el aire retenido en sus pulmones.

—Joder, Becca...

—¿Qué? ¿No está bien? Muy floja, lo sabía... —se lamentó, desviando de nuevo la mirada a esa pantalla donde desde hacía unos días los personajes la llevaban por la calle de la amargura con sus estupideces—. A lo mejor si quito lo de...

—No, no... Es... es... Es alucinante. En serio, cuando ella pone la pierna y él... ¿De verdad eso se puede hacer? —preguntó, aunque en el fondo no sabía si quería conocer la respuesta, lo asustaba un poco que ella dijera que estaba basado en una experiencia personal.

Rebeca soltó una risotada, bajó la tapa del portátil y lo abrazó por el cuello buscando sus labios para besarlos.

—Solo es literatura... —murmuró, e instintivamente Alex se relajó un poco.

—Ya, vale, solo es imaginación, sin embargo... ¿Tú sabes las expectativas que creas en las mujeres? Por no hablar de la frustración que nos creáis a nosotros... Es que... ¿Cómo podemos compararnos con semejantes sementales? Esos polvos son imposibles —sentenció convencido.

—O no —lo retó Rebeca con la mirada.

—Acabáramos —soltó Alex cogiéndola de la cintura y levantándose con ella asida a su cuello.

—¡Quita, loco! Nos abriremos la cabeza —protestó Rebeca, aferrándose con mucha más fuerza a él.

—Vamos a poner a prueba tu elasticidad, a ver, cómo era... Tú la pierna aquí y yo... No, no... espera... —Alex la agarró con más fuerza al ver que se le escurría—. Ahora no te echas atrás, llámémoslo... proceso de documentación.

—¡Estás loco!

—Loco me vuelves tú —le espetó, apretándola más y buscando la posición exacta.

—Auchs —gruñó ella—. Espera, así no que me haces daño.

—Ya, ya... solo que...

—Eh, ah, no... ¡por ahí no!

—A lo mejor si tú te coges de aquí y yo te la meto por... Aaaaahhhh. —Antes de poder terminar la frase ambos se precipitaron al suelo entre risas.

—Para que digan que hacer deporte es sano —soltó Rebeca entre carcajadas, le dolía el culo

de la caída.

—Está claro que las escritoras tenéis mucha fantasía... Y que las novelas, novelas son. ¿Te vale con un polvo normal y corriente? —bufó Alex, dejándose caer sobre su pecho.

—Me parece una idea brillante —le susurró ella, enredando los dedos entre su largo pelo.

Poco a poco las prendas de ropa fueron cayendo.

Alex la miró como cada vez que se presentaba desnuda frente a él, en esas pocas semanas se había aprendido de memoria cada marca de su cuerpo, cada peca, cada arruga, cada estría... Y algo le decía en su interior que jamás se cansaría de contemplar a esa mujer, ni de pelear con su carácter rebelde y, a veces, casi salvaje... Estaba loca y profundamente enamorado de ella, a pesar de que aún no se había atrevido a confesárselo en voz alta, pues en el fondo temía que ella se asustara si él le declaraba todo lo que le hacía sentir. Rebeca se cerraba al amor. Alex no tenía muy claro el motivo, si es que había uno, pero en ese tiempo había aprendido a conocerla un poco y sabía que era mejor dejarle tiempo, simplemente, dejar que todo pasara.

—Me gusta cómo me miras —murmuró ella a escasos milímetros de sus labios, jugando al peligroso juego de mordisqueárselos.

—¿Cómo te miro? —quiso saber él, acomodándose en el hueco que le ofrecían sus piernas entreabiertas y que lo invitaban a hundirse dentro de la humedad de su cuerpo.

—Como si yo te gustara mucho —sentenció Rebeca seria.

—Me gustas mucho —se apresuró a confirmarle Alex, no quería que jamás pudiera albergar ninguna duda sobre eso—. Me gustas tanto que me asusta.

Ella sonrió y con un hábil gesto le abrió las puertas para que entrara en su interior, acompañando esa penetración con un ronco gemido de puro placer.

Hicieron el amor despacio y sin prisa en el suelo de ese comedor. Comiéndose a besos, devorándose con las miradas, queriéndose a cada gesto y caricia que se daban. Lo hicieron sin necesidad de hablarse o llenar el silencio, solo dejaron que sus cuerpos conversaran por ellos y se contaran en voz baja lo mucho que se querían. Terminaron esa tarde de domingo acurrucados en el sofá dejando las horas pasar mientras sus mentes divagaban en un posible futuro juntos, jugando a imaginar un sinfín de posibilidades que se abrían en ese momento frente a ellos.

Alex quiso decirle que la quería, sin embargo, no se atrevió, las palabras se aferraron a su garganta negándose a salir. A pesar de que era lo que sentía. Estaba loco por esa mujer, había ocurrido como siempre ocurrían las mejores cosas, por casualidad, sin pretenderlo ni buscarlo, simplemente, había pasado sin más y él se sentía feliz.

—Es algo tarde —balbuceó él, muriéndose de ganas de que el tiempo a su lado no terminara.

—Lo es —confirmó Rebeca, mirando el reloj—. La verdad es que es realmente tarde —siguió ella, rodeando el sofá para terminar frente a él, sentándose en sus rodillas—, puede que demasiado como para que te marches... —convino, finalmente, en un susurro tan tenue que apenas fue audible.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Alex, clavando la mirada en esos ojos de gata.

—¿Quieres quedarte? —indagó ella, evitando así darle una respuesta.

—Por supuesto —afirmó él de manera rotunda—. Quiero quedarme hoy, mañana, pasado y todo el tiempo que me dejes estar a tu lado —sentenció y selló sus palabras besándola con toda la pasión que fue capaz de reunir.

Capítulo 20

Era viernes por la tarde, estaban terminando de pintar en un nuevo restaurante que abriría en pocas semanas por la zona. Alex se sentía satisfecho con el resultado; cuando la elección de colores estaba bien hecha, disfrutaba con lo que hacía, a decir verdad se le había pasado la tarde a una velocidad increíble. Víctor a su lado estaba terminando de limpiar mientras tarareaba una canción que había sonado en la radio hacía un rato y que, para desgracia de su hermano pequeño, se le había quedado grabada en el cerebro.

—Hay una chica fuera que parece buscar algo —dijo Víctor, moviendo los cubos en dirección a la puerta para cuando tuvieran que cargarlos en la furgoneta.

Alex giró en dirección al ventanal cuando la vio, ahí plantada en la acera, mirando hacia el interior. Estaba muy guapa, en realidad, le parecía la mujer más perfecta del mundo, aunque con esos vaqueros y esa camisa estaba arrebatadora. No pudo evitar sonreír y ese gesto lo delató.

—¿Es ella! —exclamó Víctor y, sin dar tiempo a que su hermano reaccionara, abrió la puerta de par en par para hacerla entrar—. ¡Tú eres Carla! Yo soy Víctor —exclamó alargando la mano.

—Rebeca —corrigió ella sin poder esconder su confusión.

—Ah, sí, eso... Rebeca, la cantante.

—Escritora.

—¿Rebeca la escritora? —Víctor puso cara de intentarla recordar, hasta lo acompañó con el gesto de rascarse la cabeza—. Mireia la ortodoncista, Beatriz la profesora de guardería... Ahhh... Ufff, pues no caigo ahora quien es Rebeca la escritora.

—Lo siento —se disculpó Alex, apareciendo para darle un fuerte empujón a su hermano—. Se cree que es gracioso.

—¿Y nadie le ha dicho que no lo es? —preguntó Rebeca.

—¡Oh, qué cruel! —bromeó Víctor entonces.

—Perdónala, cree que el cinismo es parte de su encanto —dijo Alex entonces, mirando a su hermano.

—¿Y nadie le ha dicho que no lo es? —se la devolvió Víctor.

—Touché —concedió Rebeca, soltando una risotada—. Encantada de conocerte por fin, Víctor.

—Pues sí, la verdad es que Alex ha tardado mucho en hacer las presentaciones, es todo un placer, Becca —añadió el mayor, ahora sí encajando la mano en la de ella.

—Pensaba que nos veríamos más tarde —comentó Alex, cogiéndola de la mano y tirando de ella para darle un beso.

—He terminado antes y esto me cogía de paso.

—Me alegra que estés aquí.

—A mí también —canturreó Víctor desde el fondo del enorme comedor.

—Oye —dijo Alex, dando un par de pasos en su dirección—. ¿Te parece bien si te cargo el marrón de terminar?

—Me parece una falta de respeto hacia tu hermano brutal.

—Bueno, si solo es eso —bromeó el pequeño cogiendo la cazadora.

—Anda, vete, yo limpio, pero me debes una —aseguró Víctor.

Parecía que todo iba viento en popa, era... agradable. Esa era la palabra. Estar con Rebeca era reconfortante y estimulante, era como sentirse por fin en casa. No podía explicarlo con palabras, nunca había sido muy bueno con ellas, sin embargo, la sensación de tener a Rebeca a su lado, cogida de su mano era esa, era saber que estaba donde realmente quería estar.

Caminaron calle abajo mientras Rebeca parloteaba sin cesar sobre su reunión con una nueva editorial interesada en uno de sus últimos manuscritos. Cuando hablaba de libros, fuesen suyos o no, de historias, personajes, tramas... a Rebeca se le iluminaban los ojos y su voz se cortaba por la agitación que eso la hacía sentir. Era mágico. Alex pensó que algún día, no muy lejano, pudiera ser que ella hablara con la misma emoción de él.

—Lo siento, estoy hablando mucho —se disculpó Rebeca con una mueca.

—Para nada, me encanta escucharte.

—Ya, seguro...

—Oye, ¿un cine? —propuso Alex, cogiéndola de la mano.

—¿Una ducha? —recomendó ella, alzando la mano libre en dirección a la nariz para hacer el gesto de pinzarla con ambos dedos.

Alex soltó una carcajada y sin mucho disimulo se olfateó. Ella tenía razón. Apestaba a una mala mezcla de pintura, sudor y cerveza.

—Pasamos un momento por mi casa mejor...

—Mejor —aseguró divertida—. Tu hermano... parece majo.

—Es un buen tío —aseguró él.

—Se os ve unidos, os lleváis muy bien —comentó ella.

—Lo estamos, son muchas horas juntos, si no fuese así... terminaríamos locos.

«Muchas horas juntos, si no se llevaran bien...». Rebeca siguió a Alex por las escaleras que daban al segundo piso de ese viejo edificio donde vivía. Esas últimas semanas ellos también estaban pasando mucho tiempo juntos: todas las tardes, los fines de semana, incluso algún día Alex había dormido en su apartamento... Rebeca sintió una punzada en medio del estómago que la hizo tambalearse un poco.

—Vale, salgo en quince minutos —le anunció Alex, que ya tenía lista la ropa limpia—. En la nevera hay refrescos o cerveza si quieres.

—Vale, ¿puedo cotillear un poco? ¿O tienes muchos secretos? —indagó Rebeca con una sonrisa.

—Creo haberlo escondido todo —dijo él pensativo—. Puede que los resultados de paternidad del hijo de mi exnovia..., pero aparte de eso...

—¡Ja! Qué gracioso... Aunque sería muy típico de una novela romántica —apuntó Rebeca, aunque no muy convencida.

—Era broma, eh —le confirmó él, soltando una carcajada.

—Ya lo sé, idiota —se defendió ella.

—Ah, eso es para ti —apuntó Alex, señalando un sobre encima de la mesa.

—¿Para mí? —inquirió, pero Alex ya se había encerrado en el baño.

Rebeca se acercó a la cocina y salió de allí con una lata de coca-cola, miró el sobre y lo cogió con curiosidad, lo movió un poco, dentro había algo pequeño... Lo abrió para descubrir un llavero en forma de corazón junto con dos llaves. Rebeca lo miró entre horrorizada, asombrada y

asustada. Supuso, acertadamente, que eran las llaves del piso de Alex, ¿cómo habían llegado a eso? Solo hacía un par de meses que se conocían... Negó con la cabeza sintiendo como la confusión se mezclaba con todos esos otros sentimientos. El peor de todos el que la hacía sentir feliz. Feliz, ¿por qué? Se cuestionó. Ella nunca había querido eso, de hecho, llevaba huyendo de las relaciones y el amor toda su vida... y, de pronto, llegaba ese ñoño melencólico para hacerla dudar de todo. Quería odiarlo, sin embargo, no podía. Quería que hiciera algo mal, pero, hasta el momento, era perfecto. El hombre que toda mujer desearía a su lado, amable, atento, simpático... siempre con esa jodida sonrisa en su rostro y una palabra amable o un gesto cariñoso.

Resopló hastiada.

—¿Tanto he tardado? —preguntó el chico, saliendo del baño con unos vaqueros y secando su larga melena con la toalla.

—No demasiado. —Rebeca alzó las llaves—. ¿Qué se supone que es esto?

—Las llaves de mi corazón —soltó Alex sin pestañear y se quedó callado aguardando la expresión de Rebeca; su cara de asco no se hizo esperar mucho—. Me encanta. —Sonrió divertido, le gustaba decir cosas de esas y ver ese gesto adusto en ella—. Son las llaves del piso, solo para emergencias..., nada más.

—¿Qué se considera emergencia? —quiso saber entonces Rebeca, dejando la lata de refresco sobre la mesa.

—Pues... que te mueras de ganas de meterte en mi cama desnuda... No hace falta que esperes a que salga de trabajar, puedes venir y empezar hasta que me una a la fiesta —soltó Alex guiñándole un ojo.

—Espero que sea una broma.

—Puede —dijo él, dejando la toalla mojada sobre el respaldo de una silla—. Por cierto, el fin de semana que viene podríamos ir a pescar.

—¿Pescar?

—Ya sabes, eso de tirar la caña y esperar a que piquen.

—Eso es lo que hacéis los tíos todos los fines de semana en la discoteca...

—Yo te he pescado —aseguró convencido.

—O lo he hecho yo, quién sabe... —repuso ella haciéndolo dudar.

—Voy a por una camiseta y podemos irnos.

—¿Qué quieres ver? —preguntó Rebeca guardando las llaves, aunque no muy convencida, dentro del bolso.

—Me da igual, seguro que me duermo —respondió Alex, saliendo del cuarto ya con su camiseta de Metallica.

—¿Quieres que nos quedemos? —preguntó Rebeca—. Lo del cine me da igual, si estás cansado...

—Becca Jones, ¿tienes ganas de meterte desnuda dentro de mi cama? —indagó zalamero, eliminando la distancia entre los dos y cogiéndola de la cintura.

—Me parece mejor plan que ir al cine, la verdad —siguió ella, introduciendo las manos bajo su camiseta para empezar a recorrer su abdomen—, además, ahora hueles delicioso.

—¿Tanto como para querer comerme? —murmuró Alex en el hueco de su cuello, empezando a besarlo—. Me tienes loco...

—Loco venías ya de fábrica, no quieras culparme a mí.

Alex soltó una carcajada y cogiéndola de la mano tiró de ella en dirección a la habitación.

—Las sábanas están sucias y la cama sin hacer... —comentó Rebeca.

—Pues follemos en el suelo —propuso Alex con una sonrisa de oreja a oreja, pero sin soltarla ni dejar de darle besos.

—Me encanta que tengas respuestas para todo.

Capítulo 21

Era día de comida china, nada entraba mejor que unos rollitos de primavera a esas horas, después de estar trabajando toda la mañana. Alex cogió el último trozo de cerdo agridulce y lo disfrutó como un niño, le encantaba.

Llevaban bastante rato hablando de todo y de nada, en especial de nada. Los siguientes trabajos, las nuevas pinturas que tenían que comprar, el catálogo de nuevos colores para el otoño... Y de Rebeca. Porque Víctor parecía empeñado en hablar de ella. Quería saber más sobre la chica que parecía tener a su hermano cogido por los huevos...

—Joder, es que nunca te había visto así —siguió Víctor, dejando la servilleta al lado del plato.

—Así, ¿cómo? —rebufó Alex un poco cansado de todos esos consejos paternalistas que su hermano parecía dispuesto a regalarle sin haberlos pedido; la evidencia demostraba que su hermano mayor no era el más indicado para ofrecerlos.

—No sé... tan pillado por una tía.

Alex se levantó de la mesa cogiendo los platos para dejarlos en el fregadero. Estaban terminando de pintar el restaurante cerca de su piso, así que comían cada día en casa de Alex y les daba tiempo hasta de descansar un poco antes de volver a empezar. Víctor siguió a su hermano hasta la cocina, abriendo el frigorífico para sacar dos yogures naturales, los últimos que quedaban; Alex tendría que hacer la compra.

—Es especial —dijo al fin el pequeño, rompiendo el silencio.

—¿Por qué? —quiso saber el mayor entonces.

Esa era una muy buena pregunta, sin embargo, tenía difícil respuesta. Obviamente, no podía dar un motivo concreto, ni dos ni tres... simplemente, era algo que sentía y no podía explicar. Así que respondió encogiéndose de hombros.

—Me gusta verte así —reconoció Víctor sonriendo—. Jamás pensé que una mujer lograría doblegarte.

—Rebeca no me ha doblegado —respondió con rapidez Alex, tampoco tenía muy claro a qué se refería su hermano con eso de «doblegarse», pero por si acaso; la experiencia con Víctor lo empujaba a negarlo siempre todo.

—Se te ve enamorado. —Víctor habló a media voz, como si le confesara un secreto, igual que si le estuviese revelando a Alex algo que él desconocía.

—¿Y eso es malo? —preguntó Alex, sentándose de nuevo en la mesa.

—Es inédito.

—Joder, lo dices como si yo fuese un mujeriego que se ha dedicado a joderles la vida a todas las chicas con las que ha salido —se quejó Alex.

—No, siempre has sido un buenazo con todas ellas, incluso con las que no lo merecían, aunque, hasta ahora, ninguna había hecho aflorar nada en ti, simplemente, era igual que si quisieras pasar el rato sin tener que llegar a nada más. Como si salieras con ellas porque era lo que tocaba hacer.

—Te estás poniendo muy trascendental y eso me da mal rollo, ¿a dónde quieres llegar con

todo esto?

—Nada, es divertido —soltó Víctor.

—Pues nada, oye, me alegra saber que te diviertes con esto —replicó irónico Alex.

—Sabes que esa chica te partirá el corazón, ¿verdad?

Lo soltó sin más, como si tal cosa... Un vaticinio, una sentencia irrevocable que dejó flotando en el aire, como la nube de polvo tras una gran explosión.

—No seas gilipollas —se quejó Alex, a lo que Víctor, simplemente, sonrió y siguió comiendo su yogur.

—Solo recalco lo evidente, nunca antes habías estado enamorado, el amor es dolor.

—Anda, qué poético, y eso, ¿por qué? —quiso saber el pequeño.

—Pues no lo sé, es como preguntar por qué el agua moja o las chucherías están buenas, es una certeza universal sin explicación alguna —sentenció Víctor muy seguro de sus palabras.

—Me paso las certezas universales por el forro de los cojones —soltó Alex con determinación.

Después de eso ninguno volvió a decir nada más. Llegaron al trabajo y pasaron las siguientes horas en un escrupuloso silencio. Alex decidido a llevarle la contraria a su hermano y a todo el que afirmara tal gilipollez sobre el amor. Víctor, sin embargo, preocupado por cómo terminaría todo al final. Lo había vivido de primera mano con Laura y no quería que Alex tuviera que lidiar con eso. Se despidieron una vez terminado el trabajo y en el mismo silencio, cada uno enfrascado en sus pensamientos. Alex se dirigió hacia su apartamento. Había estado tan atareado que ni tiempo de llamar a Rebeca había tenido y maldecía a Víctor y sus estúpidos comentarios, pues ahora tenía miedo de hacerlo. ¿Y si su hermano tenía razón? ¿Y si toda relación estaba destinada al fracaso? Rebeca era una mujer complicada, cuando él adelantaba un paso, ella retrocedía dos, era una carrera de fondo de la que estaba seguro no se cansaría jamás, pero ¿y ella?

Cuando entró en el apartamento, lo primero que hizo fue tirar la cazadora sobre una silla y sacarse los zapatos de modo nada delicado. Estaba cansado, para ser fieles a la realidad, se sentía agotado, y parte de ese cansancio era el puñetero comentario de su hermano, que, aunque no quisiera reconocerlo, lo había preocupado. ¿Podía Rebeca...?

—Por fin estás aquí.

La dulce voz de Rebeca llegó desde su espalda, Alex se giró sobresaltado, pues no la había visto al entrar y tampoco la esperaba.

—Esto... —balbuceó Alex.

—Vale, técnicamente, no es una emergencia y no estoy desnuda ni en tu cama, pero...

—Eso tiene fácil solución... —se apresuró a decir él.

Alex saltó por encima del respaldo del sofá y se precipitó junto a ella, cogiéndola de la cintura para alzarla del suelo y besarla con fuerza.

—He preparado la cena, no te emociones, solo son hamburguesas... —murmuró Rebeca intentando recuperar el aliento, pues Alex parecía no estar dispuesto a darle tregua.

—Me encanta que estés aquí —exclamó él agitado.

—De verdad, Alex, eres más niño... —se quejó ella como reproche, aunque con dulzura en la voz.

—Me importa una mierda ser un niño..., solo quiero estar aquí contigo ahora y siempre.

—Anda, quita —soltó ella, empujándolo con fuerza para sacárselo de encima—. No hagas

que me arrepienta de haber venido —advirtió muy seria señalándolo con un dedo, dedo que Alex atrapó al vuelo para mordisquearlo.

—Voy a ducharme..., ¿quieres frotarme la espalda? —preguntó guiñándole un ojo.

—Ves..., esto ya me gusta más —bromeó Rebeca, tirando de su camiseta para desprenderse de ella.

«A la mierda con todo», pensó Alex mientras la tenía desnuda entre los brazos y la devoraba a besos. Víctor era un gilipollas e iba a demostrárselo, empezando por una noche de sexo salvaje con esa mujer entre los brazos.

Despertar a su lado era una maravilla, sentir su cuerpo pegado al suyo, escuchar su respiración, verla despeinada, sudada, con el pijama arrugado y los ojos llenos de legañas al abrirlos. Alex sonrió mientras atesoraba esa preciosa vista, no parecía una princesa de cuento, ni una protagonista de historia romántica, que despertaban ya maquilladas y perfectas; más parecía la bruja de algún cuento infantil y, aun así, le encantaba.

Esa mañana en concreto, Alex estaba muy emocionado con la idea de ir a pescar, sin embargo, Rebeca refunfuñó todo el camino hasta que se detuvieron para comprarse el segundo café.

—¡Ya hemos llegado! —anunció Alex, deteniendo la furgoneta cerca de un río—. Ya verás, es un sitio precioso y...

—O sea, que cuando decías que íbamos a pescar te referías a... pescar.

—Ahhhh, claro... —dijo él con expresión aturdida sin terminar de entender.

—Vaaaaale —respondió Rebeca, bajando del vehículo y mirando la naturaleza como si viera a un monstruo de tres cabezas.

Unas horas más tarde, Alex seguía lanzando la caña, bebiendo un refresco, fumando un cigarrillo y divirtiéndose como un niño. Rebeca, sin embargo, hacía tiempo que todo le parecía absurdo.

—Oye, pensaba que eso de pescar era lo de sacar peces del agua.

—No tengas tanta prisa, mujer..., la pesca es un deporte que requiere paciencia.

—¿Esto es un deporte? —puso en duda ella.

—Eh, soy muy bueno con esto, te lo aseguro... Tengo fotos que lo demuestran.

—Y yo tengo una taza que dice que soy un unicornio...

—Serás borde —se quejó Alex, dejando la caña y sentándose a su lado—. No te gusta la naturaleza.

—Veo que el tono no era de interrogación.

—Me ha quedado bastante claro en las primeras quejas —dijo divertido Alex.

—Pero el sitio es precioso, lo reconozco, ¿crees que en este río se podría hundir un cadáver?

—¿Vas a escribir un thriller?

—Hago planes por si alguna vez se te ocurre volver a decir lo de ir a pescar.

—Aaaahhhh... ¿No más pesca? —indagó precavido.

—Si no quieres terminar en el fondo del río, no más pesca —advirtió ella.

Capítulo 22

Alex sacó la llave del bolsillo con cierta emoción, aún le producía una especie de quemazón pensar que Rebeca, por fin, había cedido y le había dado una copia, «para emergencias» habían acordado. Alex sonrió como un estúpido al recordar ese momento y, sobre todo, la cara de contrariedad de ella. Con Rebeca todo era difícil y complicado, tendía a buscar el camino más enrevesado para terminar en el mismo punto al que habría llegado si hubiera ido en línea recta. Esa relación era una lucha constante, pero, como su madre decía, «todo lo bueno en esta vida se tiene que pelear». Era cansado, sin embargo, merecía la pena, al menos, así lo sentía él y eso hacía que supiera que no iba a dejarlo nunca; era un reto, su reto.

Entró en el apartamento aún con cierto nerviosismo, desde el salón llegaban gritos y un sonido que no supo identificar hasta ver a Rebeca de pie sobre el sofá, como una niña, dando pequeños saltos. Alex no pudo evitar fijarse en esa enorme sonrisa que decoraba su rostro y un brillo indescifrable en los ojos, se la veía feliz y eso la hacía estar preciosa. Le encantaba verla así, cuando irradiaba felicidad, era una Rebeca algo desconocida, pero a la que adoraba profundamente, tanto o más que a la Rebeca borde y malhumorada.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó desde el quicio de la puerta, observándola saltar de un lado al otro del sofá con el teléfono pegado a la oreja.

—Ha llegado Alex, te llamo después —dijo a su interlocutor y, sin pensarlo dos veces, de un nuevo salto se encaramó al chico, que la recibió con los brazos abiertos y la apretó instintivamente contra él con fuerza—. ¡Me han concedido la beca! —exclamó eufórica Rebeca.

—¿Una beca? —preguntó Alex emocionado—. ¡Qué bien! —exclamó abrazándola con más fuerza aún y buscando sus labios para besarla—. ¡Eso es genial, Becca!

Alex no tenía ni idea de qué beca era, ni quién se la había concedido ni para qué era, pero eso no importaba, él se sentía orgulloso de Rebeca, de todo lo que poco a poco iba consiguiendo; era admirable. Cuando cogió una de sus novelas por primera vez para leerla, ni siquiera imaginaba todo el trabajo y esfuerzo que había tras cada palabra, ahora que conocía el arduo trabajo escondido en cada historia, las valoraba muchísimo más. Y Rebeca era formidable. Alex siguió con ella entre los brazos hasta que se dio cuenta de que la había acaparado demasiado y no la había ni dejado explicarse, estaba tan contento... La dejó nuevamente en el suelo, aunque sin poder borrar la sonrisa de su rostro y la mirada de devoción de sus ojos.

—¡Un año en Londres! ¿Te lo puedes creer? —exclamó ella, aguardando su reacción.

—Espera, espera... ¿En Londres? ¡Qué pasada! —dijo aún con más admiración si cabía—. Eres increíble, Becca, eso es genial, ¡un año en Londres! Te quiero, te quiero muchísimo —soltó sin pensar.

—¿Qué has dicho? —lo cortó Rebeca de golpe.

Alex se retiró instintivamente un paso de ella y la observó con los ojos entrecerrados, sin embargo, desechó todos sus miedos, ya lo había dicho, no había marcha atrás, aunque tampoco quería. Era lo que sentía, no veía por qué debía contenerse y menos en un momento tan especial como era ese.

—He dicho que te quiero —repitió él, decorando su rostro con una enorme sonrisa de esas

que enseñaban todos los dientes.

—Estás de broma, ¿no? —El tono de Rebeca se tornó algo frío.

La sombra de la duda cruzó la mirada de Alex, frunció el ceño sin entender muy bien la reacción de su chica. Tampoco es que esperara fuegos artificiales, pero esa respuesta lo había dejado descolocado, aun así, volvió a sonreírle, sabía que Rebeca tenía mucho miedo a todo lo relacionado con el corazón, puede que su declaración la hubiera cogido por sorpresa; sin embargo, estaba dispuesto a no perder la esperanza ni la sonrisa.

—Claro que no estoy de broma —le aclaró, viendo su contrariedad—, ¿por qué iba a estarlo? Te quiero muchísimo, Rebeca, eres la mujer de mi vida —apuntilló no sin cierto temor.

—¡No me lo puedo creer! —gritó entonces furiosa ella.

—¿El qué? —preguntó él ya sin poder esconder su desconcierto.

—¡Esto! No me puedo creer que me hagas esto.

—Becca, el que no se lo cree soy yo... ¿Se puede saber qué pasa? —indagó Alex, que a esas alturas de la conversación ya no entendía absolutamente nada.

—¿En serio? ¿Ahora? ¿Precisamente ahora tienes que decirme que me quieres? —profirió Rebeca en un tono de voz demasiado alto.

—Me ha parecido un buen momento, ¿no lo era?

—¡No! —chilló ella aún más fuerte—. ¡Claro que no! No era el momento, joder, lo que pasa es que no quieres que me vaya —sentenció llena de ira.

—¡Yo no he dicho eso! —refutó él, añadiéndose al elevado tono que estaba tomando la conversación.

—Es lo que pretendes al decirme que me quieres, chantaje emocional, quieres que decida no irme para quedarme contigo y desaproveche esta oportunidad única. ¡Eres un puto egoísta, Alex!

—Estoy flipando, Becca... Creía que estaba claro que te quería, decirlo o no... no me parece tan importante. No... no entiendo nada —se lamentó él, bajando el tono de voz al darse cuenta de que le estaba chillando.

—No era el momento —repitió ella, que no moderó sus gritos.

—Pues a lo mejor deberías escribir un libro sobre cuándo es un buen momento para decirle a tu novia que la quieres, está claro que nos iría de puta madre a los zoquetes como yo.

—¿Tu novia? —exclamó ella, alzando las manos al aire y poniendo los ojos en blanco.

—Joder, si no somos pareja y no nos queremos, ¿qué mierda estamos haciendo aquí? ¿Qué es lo que hay entre nosotros? —preguntó moviendo las manos del uno al otro alternativamente—. ¿Qué pensabas que eras para mí?

—No lo sé, ¿un polvo fácil?

Alex no pudo evitar el dolor que le ocasionaron las palabras de la que, hasta ese mismo instante, creía la mujer de su vida. Tuvo que retirarse de ella, poner distancia entre los dos y tomar una honda bocanada de aire para tranquilizarse. Volvió a mirarla y lamentó profundamente no haber sido capaz de derribar ese muro que ella siempre había erigido a su alrededor; por un instante llegó a pensar que lo había logrado, pero estaba claro que solo se engañaba a sí mismo. Movié la cabeza a modo de negación y descendió la mirada un instante cuando sintió que los ojos empezaban a humedecersele.

—Eso ha estado fuera de lugar —le dijo Alex, apretando los puños.

—Fuera de lugar está que digas que me quieres —respondió ella tan crispada o más que él,

la delataba el ligero temblor en todo su cuerpo.

—Becca..., estamos a punto de cagarla, por favor..., piénsalo bien.

El silencio se instauró entre los dos, haciéndose denso y asfixiándolos a ambos.

—No deberías haberlo dicho —afirmó ella finalmente, consciente de que estaba poniendo el punto final a lo que fuera que habían construido durante esos meses.

—¿Quieres que lo retire? Porque no puedo. Aunque te joda, te quiero.

—Me jode.

—Está bien —empezó a decir Alex con una sonrisa amarga—, te lo voy a poner fácil, Becca, voy a decir aquello que esperas que diga y así todo será más sencillo para ti.

—¿Y qué se supone que quiero que digas? —lo retó ella, clavándole la mirada.

—Quieres que te diga que no quiero que te marches, que eres mía y que estás locas si crees que voy a dejarte ir un año entero lejos de mi lado —soltó Alex sin poder evitar que se le rompiera la voz. Rebeca no fue capaz de decir nada, no lo admitió, tampoco lo negó—. Quieres que sea como esos tipos de las novelas y así poder justificar el por qué ya no estamos juntos. Pero te quiero, Becca, y sé que tú me quieres también; no obstante, está claro que esto no funciona si no puedo ni decírtelo, sin que pienses que estoy tratando de engañarte.

»No soy uno de tus personajes, yo no tengo doble sentido, cuando digo que te quiero, es, simplemente, porque lo siento así aquí, dentro de mi corazón —dijo el chico, dirigiéndose a la puerta del apartamento con los hombros caídos—. No pasa nada, al menos, lo hemos intentado, ¿no? —murmuró antes de salir—. Estoy seguro de que sabes que mi alegría ante tal noticia era genuina, que sé que es una grandísima oportunidad para tu futuro y que jamás me interpondría entre tú y tus sueños... Saber que tú ya sabes todo esto, en el fondo, es lo que más me duele —murmuró Alex precipitándose escaleras abajo.

—¡Alex! —chilló Rebeca saliendo al rellano—. Lo siento, pero tenía que pasar.

—Lo sé —respondió él con voz queda, antes de desaparecer.

Era curioso. Cuando se había levantado esa mañana para ir a trabajar, jamás hubiera imaginado que el día terminaría de ese modo. Alex apretó los puños y echó a andar a mayor velocidad calle abajo, las manos le temblaron cuando se encendió un cigarrillo. Necesitaba ir a ver a su hermano. ¡Cuánto le jodía tener que darle la razón a Víctor al final!

Capítulo 23

Habían pasado ya horas, quizá ¿días? Sin duda el tiempo podía convertirse en algo totalmente relativo en función del dolor que sintiera. No podía comer. No podía dormir. No podía apenas ni respirar. No podía pensar en nada que no fuese ella.

En verdad, ya había pasado una semana, una larga, horrible y casi desesperada semana desde que lo suyo con Rebeca había terminado, de un modo absurdo, pero, a veces, las cosas sucedían así, de la manera más estúpida podía llegarse a un momento doloroso de verdad. Por más vueltas que le daba, no podía parar de pensar que todo había sido tan ridículo que casi parecía el cliché de una mala novela. Una de esas de las que tanto se quejaba su Rebeca.

Alex suspiró cuando divisó el cartel de bienvenida del aeropuerto, un Wellcome to hell, aunque de la vida real.

Había sido una locura, un impulso repentino, sin embargo, ahí estaba, haciendo lo que su hermano le había dicho y repetido infinidad de veces que no se le ocurriera hacer: ir al aeropuerto. Alex estaba escondiendo sus enormes ojeras tras unas oscuras gafas de sol mientras caminaba por los atestados pasillos de esa enorme terminal, rodeado de gente feliz que le hacían sentirse aún peor. Vacaciones, reencuentros, viajes familiares... Nunca había cogido un avión, a decir verdad, era la primera vez que estaba en ese lugar. Y para su desgracia no era agradable el recuerdo que iba a guardar de ese momento.

Se acercó dubitativo a una de las luminosas pantallas azules de letras amarillas y buscó los vuelos de salida en dirección a Londres, puede que fuese una estupidez, seguramente, no la vería y, de hacerlo, ¿qué haría? ¿Qué iba a lograr con eso? Darle la razón a Rebeca. Porque en el fondo ella había siempre tenido razón, él no quería que se marchara. Al menos, no en ese momento, mucho menos de ese modo, estando enfadados. Necesitaba poder pedirle perdón. Pedir perdón por haberse enamorado de ella, disculparse por haberle dicho la verdad, por haber dinamitado lo que tenían reconociéndole que la quería, que era la mujer más maravillosa que había conocido y que deseaba que pasaran el resto de sus vidas juntos.

Todas sus anteriores relaciones habían terminado por no ser capaz de comprometerse, curiosamente, con Rebeca había ocurrido todo lo contrario. Parecía una broma del destino. A su mente venían las palabras de Marta, su exnovia, que lo acusó de ser incapaz de enamorarse de verdad y comprometerse con nada. Alex soltó una amarga carcajada, levantó las gafas de sol para poder frotarse los ojos con el dorso de la mano. Los tenía enrojecidos aunque no había sido capaz de llorar. Sus lagrimales habían permanecido extrañamente secos, a pesar de las inmensas ganas que lo ahogaban.

Después de mucho pensarlo y de un gran esfuerzo por su parte, había terminado hablando con Paola por teléfono unos días atrás. Al principio, no se había atrevido a preguntarle directamente, pero, al final, después de unas cuantas vueltas, ella había sido la que le había dicho el día y la hora del vuelo. Paola tenía la esperanza de que, si se presentaba allí y Rebeca lo veía, las cosas se solucionarían. «Como en los libros», había dicho Paola, un romance con un bonito final, a pesar de que ambos sabían que Rebeca odiaba esos finales, por eso estaban en esa situación, por no haber sido capaz de escalar ese muro de alambre de espino instaurado alrededor de su corazón.

Rebeca era una mujer tremendamente complicada, aunque por un segundo, por un breve pero intenso instante, Alex había creído ver sus barreras flaquear. Ahora pensaba que podía haber sido solo una ilusión, algo no real que se había empeñado en ver. Ese clavo ardiendo al que, a veces, uno tenía que aferrarse para no tener que reconocer la realidad.

En esos días había estado muy confundido, pasando por diferentes estados emocionales tales como: tristeza, negación, arrepentimiento, aceptación... Dolor. Infinito e incommensurable dolor. Frustración, enfado, desesperación... y de nuevo más dolor. Tangible y lacerante como un puñal en medio del corazón. Se había enamorado locamente de una mujer incapaz de aceptar amor.

Esa era la realidad, aunque no quisiera reconocerlo.

Alex deambuló por esos pasillos atestados de caras felices hasta que, de pronto, como si todo su cuerpo reaccionara a ella, un escalofrío recorrió su columna vertebral incluso antes de que sus ojos la vieran en la distancia. Rebeca estaba frente a unas escaleras mecánicas, rodeada de sus amigas, irradiando felicidad. Sus gritos, risas y abrazos llegaron hasta él como una condena de la que no podía escapar, ¿qué derecho tenía a presentarse allí? Ninguno. Rebeca lo había dejado claro, ella solo estaba intentando mirar por su carrera y su futuro y en todo ello el amor no tenía cabida. Lo había rozado con la punta de los dedos y lo había perdido, no importaba, solo quería que ella fuese feliz. Parecía serlo a punto de embarcar dirección a una gran oportunidad. Se la veía alegre, con una enorme sonrisa asomando a sus labios, rodeada de sus amigas, de toda esa gente que más le importaba.

—¡Londres! ¡Londres! ¡Londres! —los gritos de júbilo de las chicas llegaban hasta donde se encontraba él.

Alex se mantuvo a resguardo en la distancia, observando a hurtadillas esa despedida en la que no estaba incluido, sintiéndose extrañamente feliz, de verdad se alegraba por ella. Dio un respingo cuando la vio desaparecer en dirección al control de seguridad, de pronto, fue consciente de que no sabía si la volvería a ver.

—¡Escribe un mensaje cuando llegues! —gritó Paola, acompañando sus palabras de rápidos movimientos de sus brazos.

—Cuidado al cruzar la calle, ¡eh! Mira siempre a la izquierda —le recordó Ana.

Alex las observó, imaginando que esa mano alzada y, al menos, alguno de esos besos que lanzaba al aire eran para él. Era triste y suponía el punto final de su corta pero intensa historia de amor. Alex quedó allí sentado, sin saber qué hacer a continuación e incapaz de moverse. Totalmente devastado, como si alguien le hubiera pisoteado y hecho añicos el corazón.

—Has venido. —La voz de Paola lo sorprendió, estaba tan consumido por la tristeza que no había visto cómo todas se habían acercado hasta donde se encontraba—. No lo entiendo, deberías haberte acercado —lo reprendió—. ¿Por qué no le has dicho algo?

Alex solo sonrió y alzó los hombros por toda respuesta, ¿qué podría haberle dicho? Nada.

—Becca ha cometido un tremendo error —dijo Ana, clavando en él la mirada—. Lo siento mucho, Alex.

—Yo también —respondió simplemente el chico.

—Deberías haberte acercado —repitió Paola mirándolo—, a lo mejor ella... —siguió, pero, de pronto, quedó callada, los ojos de Alex transmitían un inmenso dolor, haciendo que las palabras hubiesen muerto antes de ser pronunciadas—. Lo siento —se disculpó de inmediato la chica—. ¿Estás bien?

—¿Queréis que vayamos a tomar un café? —propuso Lucía, empezando a buscar con la mirada una cafetería donde poder sentarse todos.

—Sí, creo que sería lo mejor —se adelantó Ana.

—Hoy no, chicas, puede que otro día —se excusó él antes de levantarse para dirigirse a la salida de la terminal.

—Alex, en algún momento se dará cuenta del tremendo error que ha cometido, estoy segura de ello —afirmó Lucía con rotundidad, todas la conocían a la perfección y sabían que lo único que estaba haciendo Rebeca era huir.

—Solo esperemos que no sea demasiado tarde —añadió Ana, consciente de que era algo que podía pasar. Rebeca era muy lenta para algunas cosas.

—Ha sido un placer conoceros —murmuró Alex, alzando la mano a modo de despedida.

—Me gustaría que siguiésemos siendo amigos —le gritó Paola antes de ver cómo ese hombre se perdía en el exterior de la terminal, mezclándose con ese ir y venir de gente apresurada.

—Quiero mucho a Becca, pero... —empezó Ana, no hizo falta seguir, las tres chicas asintieron.

—Es una idiota —murmuró Paola con desolación—, lo peor de todo es que todas sabemos que en algún momento se arrepentirá de su decisión, aunque por cabezonería jamás lo reconocerá.

Las tres amigas perdieron la vista al otro lado del cristal, donde el sol empezaba a esconderse tras los edificios de la ciudad. A pesar de buscarlo con la mirada, ya no había rastro de él.

Alex se sintió un completo estúpido. No había sido capaz de acercarse a Rebeca, no lo había hecho porque ella parecía decidida a dejarlo atrás y no quería confundirla, la quería demasiado para jugar a eso, pensó cruzando en dirección a donde se encontraba la parada de taxis.

El sol del atardecer impactó de manera directa en sus ojos cuando sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros la cajetilla de cigarrillos para encenderse un pitillo, que succionó con tranquilidad, dejando que el humo inundara sus pulmones. El sonido de la gran ciudad, los coches, la gente, las ruedas de las maletas al entrecrochar con el pavimento... el típico sonido de una terminal. Alex buscó con la mirada un taxi y, después de arrojar al suelo la colilla, montó alejándose de allí, dejándolo todo atrás menos el dolor que sentía. Deseaba, de todo corazón, que Rebeca fuese feliz y se sorprendió al descubrir que no albergaba ninguna esperanza de volver a verla.

Todo había terminado entre ellos, si eso era una novela, sin duda era una con un muy mal final.

Capítulo 24

En realidad, pensado fríamente, un año no era tanto tiempo, solo doce meses, trescientos sesenta y cinco días, a no ser que fuese bisiesto. En un año podía no haber pasado nada, o podían pasar muchas cosas, como que Paola se quedara embarazada, algo que Rebeca había tenido que vivir en la distancia. En esos doce meses, Ana había empezado a salir con un compañero de trabajo y, por primera vez en mucho tiempo, se la veía muy feliz, o esa era la impresión que daba en sus e-mails diarios. Puede que un año no fuese tanto tiempo, pero parecía que, desde que se había marchado, todo había cambiado. Lucía se había promocionado y en su nuevo cargo ahora viajaba por todo el mundo a gastos pagados, viviendo la vida como siempre la había querido vivir.

Trescientos sesenta y cinco días no eran tanto tiempo, sobre todo, para tratar de olvidar. Entonces esos más de trescientos días se convertían en nada, un simple suspiro totalmente insuficiente. La percepción del tiempo podía ser muy cambiante en función de lo que esperaras de él. Así era la vida. Un minuto podía ser eterno cuando sentías dolor y muy corto si lo estabas disfrutando. Como los recuerdos, que lo que un día nos hizo sonreír, con el paso de las semanas, podía hacernos llorar. Rebeca lloraba. Últimamente, lo hacía mucho, casi a diario, se levantaba con la sensación de haber perdido algo, aunque no podía ni quería poner nombre a qué.

Y los días en Londres habían pasado de un gris encantador y mágico, a algo plomizo y asfixiante. Como si ese color anodino se hubiera instaurado en su alma para hacerla sentir todavía peor.

Todo ese dolor lo había plasmado palabra por palabra, oración tras oración, una página siguiendo a otra y, de pronto, aquello que habría querido mantener guardado bajo llave en su interior pasaría a ser de dominio público y a estar al alcance de todos, incluso de él. Puede que no fuese lo mejor, pero esa había sido su manera de sobreponerse a eso que la oprimía desde dentro amenazándola con hacerla estallar. Escribir. Escribir sobre lo que le había hecho sentir Alex, lo que todavía sentía... Escribir y poner punto final a una historia que tan solo había empezado a iniciarse y la cual añoraba a cada instante.

Y lo peor de todo era que no tenía a nadie a quien culpar salvo a sí misma.

Hacía ya unas semanas que había regresado de Londres, sin embargo, ya no vivía en el mismo apartamento, ahora lo hacía en uno un poco más grande. Tampoco había recuperado su antiguo trabajo en la tienda de ropa, por fin, podía vivir de lo que realmente le gustaba: escribir. Parecía que poco a poco sus sueños se hacían realidad, entonces, ¿por qué se sentía tan vacía? ¿Qué era toda esa melancolía que por momentos hasta la dejaba sin poder respirar?

—¿Dejo estas aquí? —preguntó Ana, entrando en la habitación con un par de cajas de cartón que acababa de subir—. Tiene que ser ropa porque pesan muy poco.

—Sí, gracias. —Rebeca se sentó en el borde del colchón de esa cama que aún estaba sin hacer.

—Llevas aquí dos semanas y sigues sin desempaquetar todas las cosas —comentó Ana como de pasada mientras apilaba las cajas en un rincón—. ¿Estás bien?

—Claro, es solo que me da mucha pereza... Las mudanzas, ya sabes cómo son...

—Vale —respondió su amiga, sin embargo, no las tenía todas consigo—. Oye, al final, ¿miraste el enlace que te pasé? A Lucía le pareció una buena idea.

—Ah, eso... sí... me gusta, es un regalo muy bonito y seguro que le gusta mucho —sonrió Rebeca—, solo quedan dos meses para que nazca la niña, ha ido todo muy rápido.

—Pao siendo mamá. —Ana tomó asiento al lado de su amiga dando un hondo suspiro—. Ahora sí que todo va a cambiar.

—Nos hacemos mayores —soltó Rebeca de pronto, pero, a pesar de haber intentado que su tono sonase desenfadado, unas notas de melancolía se enredaron entre sus palabras, aunque no era la edad lo que a ella le pesaba.

—Oye... —Ana carraspeó, llevaba toda la tarde intentando sacar el tema sin conseguir ver una buena ocasión, así que en ese momento, como le parecía tan malo como cualquier otro, se decidió a hablar—. ¿Has pensado en llamar a Alex?

—No. —Y no mintió, o no del todo. Claro que había pensado en llamarlo, pero tenía tanto miedo que estaba segura de que no lo iba a poder hacer.

—¿Por qué? —quiso saber Ana.

La verdad era que toda la historia con Alex había sido complicada... Al principio de irse Rebeca habían quedado con él alguna vez, sin embargo, poco a poco el chico había empezado a distanciarse y hacía ya mucho que no sabían nada de él. Cuando Paola le anunció su embarazo, él pareció alegrarse y hasta le hizo un pequeño detalle como regalo para el futuro bebé. Poco después de eso, dejaron de verse, pues Alex solo ponía pretextos y excusas a la hora de quedar.

—No sé qué me da más miedo —comenzó Rebeca en un arranque de sinceridad—, si comprobar que ha rehecho su vida o saber que no. Un año es mucho tiempo.

—¿Crees que está con otra? —indagó meditabunda Ana, llevando una de sus manos al pelo para enredar ahí sus dedos.

—Sería lo más normal, es un chico fantástico. Cualquier chica sería dichosa de estar con alguien como él —aseguró, y hacerlo la hizo sentir dolor. No dejaba de pensar que, si no hubiese sido tan cobarde, ella podría haber sido esa chica.

—Fuiste un poco tonta y... —Pero los ojos de Rebeca hicieron que Ana enmudeciera de golpe, guardándose para sí su opinión—. Lo siento, Becca, perdona. No quería ponerte más triste.

—No estoy triste, supongo que, al final, todos tenemos lo que nos merecemos, Alex merece a una chica que le diga a diario lo especial que es. Alguien que no tenga tanto miedo del amor, que sea incapaz de sonreír cuando él le dice que la quiere.

—Todo ha cambiado mucho en estos meses, tú no pareces la misma tampoco —dijo Ana a media voz—, puede que si hablaras de nuevo con él...

—Perdí mi oportunidad, sería muy egoísta por mi parte pretender lo contrario. Esto no es como en una novela, le he hecho daño, no merezco que me perdone.

—Todos merecemos una segunda oportunidad, incluso alguien tan cabezota como tú —afirmó rotunda su amiga.

El teléfono de Ana empezó a sonar en ese momento, Rebeca se quedó a solas en su nueva habitación. Estaba algo triste, aunque orgullosa a la vez, ella había tomado la decisión de anteponer su futuro a una relación, y no es que pretendiera lamentarse por ello. Le dolía en el alma, sin embargo, sabía que, de poder echar marcha atrás, tomaría la misma decisión. Puede que de un modo distinto, pues lo que más la atormentaba era haberle hecho daño a Alex. Si pudiera, lo

haría todo de otro modo, con otras palabras y con un distinto final entre ellos, pero tomando la misma elección. Había volcado sus miedos e inquietudes culpándolo a él de todo, se arrepentía de ello, nunca había querido causarle dolor, en ese sentido se arrepentía de lo cobarde que había sido. Definitivamente, lo único que deseaba era poder hacer las cosas de otro modo.

—Escucha... —Ana regresó a la habitación con una sonrisa pintada en el rostro, como cada vez que hablaba de su chico—. Óscar viene a buscarme en cinco minutos para ir a cenar..., ¿necesitas que te ayude con algo más? —quiso saber antes de despedirse.

—No, muchas gracias por haber venido a echarme una mano, terminaré un día de estos —comentó sonriendo.

—Entonces —dijo Ana, tomando la chaqueta—. ¿Nos vemos mañana? ¡Cena de chicas!

—Cena de chicas —repitió Rebeca, aunque sin tanto entusiasmo en la voz.

—Si quieres algo me llamas, ¿vale?

—Vete, anda... —la instó Rebeca—, estoy bien, voy a pedir una pizza y ver una película de esas romántico-empalagoso que siempre terminan bien.

—Es que las que terminan mal son una mierda —apuntó Ana con convicción en la voz.

Rebeca sonrió, aunque sin muchas ganas. A esas alturas pensaba que quizás ellas tenían razón y los finales deberían ser siempre felices, aunque eso ya nunca podría saberlo.

—Oye, estoy pensando, ¿te recojo mañana a las ocho? Ahora tu casa me viene de paso, así que podemos ir juntas —propuso Ana antes de llegar a la puerta.

—Claro, eso sería genial.

—Hasta mañana entonces —se despidió, estampando un sonoro beso en la mejilla de Rebeca, se la veía tan triste...

—Hasta mañana —repitió Rebeca antes de cerrar la puerta.

A veces jugaba a imaginar qué podría haber pasado, pero desechaba cualquier pensamiento cuando sentía que la primera lágrima resbalaba por la mejilla. Rebeca caminó entre la montaña de cajas por desarmar y las pilas de ropa por colocar, buscó un rincón en el sofá donde poder sentarse y encendió el ordenador. Necesitaba escribir, ahora más que en cualquier otro momento de su vida, pues era lo único que mantenía a raya a sus fantasmas, que eran muchos y a esas alturas le daban mucho miedo.

Solo habían estado juntos siete meses, aunque había pasado ya más de un año, y seguía sin poder olvidarlo. Cuando el tiempo de exposición era menor que el tiempo de olvido eso significaba algo, ella lo sabía y aún la atormentaba más y de manera mucho más cruel.

Dos horas después apagó el portátil cansada de no lograr nada más que navegar de una página a otra de internet, haciendo un gran esfuerzo por no regresar a ese perfil de Facebook que la hacía estremecer. A veces, cuando la melancolía arremetía con demasiada fuerza incluso para ella, se torturaba repasando sus fotos de perfil... Eso la hacía sentir peor.

Rebeca suspiró cansada y decidió entonces abrir una de las cajas para empezar a colocar las cosas en su nuevo apartamento; sin embargo, la primera ya fue una bofetada directa en toda la cara, ¿qué hacía allí esa sudadera de Led Zeppelin? Sin poder ni querer evitarlo rompió a llorar desolada.

Capítulo 25

Paola estaba enorme, grandiosa y preciosa. Tenía el vientre abultado y el vestido que se había puesto hacía que la falda quedara con un vuelo muy divertido. Rebeca la miraba conmovida, le habría gustado estar con ella esos primeros meses tan duros: las náuseas, los mareos, el malestar... Acompañarla en su primera ecografía, regalarle el primer vestido para su hija o ayudarla a hacer listas de nombres. Pero todo eso se lo había perdido y había llegado solo al final.

—¡Eso es primitivo! —exclamó Ana, llevando las manos a la cabeza sin esconder lo alterada que estaba.

Por un momento Rebeca no supo de qué hablaban sus amigas, pues se había quedado atascada en sus pensamientos, así que miró a Ana confundida y dio un trago de su copa de vino para disimular que no tenía ni idea de qué aportar a la conversación.

—Un parto en casa ahora no es como antes, no hay peligro... —empezó a justificarse Paola.

—¿Quieres tener a la niña en casa? —preguntó confundida Rebeca.

—Pero ¿de qué llevamos hablando todo este rato? —exclamó Ana indignada.

—Lo siento —se disculpó Rebeca—, estaba en las nubes. Así que... en casa.

—Dile que es muy peligroso —la instó Ana.

—Es muy peligroso —repitió Rebeca.

—Oh, venga, no es para tanto, ante cualquier situación comprometida la comadrona llama a la ambulancia...

—No es para tanto —volvió a repetir Rebeca, esta vez mirando a Ana.

—No me queda claro, ¿estás a favor o en contra? —indagó Lucía soltando una carcajada.

—Es que no lo sé, no tengo ni puñetera idea de embarazos, partos ni de niños en general. Tengo el instinto maternal de las madrastras de Disney.

Todas estallaron en una carcajada.

—Me alegra que estés de vuelta —dijo Paola, alargando la mano por encima de la mesa para tomar la de su amiga—. Si llega a nacer mi hija sin ti en el país, te habría matado.

—Lo sé, por eso he vuelto, si no, ¿por qué crees? Siento haberme perdido tantas cosas.

—Lo importante es que ya estás aquí y que, por una vez en la vida desde que nos conocemos, ¡no soy la más gordita! —estalló Ana en una carcajada.

—¡Serás idiota! —la reprendió Paola entre risas, aunque pronto su rostro se volvió una mueca—. ¡Auch!

—¿Estás bien? —preguntaron todas a la vez.

—Es este maldito gremlin, que se me clava en las costillas... Tengo unas ganas de sacármela ya de dentro...

—Y me consta que en poco tiempo desearás que no hubiera salido —bromeó Rebeca.

—Oye, Becca..., quería decirte... A Fran y a mí nos encantaría que fueses la madrina de la niña —soltó a bocajarro con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ohhhh..., yooo... ¿en serio? —dijo emocionada—. ¡Joder! Clarooooo.

Fue una cena como las de antes, como si no hubiera pasado el tiempo, de hecho, para ellas no

pasaba. Habían estado juntas siempre, distanciadas a veces, pero los reencuentros siempre eran como si nada las pudiese separar. Siempre había sido así, desde niñas. Rebeca miró a sus amigas, se sentía feliz por ellas y con ellas. Eran el bálsamo que hacía más llevadero todo lo que bullía en su interior. No era capaz de imaginar una vida sin sus tres amigas.

—¿Y la boda? —preguntó Rebeca entonces.

—Bueno, lo del embarazo fue tan inesperado... que decidimos aplazarla, al menos hasta que pueda volver a entrar dentro del vestido —se rio Paola—. Oye, por qué no nos cuentas más detalles de ese nuevo libro tuyo... va a ser la primera vez que no sea tu lectora cero, me da un poco de pena.

—Lo sé, pero... es mejor así —comentó vagamente Rebeca, escondiendo sus nervios tras la copa de vino.

—Pero...

—Hablemos de otra cosa, ¿sí? ¿Qué tal el nuevo trabajo? —preguntó mirando a Lucía.

—Espera —dijo esta alzando una mano para detenerla—. Hay mucho misterio tras esta publicación... —razonó Lucía entornando los ojos, intentando sopesar qué era lo que Rebeca escondía—. ¿Qué estás intentando escondernos?

—Bueno, ya lo leeréis cuando salga, la publicación está prevista para mayo...

—¡Para eso aún faltan dos meses! —se lamentó Ana, que ya estaba muerta de curiosidad.

—Dos meses no es tanto...

—¡Joder! —exclamó Lucía de pronto.

—¿Qué pasa? —preguntó Rebeca asustada.

—Nada... me he manchado con el vino... Voy al baño un momento, ahora vuelvo —comentó levantándose a toda prisa.

—Qué envidia... yo también quiero beber vino —sollozó Paola acariciando su vientre.

Totalmente desprevenido. «El destino debería tomarse la molestia de advertir cuándo va a producir un giro de los acontecimientos de modo que haga tambalear los cimientos de una persona», pensó Alex.

Ahí estaba Rebeca.

Alex se quedó petrificado en la puerta de ese maldito restaurante, con la mirada fija en esa melena pelirroja. Llevaba el pelo un poco más largo y había dejado que sus rizos naturales hicieran acto de presencia. Solo pudo observarla una fracción de segundo antes de darse la vuelta sobre sí mismo para escapar de ahí; sin embargo, cuando su mano notó el tacto frío del metal de la puerta, lo pensó más detenidamente y volvió a girar para adentrarse de nuevo en el local. Quería verla. Enfrentarla, aunque fuese un acto de lo más estúpido.

Estúpido.

Muy estúpido. Alex sacudió todos esos pensamientos que se acababan de aferrar a sus hombros haciéndole sentir un gran peso y decidió salir al frío de la noche sin atreverse a nada más que escapar.

—Alex —lo llamó una voz que le resultó familiar.

Por un segundo pensó en hacerse el loco y, simplemente, caminar calle abajo, como si no la hubiera escuchado, pero, de pronto, una mano con una perfecta manicura francesa lo agarró de la cazadora tirando de él, logrando que tuviera que detenerse.

—Hola, Lucía —dijo al girarse.

—¿Ibas a ignorarme? —le cuestionó ella, soltándolo para llevar ambas manos a la altura del pecho, donde cruzó los brazos visiblemente molesta.

—¿Se ha notado mucho?

—Bastante —le confirmó la chica, tenía el semblante serio, aunque pronto se dulcificó, y hasta esbozó una ligera sonrisa.

—¿Qué quieres, Lucía? —indagó él y, a pesar de no pretenderlo, el comentario pareció más brusco de lo que en realidad era.

—Hacía mucho que no te veíamos, nos habría gustado avisarte de que Rebeca había vuelto, pero...

—No importa —la cortó él.

—Lo siento, la verdad es que he querido llamarte muchas veces, sin embargo...

Alex negó con la cabeza, no importaba, era la verdad. Al principio había ido quedando con ellas, y con Fran, aunque después el hecho de que todo le recordara a Rebeca se convirtió en una especie de muerte lenta y agónica a la que no quería enfrentarse. Solo había estado con ella unos pocos meses y, un año después, aún no la había logrado olvidar. El amor era una mierda y Víctor siempre había tenido razón: dolía.

—Supongo que vas a decir que no, pero ¿quieres entrar?

—No —la cortó de inmediato con ese simple monosílabo y poco dispuesto a añadir nada más.

—Lo suponía —sopló ella—. No quieres verla —aseveró.

—Por un momento he pensado que sí.

—¿Entonces?

—Quería mirarla a los ojos un segundo y saber si le duele cuando me mira. Sin embargo, tampoco ganaría nada con eso, ¿no? Es bastante infantil. Se la ve bien y, si ha logrado pasar página, es mejor así.

Alex se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa antes de besar su mejilla, tomando a la chica totalmente desprevenida. Alex soltó una risotada y se marchó calle abajo, sin volver a girarse.

Siempre se había visto a él mismo como un Eros y ahora resultaba que más bien era Ágape... dejando de lado todo lo que él sentía, solo le importaba que Rebeca estuviese bien, lo demás carecía de importancia, hasta todo el dolor que él sentía.

—¡Eh, Alex! —gritó Lucía a su espalda—. Aunque Rebeca intente pasar página, que no lo ha hecho..., tu nombre aparece escrito en todas ellas...

Alex paró en seco y se giró de pronto, pero, cuando lo hizo, Lucía ya estaba de nuevo dentro del local.

¿Qué quería decir con eso?

Capítulo 26

Introdujo con cuidado la pizza en el horno y dejó el envoltorio sobre la encimera, sacó dos platos, dos vasos y los dispuso en la mesa, uno frente a otro, así como los cubiertos, servilletas... No podía dejar de pensar en la extraña llamada y en su casi impuesta compañera esa noche. Alex entró en el dormitorio aún enfrascado en todo eso y se cambió de camiseta, el sonido del timbre de la puerta lo sacó de ese trance en el que se había sumido. Pasó las manos por el pelo echándolo para atrás, acomodándolo tras sus orejas, y caminó decidido hacia la entrada.

—Buenas noches —saludó Lucía con una media sonrisa en su rostro—. Oye... —dijo entrando en el piso tras Alex—, quiero dejar clara una cosa antes de nada... Me gustan las chicas, siempre me han gustado las chicas y no creo que eso vaya a cambiar, a pesar de tu pelazo —sonrió.

Alex soltó una estruendosa carcajada que inundó la habitación, una risa de esas contagiosas a la que pronto se unió Lucía.

—Eso ya lo sé —consiguió decir él aún entre carcajadas, tirando de la cazadora de ella para dejarla sobre el respaldo del sofá.

—Sé que lo sabes, solo quería dejar claro que eso no había cambiado en este tiempo —dijo Lucía aún riéndose.

—Me ha quedado perfectamente claro.

Era única, pensó Alex, y todavía con la sonrisa en los labios entró en la cocina para sacar dos botellines de cerveza, que dejó sobre la mesa después de abrirlos. Lucía parecía examinarlo todo a su alrededor. Era la primera vez que una de las amigas de Rebeca estaba en su apartamento y, desde que esta se había marchado, hacía ya más de un año, también la única mujer.

—Bonito piso —dijo cogiendo una de las cervezas—, muy limpio y ordenado.

—Qué manía con que los tíos tenemos que ser unos cerdos —se quejó Alex en broma.

—La mayoría lo son.

—Y muchas mujeres también —se defendió Alex, y a punto estuvo de recordarle que Rebeca no era, precisamente, un alarde de limpieza y pulcritud; sin embargo, no dijo nada.

Lucía dio un largo trago del botellín a la vez que sus ojos se paseaban curiosos por el salón. Alex tenía una grandísima colección de discos de vinilo y CDs, se notaba esa gran pasión que sentía por la música, sobre todo, por la música heavy. Al otro lado del sofá, cerca de la ventana que daba a un pequeño balcón lleno de macetas vacías, había un corcho de grandes dimensiones y allí clavadas un sinfín de fotografías de Alex, en conciertos, acampadas, pesca... y, a simple vista, Lucía también reconoció en alguna de ellas a Rebeca.

—Puedes decirlo, no te cortes —le dio permiso Alex, advirtiendo en dónde se había quedado fija la mirada de la chica—, de hecho, mi hermano se encarga de recordármelo constantemente, soy un grandísimo gilipollas.

—A mí me parece muy tierno —dijo Lucía, alargando la mano para depositarla en su brazo.

—Ah, bueno, entonces soy un gilipollas muy tierno —concluyó él con media sonrisa.

—Bueno... —Lucía se quedó mirándolo.

—Y ahora me miras con lástima —le informó Alex, por si ella no era consciente de ese

detalle.

—Lo siento —se disculpó Lucía, apartándose del chico. Tenía razón, sentía lástima por él, también por Rebeca, estaba claro que estaban enamorados y maldijo la innata cabezonería de su amiga y esa manera que había tenido siempre de dinamitar cualquier relación.

—No, está bien, supongo que lo merezco... —murmuró Alex. Estaba claro que se merecía cualquier mirada de lástima e incluso los reproches de Víctor. Después de un año, había sido incapaz de sacarse a Rebeca de la cabeza. Alex suspiró—. He hecho una pizza, vamos que la he sacado del paquete y la he metido en el horno.

—Así me gustan los hombres, que se sepan vender.

—Para que veas que mis intenciones para contigo son puras e inocentes.

Le había sorprendido que precisamente fuese Lucía quien lo llamara, pero enseguida accedió a quedar con ella. Necesitaba hacerle la pregunta, esa que llevaba rondando su cabeza durante las semanas, pero, sobre todo, en las últimas horas, y más desde que le había abierto la puerta a la chica y la había visto. Quería preguntarle qué significaba lo que había soltado esa noche, meses atrás, cuando se encontraron casi por casualidad en ese restaurante; sin embargo, desde el primer bocado de la cena hasta el último, no había encontrado la ocasión de sacar el tema. Ahora estaban ya con los postres y ella no tardaría en decir que se marchaba. Habían hablado de muchas cosas, pero Rebeca no había sido una de ellas.

Sin embargo, se había divertido. Alex le tendió su cazadora y la ayudó a ponérsela acompañándola después hasta la puerta. Al final, había resultado una «cita» agradable y la verdad era que estar con una chica sin la presión de tener que demostrar ser el hombre perfecto en todo momento era un alivio. Normalmente, en las citas uno se sentía igual que un ser evaluado bajo la luz de un microscopio.

—Me lo he pasado muy bien —comentó Lucía, terminando de abrocharse la cazadora.

—Yo también.

—Me voy —informó la chica, alargando la mano para agarrar el pomo de la puerta—. ¡Joder! —exclamó retirando la mano y propinándole un empujón a Alex—. ¿En serio no vas a preguntarme por Rebeca? —exclamó sin poder esconder por más tiempo su contrariedad.

—¿Debería? —indagó él levantando una ceja.

—Ya, vale, hazte el interesante ahora... no engañas a nadie, zoquete... —soltó Lucía esbozando una mueca—. Hace unos días salió publicado su nuevo libro, ¿lo sabías? Creo que deberías leerlo.

—¿El libro? ¿Quieres que me lea el nuevo libro de Becca? No sé si debería hacerlo, además, no tengo mucho tiempo ahora mismo y...

—Tú léelo... —cortó ella ese desfile de excusas—. ¡Ah, lo olvidaba! —Lucía metió la mano en el bolsillo y sacó de allí un trozo de papel con un lugar y una fecha anotados—. Quiero verte este día en esta dirección.

—¿Por?

—Porque te lo digo yo y punto, pero primero lee el libro —rebufó exasperada, entonces sí, abrió la puerta y se marchó.

—Eres una tía muy rara —le gritó Alex desde la puerta.

—Porque soy como un tío —le aseguró.

¿Leer el libro de Rebeca? Casi prefería ir al dentista y que le sacaran una muela sin

anestesia. No tenía intención de leer ese maldito libro, no, no quería volver a leer nada de ella. Nunca. Jamás.

A la mañana siguiente, Alex se levantó con algo de resaca a pesar de que solo había tomado un par de cervezas, tardó un rato en conseguir tirarse de la cama y lo primero que hizo fue darse una ducha para despejarse. En la cocina seguían todos los platos por fregar y los restos de la pizza, pero no le apetecía en absoluto ponerse con ello en ese momento, ya lo haría más tarde. Dudó en si llamar a su hermano, sin embargo, finalmente, la pereza ganó esa invisible batalla y lo único que consiguió Alex fue dejarse caer sobre el sofá, consciente de que no lograría hacer nada hasta que no se tomara un café. Reunió valor suficiente como para poder levantarse de nuevo y al hacerlo algo llamó su atención, algo que estaba perfectamente colocado aunque no era suyo o, al menos, creía que no lo era, y es que en la pequeña repisa que en su día había dedicado a los libros que había empezado a leer había uno que no reconoció.

—¿Y esto? —se preguntó.

Alex lo cogió con cuidado, como si en algún momento ese extraño objeto fuese a explotar y, de hecho, en cierto modo lo hizo. Era el último libro de Rebeca.

—Maldita Lucía... —gruñó entre dientes.

Sin pensarlo dos veces tiró el libro en dirección al cubo de la basura, aunque sin conseguir encestarlo. Allí quedó esa mezcla de papel y tinta, tirado en el suelo, y por un momento a Alex le pareció que burlándose de él. ¿De qué trataría el libro? Todas las novelas de Rebeca eran... peculiares, diferentes..., agrídulces. ¿También lo sería esa? En todas las novelas describía relaciones perfectas, hombres imposibles, escenas que de tan idílicas daban hasta mareo, pero ella tenía una manera de darle la vuelta a todo que hasta sus finales imperfectos hacían las delicias de todos. «Sin finales felices, solo finales reales», había dicho Rebeca una vez, y Alex se deprimió de pensar que la realidad de esa mujer era tan triste.

Sobre la mesilla del café seguía la tarjeta de Lucía, con una dirección y una fecha, que era el fin de semana siguiente.

Alex se acercó sigiloso a la cocina, igual que un león acechando a su presa, como si de hacerlo con normalidad el libro fuese a salir huyendo. Se agachó, lo recogió y al hacerlo lo invadió un sentimiento atroz, mezcla de curiosidad, miedo y sentirse imbécil una vez más. La portada era preciosa, mucho más cuidada que en sus libros anteriores, con las letras en relieve. Al girarlo los ojos de Rebeca se clavaron en los suyos. Para la contraportada habían elegido una fotografía de medio cuerpo en la que se la veía alegre y sonriente. Alex pensó que una enfadada y refunfuñando habría sido más acorde a la realidad; sin embargo, supuso que no sería un buen reclamo publicitario una escritora con cara de cabreo.

Preparó una cafetera dispuesto a leer.

Horas después, cuando lo terminó, no sabía si estar enfadado o halagado. Lo que sí tenía claro era que, en ese momento más que en ningún otro, necesitaba verla, hablar con ella y decirle lo mucho que la quería.

Capítulo 27

Cada novela le aportaba una nueva emoción, tener a su «retoño literario» entre las manos la llenaba de una sensación imposible de explicar con palabras, y eso que se ganaba la vida con ello. Había llegado el momento, Rebeca miró con emoción contenida ese nuevo libro, la impresión era de lujo, la portada en relieve había quedado perfecta, era tal y como la había imaginado. No pudo evitar sonreír embargada de pura felicidad, a pesar de lo rota que se sentía por dentro. De un tiempo a esa parte, todas sus sonrisas eran mero teatro.

Aunque sí estaba contenta, la editorial había invertido mucho en ese nuevo proyecto y tenía grandes esperanzas en que pronto sería un éxito a nivel mundial. Ella sentía vértigo solo de escuchar a Carmen hablar de giras, presentaciones, entrevistas... Una locura, estaba asustada, pero con mucha fuerza para seguir, tenía que hacerlo, sobre todo, después de ese libro.

Por lo pronto, esa tarde tenía una primera lectura en la librería de su ciudad. Carmen, muy acertadamente, había pensado que se sentiría más cómoda empezando con su familia y amigas rodeándola. Aunque eso también la tenía algo alterada, pues todas ellas conocían de primera mano en qué estaba basado el libro.

Rebeca pasó los dedos por su pelo para atusarlo y recolocararlo, tomó un sorbo de agua y miró por el resquicio de la puerta hacia la sala, donde poco a poco iban llegando los asistentes, muchos de ellos con su ejemplar en la mano para que se lo dedicara. Ahí estaba su madre, que nunca faltaba a ninguna, así como Paola, Lucía, Ana...

—¿Lista? —preguntó Carmen, apretando su hombro para infundirle ánimos.

—Vamos allá —suspiró Rebeca, notando como las manos empezaban a temblarle.

Miró el reloj, era la hora, respiró para relajarse y salió entre aplausos.

Le gustaba escribir, odiaba hablar en público. A este paso tendría que hacer una lista con todo lo que odiaba para saber con qué realmente disfrutaba.

Le tembló la voz desde la primera palabra a la última, sin embargo, logró vencer los nervios y llegar hasta el final sin apenas trabarse en la lectura. Leer las primeras páginas de la novela era, según su agente, un buen reclamo para que las lectoras se animaran a comprarla para poder conocer el final. Rebeca alzó la mirada, los nervios no la dejaban mirar mucho más allá de las primeras filas, si estaba lleno eso la imponía, si por el contrario la sala estaba vacía, se decepcionaba, así que había aprendido a centrarse solo en esas primeras cinco o seis personas que ocupaban los asientos delanteros, esas caras conocidas que le aportaban el confort y la tranquilidad necesarias para poder seguir adelante.

En la sala aún retumbaban los aplausos.

El perfecto cliché, la novela que, según Carmen, la llevaría al estrellato.

—Fantástico, Becca —la felicitó Carmen, tomando desde ese momento las riendas, como en cada presentación. Era única y se veía suelta en esos menesteres, no como ella, que se quedaba siempre sin saber qué decir—. Ahora abriremos el turno de preguntas... Ya sabéis, podéis atosigar a Rebeca con cualquier duda, ella responderá encantada —rió la mujer—. Sí..., la chica del pelo rojo —dio paso, señalando en dirección a la aludida.

—Hola, Rebeca, soy una gran admiradora tuya y he leído todos tus libros...

—Gracias —murmuró Rebeca emocionada.

—¿Cómo puedes describir personajes tan reales? ¿Buscas personas de tu entorno para poder inspirarte en ellas?

Buena pregunta, directa en el clavo. Rebeca carraspeó y alzó la mirada hacia las chicas, que con esfuerzo contenían la risa.

—Depende de la novela —respondió al fin, eludiendo dar más detalles.

—¿Y concretamente en esta? —se apresuró a preguntar Paola con maldad mientras acunaba a la pequeña Lara, que había empezado a sollozar.

—Puede que me haya inspirado en algunos conocidos, sí —susurró Rebeca apretando los dientes.

—Me encanta la historia. —Ahora era la chica del pelo rojo la que habló de nuevo—. Es tan real como la vida misma, me has hecho reír y llorar mucho y, me preguntaba, sin hacer mucho spoiler, pero... ¿qué habría pasado si ella no hubiera tomado la decisión que tomó? ¿Habría posibilidad de... algún otro final distinto?

«Final alternativo», Rebeca levantó un poco la mirada, ella llevaba haciéndose la misma pregunta desde hacía cerca de un año, y aún dudaba cuál era la respuesta correcta. No pudo evitar pensar en la beca que le habían concedido y que no fue más que una excusa, un pretexto para alejarse de algo en lo que se estaba implicando demasiado; su relación con Alex en poco más de medio año se había tornado tan maravillosa y real que necesitó escapar de ella. No quería reconocerlo, era más fácil escupir toda la rabia y frustración en contra de él, se aferró con uñas y dientes a lo único que encontró para echarle en cara. Que la quisiera. Era irónico si te parabas a pensarlo detenidamente.

—No lo sé —confesó al fin soltando un suspiro—, ella es un personaje con muchos matices, algo cobarde... seguramente, el miedo a arriesgarse siempre la habría perseguido, pero... Sí, es posible que ellos hubiesen podido encontrar otro posible final —admitió Rebeca bajando el tono.

—El final del libro es muy triste, ¿tienes algo en contra de los finales felices? —preguntó alguien desde el fondo de la sala.

Rebeca reconoció la voz de inmediato y no pudo evitar tensarse, ¿qué hacía él allí? ¿Habría leído el libro? Sin poder evitarlo miró a sus amigas, todas tan desconcertadas como ella, no... todas no. Maldita Lucía. Las manos de Rebeca empezaron a temblar al ver como Alex se acercaba caminando lentamente hacia ella.

—En absoluto —se apresuró a responder Rebeca, que, aunque intentó mantener el aplomo, no lo logró.

—No te gustan. —Lo de Alex no fue una pregunta, sino una rotunda y tajante afirmación, tan dolorosa como si alguien le disparara en medio del pecho.

—Alex... —empezó a decir.

—¡Vaya! Recuerdas mi nombre —bromeó el chico con sarcasmo en la voz.

—Lo recuerdo perfectamente —aseguró Rebeca, estaba claro, había escrito un libro sobre él.

—Llevo un año esperándote —soltó Alex cuando llegó frente a ella, bajo la atenta mirada de todos los asistentes, convertidos en espectadores privilegiados del que podía ser su mayor éxito o quizá su estrepitoso fracaso.

—¿Esperándome? ¿Por qué? —inquirió Rebeca con temor a la respuesta.

—Está claro que porque te quiero.

Esa declaración fue como el pistoletazo de salida a todos los sentimientos retenidos durante mucho tiempo, que alguien la quisiera era... era algo a lo que le iba a costar acostumbrarse, pero que, en el fondo, deseaba con todas sus fuerzas, querer y ser querida. Tan simple y tan difícil a la vez.

—Después de todo lo que te he hecho... —murmuró Rebeca, atragantándose con las ganas de llorar que empezó a sentir. Era consciente de que no se merecía que Alex lo olvidara todo tan fácilmente.

—Sí, bueno, tenemos un debate abierto sobre si soy enternecedor o un completo gilipollas... Joder, Becca... —Alex alzó el libro.

—¿Lo has leído? —Así que eso se sentía cuando te pinzaban el corazón. Sus barreras habían sido derrotadas, sus altos muros derribados y su interior y todo lo que sentía expuesto—. En el fondo, lo escribí solo para ti.

—Me alegra que digas eso porque me ha encantado, es el mejor libro que has escrito nunca, pero...

—¿Hay un pero?

—Necesito que me dejes cambiar el final, quiero demostrarte que tú también puedes tener tu propio happy end.

—Es demasiado tarde, no lo merezco...

Alex soltó una carcajada y en dos pasos se situó frente a ella, cogiéndola de la mano, con la mirada clavada en sus huidizos ojos.

—Eso lo decidiré yo —soltó.

Alex la alzó y besó como se había imaginado durante todas esas noches que la besaría. Robándole el aliento, haciendo estallar una ovación en la sala de esa pequeña librería.

Epílogo

—¡No! —gritó fuera de sí—. No, no, no... —repitió con un tono cercano al pánico. No pudo evitar que ambas manos se convirtieran en dos furiosos puños dispuestos a estamparse contra la primera cosa, blandita, que se le pusiera a tiro—. ¡Vaya puta mierda! —vociferó a pleno pulmón, notando como esa blasfemia desgarraba su garganta, que pronto empezaría a escocerle.

Los gritos de Rebeca reverberaron por toda la habitación, se colaron por el resquicio abierto de esa puerta mal cerrada y llegaron de manera nítida hasta el salón, donde todos enmudecieron mirándose alternativamente sin atreverse a pronunciar palabra, dejando que el silencio solo fuese roto por esa retahíla de insultos y gruñidos de la habitación.

—¿Deberíamos ir? —preguntó Ana, iniciando el gesto de levantarse del sofá, movimiento que Lucía, sabiamente, intervino, haciendo que Ana cayera de nuevo sobre los cojines—. Pobrecita... —lamentó Ana, mirando en la dirección de donde provenían los gritos.

—Si no quieres que te muerda, mejor no digas nada y no hagas contacto visual con ella hasta que se calme —aconsejó Paola justo en el preciso momento que Rebeca entraba en el salón.

Las tres amigas se miraron de manera alternativa sin decir nada, intentando, tal como había aconsejado Paola, no molestar aún más a Rebeca que, viéndolas ahí sentadas y tan calladas, no pudo evitar enfadarse más. Ana, que siempre había sido el eslabón más débil de las tres, fue la primera en cometer el error de girarse para observar a su amiga.

—Becca, cariño —empezó, modulando la voz de manera dulce—, ¿y los pantalones?

Una mirada asesina la fulminó en ese instante.

—No me entran —gruñó Rebeca, apretando de tal manera los dientes que hasta las venas de su cuello se hincharon.

Todas enmudecieron, ¿qué podían decir? En ese momento, como si de la salvación divina se tratara, la puerta de la calle se abrió y toda la atención se centró en esa dirección, donde un sonriente Alex apareció en escena.

—Tengo el coche en doble fila —anunció al entrar—. Joder, Rebeca, ¿no estás lista? Vamos a llegar tarde...

No advirtió los aspavientos que las tres chicas le hacían desde el sofá, gestos que intentaban hacerle ver, al pobre, que no se le ocurriera decir nada si no quería morir.

—¡Vete al cuerno! —exclamó Rebeca furiosa—. No me entran los pantalones, las blusas me aprietan, las mallas se me clavan y... ¡estoy gorda! —chilló al borde del llanto.

—Ya te dije que compraras ropa nueva y... —advirtió Paola.

—Sssshhhhhh —chistó Lucía, llevando el dedo índice a sus labios en señal de que guardara silencio.

—Nena... —empezó Alex con cautela—. Tienes un vestido que...

—¡Me queda horrible! ¡Mira, mira! ¿Dónde voy yo a ningún lado con esta barriga...? —se lamentó.

—Cariño... —siguió el hombre con extrema suavidad y mano izquierda—, ese vestido es perfecto, te queda como un guante y estás absolutamente preciosa... —murmuró mientras la empujaba con delicadeza en dirección al dormitorio para ayudarla a vestir—. Además, combina muy bien con los botines negros, tú misma lo dijiste, ¿recuerdas?

—Esos botines me encantan —sollozó Rebeca.

—Además, son muy cómodos —añadió Alex.

—Lo son —confirmó Rebeca mucho más calmada.

Diez minutos después, todos caminaban calle abajo en dirección a donde Rebeca haría la presentación de su última novela, la segunda parte de la anterior, El perfecto cliché. Como todas las veces, Carmen había acordado hacer la primera lectura en la librería de siempre, donde Rebeca se sentía cómoda. Además, todos recordaban lo que había ocurrido la vez anterior y, en cierto modo, ese recuerdo hacía que todo fuera mucho más especial.

Alex no pudo evitar emocionarse al entrar de nuevo en el pequeño local: las sillas dispuestas en semicírculo, la mesa preparada con ejemplares de la novela, la gente hablando de Rebeca y sus historias... Era como la vez anterior, pero con muchísima más gente, pues era innegable que Rebeca había ganado mucha fama en ese tiempo. Hacía dos años había entrado en esa librería con el corazón encogido, jugándose todo a una sola carta. Apostó fuerte y por azar, la suerte en esa ocasión le sonrió.

—¡Becca! —exclamó Carmen al verla entrar, y la apartó del lado de sus acompañantes, para preparar y comentar cómo tenía organizada la tarde.

—Qué recuerdos, ¿verdad? —murmuró Paola, tomando asiento al lado de Alex en primera fila.

—Ya ves..., vaya locura —bromeó él, pero la emoción se pegó a su voz y hasta humedeció sus ojos.

Rebeca estaba imponente ahí frente a todos. Leyó con serenidad y calma, dándole una emoción a esas primeras páginas de la historia como solo su autora podía hacer. Una vez

finalizada la lectura vinieron los aplausos, Alex lo hizo tan fuerte que las palmas de sus manos se enrojecieron, y habría aplaudido mucho más si no hubiera sido porque las chicas lo frenaron.

—Bueno —empezó Carmen, tomando el control de la velada—, la última vez que estuvimos aquí con El perfecto cliché la tertulia terminó de manera sorprendente. —Sonrió mirando a Alex—. Esta vez me temo que no tenemos ninguna sorpresa preparada —bromeó la mujer, cogiendo un ejemplar del libro y alzándolo para que la abundante audiencia ahí congregada pudiese admirar la belleza de esa tan trabajada edición—. Si os parece bien, podemos empezar con la ronda de preguntas...

—Carmen... —llamó la atención Rebeca alzando la mano.

—Oh, venga, cariño, no seas impaciente —rio la mujer, buscando con la mirada entre las manos alzadas a quien otorgar el honor de formular la primera pregunta.

—Carmen... —volvió a decir Rebeca, que intentó, sin llegar a conseguirlo, ponerse en pie—. ¡Alex!

Alex alzó la mirada y sonrió de manera dulce a su chica para infundirle tranquilidad, pues se veía algo más nerviosa de lo normal. Las chicas hicieron lo propio gesticulando para que se mantuviera calmada, pues ellas estaban allí como siempre.

Rebeca los miró con incredulidad, todos tranquilos y sonrientes. Carmen seguía hablando o puede que alguno de los muchísimos asistentes congregados ya hubiera formulado una primera pregunta, sí, debía ser eso, porque, de pronto, todas las miradas se centraron en ella y el silencio se instauró en la sala, expectantes todos por conocer cuál era su respuesta. Una nueva punzada hizo que viera de manera literal las estrellas, Rebeca descendió la mirada en dirección al suelo, le encantaban esos botines, era una pena que después de esa tarde tuviera que tirarlos.

—Parece que nuestra escritora ha perdido la voz... Becca, ¿no has escuchado la pregunta? —inquirió Carmen acercándose a ella.

—¡Joder! —exclamó, viendo como el suelo se iba encharcando—. ¡He roto aguas! —chilló, y eso hizo que tanto Alex como sus amigas se precipitaran hacia ella.

Poco después llegaba una ambulancia que alguien había llamado y que la transportaría a la confortable sala de paritorio del hospital. Alex le había dado las llaves del piso a Paola para que recogiera la bolsa del bebé que desde hacía semanas estaba preparada y las demás cogieron un taxi con rumbo al hospital.

Rebeca empezó a llorar con desconsuelo, pues los dolores eran cada vez mayores, pero la mano suave y fuerte de Alex la tranquilizó, haciendo que ese instante se convirtiese en único.

Pocas horas después llegaba al mundo el niño más hermoso del mundo, al menos, así lo pensaron sus padres cuando lo vieron. Con unos enormes ojos que mantuvo abiertos en todo momento, un poco de pelo del mismo color que su madre y con un hambre voraz.

Sí, definitivamente, Alex había roto todas las barreras que Rebeca había alzado a lo largo de su vida para no dejar penetrar el amor; sin embargo, él consiguió con paciencia y mucha mano izquierda completar el ciclo de la vida con ella, aportándole seguridad, cariño, amor y su merecido happy end.

Fin

Agradecimientos

En el momento de los agradecimientos es cuando llega mi verdadera crisis del papel en blanco. No quiero pasarme ni tampoco quedarme corta, odiaría olvidarme de alguien... ¡Qué estrés! Estoy segura de que a Becca, nuestra protagonista, le pasa lo mismo al final de cada uno de sus libros.

Mi camino en el mundo literario ha estado lleno de subidas y bajadas, sin embargo, hace un tiempo me encontraba cuesta abajo y sin frenos. Si no he terminado estrellada contra un muro ha sido por vosotras, por vuestros ánimos, por seguir insistiendo en que no abandonara, por darme la tabarra... Siempre estáis al otro lado de la pantalla, a las duras y a las maduras, en lo bueno y en lo malo, como un buen matrimonio. Me conocéis bien y sabéis que no soy muy dada a las grandes y efusivas muestras de cariño, así que no voy a excederme mucho más para no ser blanco de vuestras burlas. Gracias, chicas. Os quiero.

A parte de ser mi dedicatoria, quería tener unas palabras también para mi marido, porque él siempre ha creído en mí, me ha apoyado, animado y me ha servido de punching ball en todos mis cabreos, que no son pocos. No somos fáciles y ahí estamos contra viento y marea. Gracias por soportarme, no dejes de hacerlo nunca o... ¡la liamos!

A mi familia en general, pero a mi madre y mi hermano en especial. Gracias a vosotros soy quien soy, ni mejor ni peor, a veces, simplemente, diferente. Os quiero mucho, aunque os lo diga poco.

Y, por último, a ti lector, que has hecho que seguir escribiendo historias sea posible. Gracias por darme una oportunidad que, espero, no sea la última.